

Terrazas

Emmanuel Marzía Donadío

Marzia Donadio, Emmanuel
Terrazas/ Emmanuel Marzia Donadio. - 1a ed. -
Valencia: Emmanuel Lucas Marzia, 2025.

Todos los derechos reservados.
No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o cualquier medio, sin el permiso previo del
autor, único titular de este copyright.

*Registro de propiedad intelectual: M-007524/2022
© 2025, Emmanuel Lucas Marzia*

emanuelmarziadonadio@gmail.com
<https://linktr.ee/emmanuelmarzia>

Sello: Independently published
Julio 2025 (Valencia)

ÍNDICE

Prólogo	7
Verano	13
Encierro	59
Terrazas.....	175
Todas las terrazas.....	229

PRÓLOGO

Este libro fue escrito a partir de mi experiencia como vendedor de libros ambulante entre los años 2017 y 2020. Algunas de las frases que escuché por las terrazas, y que presento a continuación, sirvieron de inspiración para la presenta novela.

La lectura no me interesa.

¿Es triste? Cosas tristes no.

Ni tampoco violentas, nada de eso.

No me gusta introducirme ideas que no me hagan bien.

Si tiene un mensaje, sí. Me interesan los mensajes.

Perdón, es que no estaba escuchando.

¿Tienen algún mensaje?

No me gusta introducirme ideas que no me hagan bien.

¿Es una novela autobiográfica?

Que ni se acerque a mi mesa.
Nosotros trabajando todo el día y estos con su rutita de gilipolleces se hacen un sueldo, ¿no te crees?
¿Me tengo que compadecer porque son extranjeros?
¿Por qué no se dedican a currar de vez en cuando?
El de los pañuelos, el de los mecheros, el de la revista, ahora el de los libros, iqué ridiculez!
Ni siquiera puede uno tomarse una cerveza tranquilo.
Yo vivo con mil pavos al mes y este con estos libros.
¿Sabes lo que daría yo por tener tiempo para leer?
Si no me da la cabeza, tronco. Ni pa cagar tengo tiempo.
Catorce horas al día tengo que hacer para pagar la renta de mi piso. Catorce, chico. Y en tres turnos.
Es que no sé por qué os habéis venido a este país, chavales, aquí no hay trabajo pa nadie, menos pa los extranjeros.
Que ya hay demasiados, coño. No lo digo por vosotros...
¿Pero por qué me interrumpes? ¿No ves que estoy ocupado?
Le deseo lo mejor. Ojalá le vaya bien y pueda salir adelante.
Ah, qué pena, bajé con lo puesto.
Otro día si le veo por aquí se la compro.
Yo soy más del porno, tío.
No me gusta leer. No me concentro.

Estoy to' el día con el móvil.

¡Camarero! ¡Este hombre me está molestando!

*¡Haz algo por tu dignidad y consíguete un trabajo,
hombre!*

Estoy en el paro. Lo lamento mucho.

¿Tiene usted la habilitación para vender esos libros?

No sé cómo será en su país, pero aquí es ilegal hacerlo.

¿Usted de dónde es? Lo imaginaba...

¡Es que no puedo atenderlos a todos, hombre!

*¡Qué bien! ¡Te animo a seguir adelante! ¡Eres muy
valiente!*

En realidad leo otro tipo de lecturas.

Cosas técnicas, de mi trabajo.

Es que solo leo auto-ayuda.

De joven leía mucho, pero ahora ya no puedo.

Los niños no me dejan tiempo para los libros.

Parece interesante, pero esta tarde no va a poder ser.

Tal vez en otra ocasión. ¿Pasas seguido por aquí?

Leo sobre economía.

Novelas históricas.

Románticas.

Fantasía.

Ensayos.

Leo solo escritores muertos.

Leo cosas específicas.

Véndemelo un poco, coño.

Es que ya tengo un gusto literario.

¿Se lee fácil? No me gustan las cosas complicadas.

Ya tengo bastante con esta realidad...

¿Es autobiográfico? Solo leo biografías y cosas reales.

No me gusta la fantasía.

Me cuesta imaginar.

De verdad que estoy en un momento de mi vida donde no puedo conectarme con nada negativo.

¿Hay animales muertos? No puedo leer nada donde haya violencia contra animales.

Tengo una lista que tengo que leer antes de fin de año.

Te juro, no tengo tiempo.

¿Y no tienes nada en internet?

¿Ni web ni nada?

¿Instagram?

¿Facebook?

¿Twitter?

Pues deberías, porque en estos tiempos es importante.

No importa donde estés alojado en el mundo real, a través de las redes llegarías a más gente.

¿Has visto la tía esa de las cincuenta sombras? Ahora es requete famosa y empezó con esto de internet.

¿Por qué no lo intentas?

¿Por qué no lo pones en Amazon?

¿Por qué no te paras en las puertas de las librerías?

¿Por qué no lo haces circular por internet?

¿Por qué no haces un Crowdfunding?

¿Por qué no lo das a conocer en circuitos literarios?

¿Por qué no lo publicas en digital?

¿Por qué no tocas en alguna sala de Madrid?

¿Por qué no vas los domingos al Retiro?

¿Por qué no te paras en la puerta de la FNAC?

¿Por qué no te buscas un agente?

¿Por qué no pides ayuda a tu familia?

¿Por qué no lo escribes en inglés?

¿Por qué no te dedicas a otra cosa?

¿Por qué no te regresas a tu país?

VERANO

El piso que ocupas, huele igual que Madrid; a cerveza caliente, frituras, y cloacas. La única habitación da al pulmón del edificio, poca luz, poco aire, y no tienes siquiera un móvil que te permita comprobar la hora. Podrían ser las ocho de la mañana o las cinco de la tarde, quién sabe.

Reloj no traes. Tenías un Rolex que te llevaste de mi piso, te lo regalé la última vez que hablamos, cuídalo que vale mucho, pero ahora ya no está. Era de mi abuelo. Lo usó en Varsovia durante la ocupación Nazi y luego mi padre en la ocupación comunista. Brazalete gris, agujas doradas, valía un pastón, pero tú se lo vendiste a un negro en Lavapiés que te dio cuarenta euros. Qué tonto, Balaniuk, qué tonto... Te lo gastaste en bebida, ¿en qué si no?, y no fuiste al Carrefour como habíamos acordado.

¡Vamos, levántate! Las terrazas esperan. Ponte la camiseta, la misma que usas hace meses y hazle un nuevo

agujero al cinturón para no arrastrar por la calle el único vaquero que te queda. Ve a la cocina, esquila las botellas tiradas y abre las alacenas. Allí dónde solía haber latas de atún y galletas de un euro, ahora solo un paquete de pan rallado y un salero. En la nevera no te espera mucho más. Una zanahoria blanda y oscura en la punta, un sobrecito de salsa agridulce y un yogur sin lactosa semidesnatado semipodrido. Te gusta recibir el fresquito del aire en tu cara. Te hace olvidar unos segundos esa resaca de pensamientos mal editados que tienes cuando te levantas.

Respira un poco y deja que el aire fresco te cepille un poco las ideas. Últimamente te molestan mucho las temperaturas. Mucho calor en verano, mucho frío en invierno. A mí, en Polonia, me pasaba lo mismo, pero al revés, aunque eso ya es otra historia, otra historia.

Coges la zanahoria, huele a moho y a tierra, pero al menos no está podrida, de modo que con un poquito de sal y buena voluntad te la comes. Mascas como un animal hambriento, aunque no cruje la zanahoria, sino que se deshace y se pega en tu paladar. Bájala con agüita del grifo, la mejor de España, y ve a por el yogur. Cinco semanas vencido no es tanto, Balaniuk. Piensa que en Madrid hay mucho control sobre los alimentos y esas cosas... ¿Por qué no? Despega la tapa y observa esa colonia de hongos que se desborda del envase. No está mal, de verdad. Dijiste que comías cosas mucho peores en Petersburgo... bueno, en Orzhitsy, periferia de Petersburgo. Y en Argentina no quiero imaginarme lo que comías... Salchichas calientes hechas de cobayos de campo y patatas freídas con aceite para lubricar motores, seguramente. Este yogur debería ser una caricia para tu hígado

comparado con lo que solías comer. Vamos, hazlo. Mézclalo con pan rallado y azúcar y revuélvelo un poco. Abre esa bocaza ahora. El mejunje no está mal, ¿has visto?, el pan rallado y el azúcar disimulan el sabor, aunque, pobre, se te queda atascado en el paladar... Pareces un cuervo picoteando así, ¿no? Solo te faltaría un pico puntiagudo y filoso y unas alas negras que te permitieran sobrevolar las terrazas de Madrid en busca de carroña fresca. Caer en picada sobre los bares de los barrios pijos y con un silbido guerrero llevarse las billeteras y los teléfonos de los Chasquis, ese nombre tan raro que usas para referirte a los clientes de los bares.

Te tranquilizas.

Piensas demasiado, Balaniuk. Piensas demasiado.

¡Qué rico el sufrimiento, Balaniuk! Es delicioso. Huele a estufa quemada y a mentol y se queda impregnado en el cuerpo tanto tiempo que uno ya ni se da cuenta de que lo lleva consigo. Es una adicción rica, una droga fastuosa. Una falopita, dirías tú, y por eso te pasas varias semanas follando con él. Te dejas penetrar en distintas posiciones. En cuatro patas, de costado, él arriba tuyo, de pie. Hasta se da el lujo de correrse en tu boca. Recibes con ansia la eyaculación de la angustia en tu garganta hasta que te atragantas y escupes. La miras con deseo y luego arcadas y gusto a hospital y desinfectante. ¿Para qué dejarlo? ¿Qué hay de atractivo en el bienestar? Sufrir es real. Es aquí y ahora. La felicidad, en cambio, es para imbéciles. Chasquis que beben cerveza y gritan en las terrazas y se meten pastillas para ir al trabajo y soportar la jornada. Ya lo sabes, lo hablamos varias veces en mi casa el invierno pasado cuando estuvimos encerrados. Todos

los grandes pensadores lo manifestaron. Confucio, Nietzsche, Schopenhauer, Da Vinci, Einstein... Sufrir es de gente culta. Es la actitud correcta de cualquier individuo íntegro y elevado que entiende que la única fuga posible de este post-panóptico de complacencia y amenaza perpetua, es el padecimiento. La única alternativa para personas como tú y como yo, aunque yo; “la polaca”, “la ciega de los libros”, “la alimañana mentirosa”, como sueles llamardearme, ya no sea más que un recuerdo o una voz dentro tuyos. Ahora, te guste o no, somos dos compartiendo el mismo espacio cerebral. El yo que recuerdas de mí y lo que queda de ti. Uno adentro y uno afuera tú, o a veces dos adentro y uno afuera. Una descomunal roca caliza que cae desde lo alto de la sierra de Guadarrama.

Duermes hasta tarde. No te afeitas ni te cortas el cabello. Llevas una barba enrulada y sucia, de varias semanas, y el pelo grasoso y fino, que ya cubre gran parte de tu cara. Miras porno en el ordenador que me robaste, te haces una paja sin fuerza, solo dos gotitas, te vistes y das un par de vueltas a la cuadra. Regresas a la casa. Esperas la noche. Esperas a que regrese. Una noche elástica e interminable. Una cama mohosa que te va envolviendo entre capas de sábanas que te enrollan como un matambre y te dejan sin aire. El cuerpo agotado de hacer poco, los músculos débiles, te cansa estar en pie, dolor en la espalda cada vez que te sientas. Ya ni ganas de hacerte tu segunda paja, tienes. Te la haces por compromiso, transexuales que se follan tíos, para ver si todavía te salta algo. No hay amor por ti mismo, ni respeto, aunque de todos modos, ¿quién quiere todo eso? Solo la negación de la realidad y un colchón que todavía huele a mí y empieza

a mimetizarse contigo. Pensar y pensar durante días en mis personajes y nosotros dos como si fueran parte de la misma cosa. No me busques más, Balaniuk, porque no estoy, ¿entiendes? ¡No estoy! Deja de pensar en el encierro, el invierno juntos y el pasado que ya no vuelve. Lo pasado, arrollado.

Logras levantarte de la cama después de semanas. Coges unos libros viejos, un ejemplar de mi novela, los pones en una bolsa de supermercado y sales. Caminas desde Tetuán hasta la Latina sin detenerte, mucho tráfico, aire viciado y caliente de agosto Chasquis ansiosos que compran cosas que no usan, se suben a autobuses y mandan mensajes vocales. No corre una gota de aire y el termómetro de la calle marca treinta y ocho grados. Los bloques de cemento del centro son una gigantesca estufa que poco a poco te va derritiendo.

Llegas hasta el mercado de la Cebada y encuentras un banco bajo la sombra de un plátano. Allí te sientas un momento. Cierras los ojos, pero la aceleración de tu pulso y los ruidos del ambiente, no te dejan descansar. Hay demasiados coches e infinidad de Chasquis que pasan y te echan una mirada poco amistosa. Los maldices; “Chasquis de mierda, Chasquis de mierda” y sigues tu ruta.

Caminas en dirección a los Austrias subiéndote de tanto en tanto los pantalones que desde hace unos meses sienten una especial atracción por el pavimento. Atraviesas la alameda que ensancharon luego de las invasiones y giras en Cava Baja. Algunos turistas deambulando, una moto de la policía pasa a lo lejos, el calor es más intenso en los callejones.

Entras al Ongi Etorri, una taberna vasca donde todo sucede según el guion madrileño. Chasquis hablando a gritos, raciones de boquerones o croquetas, Gin Tonics y cervezas que van y vienen de la cocina a la barra. Huele a fritura, a cerveza caliente y a cloaca, como todo en Madrid, y vagar por ahí a la hora del almuerzo, te descalabra los sentidos.

—Disculpar la interruzione, buenas tardes. Soy un escritor y estoy oferiendo mi novela— le dices a un castizo fortachón, que está bebiendo cerveza en la esquina del local. El tipo, brazos fuertes, rostro bronceado de tardes en la plaza de Toros, te pide que le repitas, que no te ha oído.

—Soy un escritor y estoy oferiendo mi novela. Tiene doscientas paginarias y una valerosa encuadernación. Vale diez euros, pero la puedo dejar a ocho—y le enseñas un ejemplar de la novela que me robaste, el que dice “muestra”.

El tipo te mira de arriba a abajo, no logra decodificarte.

—Es que aquí no somos muy de lectura, muchacho— te responde y ni amaga en abrir su billetera.

Tú le insistes, le dices que se la puedes dejar barata, y él, resignado o molesto, le hace una señal al de la barra y de pronto, un grifo que se abre y una Estrella Galicia que se materializa ante tus ojos. Bebes como un condenado. Piensas en las buenas calorías de esa cebada gallega y te envalentonas para seguir ruta. Dejas el vaso, te das media vuelta, y te escurres como un zorro dentro del gallinero.

El grupo de Chasquis alrededor de la barra apenas te escucha cuando te acercas, aunque entienden perfectamente que hay un alguien, que no se sabe si tiene treinta o cincuenta años, que saca un libro de una bolsa de Carrefour y se los quiere vender. Yo jamás hubiera elegido a estos pijos un poco cutres de la Latina y menos esta taberna de pajarracos parlanchines a la hora del almuerzo. Tenía una planificación espacial de las terrazas, un modo de actuar frente a cada uno, un discurso para cada situación. Tú también la tenías para tocar la guitarra, aunque esto no es lo mismo. ¿Te piensas que sigues siendo el Rey de las terrazas? Pues no. ¿Creías que todo iba a ser como antes y ya no más invasiones en Madrid ni vendedores ambulantes ni heladas? Pues tampoco, todo se jodió nuevamente. Volvieron las górgolas pedigüeñas, como tú llamas a los otros vendedores, se instalaron en la Plaza Olavide y ahora los Chasquis andan reacios, incómodos y

sin pasta. Hace semanas que no comes bien y bebes poco. Andas caliente y nervioso, y con esta actitud errante, en vez de dejar a estos idiotas y buscar otros Chasquis, te acercas nuevamente a los pijos.

—Estoy pidiendo una colaboración a cambiar por mi novela.

—No me interesa —responde el más alto de todos, cuan-do ya es demasiada invasiva tu presencia. Insistes, pero este sigue hablando como si no estuvieras.

—Hasta los veinticinco están bien para follar estas guerras, pero hay que ver como les queda el coño después, tío. Hay que ver... —y los amigos le festejan y aplauden como simios cuando bebe el tercio de cerveza como intentando lamer un coño.

Ábrete paso entre la ignorancia, Balaniuk. Debes seguir intentando, no tienes opción. Levanta la voz, di tu mensaje más claro, busca un grupo más reducido. ¡Anda!, itú puedes! Esquiva a los camareros y llega hasta el barril en el fondo del local, al lado de los baños, donde esas tres señoritas beben cerveza y picotean boquerones como si fueran gallinas. Ahí tienes al público ideal. Clase media, entre cuarenta y cincuenta años, algo rellenitas, hiper-sociales, se leen todo lo que les pasa por las manos. Mujeres aburridas y con pasta, compran más por interés que por caridad. No fallaba cuando lo hacía yo. Nunca. No tendría por qué fallar esta vez.

—¡Buenas tardes! —levantas la voz para ganarle al colchón sonoro del bar—. Soy un escritor y estoy ofreciendo mi novela. Tiene doscientas paginarias y una valerosa encuadernación. Vale diez euros, pero la puedo dejar a ocho —les dices todo pegado, sin matices ni pausas,

con ese castellano inventado que traes de vaya a saber de dónde.

No reaccionan. Te acercas y lo reiteras. Insistes en la parte del “la puedo dejar a ocho” y te callas. Espera, Balaniuk. Espera un poco... No seas ansioso, deja que el pez se acerque despacito y se alimente de a poco, no lo arruines. Aunque te gane la ansiedad no tires de la caña todavía. Espera paciente para dar el zarpazo. ¿O te vas a atrever por fin a coger un móvil y salir corriendo?

Ni te miran. Las gallinas gordas agitan las plumas des-pavoridas y las mueven en todas direcciones, pero ni te miran. ¿Hay algo más violento que eso? Probablemente ni te escucharon, quiero creer que no lo hicieron, muchos Chasquis riendo fuerte, “ioído cocido!, ioído tortilla”!, platos y cubiertos que chocan en pilas sucias. Si no ya no sé qué pensar de ti. ¿Y si coges una botella, la partes en la mesa y luego se las clavas en el cuello? A la gallina mayor, por ejemplo, la que tiene la papada larga. De alguna manera se lo merece, ¿no crees?

—Os decía que soy escritor y estoy ofrecer mi novela para cambiar por pasta.

Las tres gallinitas no dejan de picotear, esta vez, grasa de cerdo.

—Tiene doscientas paginarias y una buena encuadernación. Vale dieseuro, pero la puedo dejar a ocho— y approximas el ejemplar de muestra a la mesa. Ahí lo dejas,

justo en el límite de la mesa, en un perfecto equilibrio, lleno de huellas de grasa de cientos de madrileños. La más gorda, camisa blanca, chaleco de la empresa, te hace un signo negativo con el dedo, de un lado a otro. El dedito limpiaparabrisas, Balaniuk... El que merece ser partido en dos en una toma de Sipalki.

—¿Vosotras quieren?

No responden. Continúan picoteando maíz frito. Ahora son tres los deditos limpiaparabrisas que merecen ser arrancados.

Seamos honestos. Nadie quiere tener a un tipo con tu pinta en frente de su mesa. Admítelo, Balaniuk. Tienes los ojos desorbitados, el pelo sucio, varias cicatrices en la cara y tus pantalones huelen a mierda. ¿Quién querría escucharte? Están los que la saben llevar, los que te rechazan con educación, los que hojean por lástima, pero lo único que quieren hacer es borrarte de sus vidas en un segundo, como un profesor a la pizarra cuando termina la clase. Disolver ese polvillo molesto que está frente a sus ojos y que te esfumes con el impulso del viento. Como si aquello que tú representas; lo feo, lo miserable, lo subvertido, pudiera dejar de existir solo con la intención. Deslizar al hambriento, empoderar al algoritmo.

«Pásame la birra y te cuento, te cuento de verdad la historia de la plaza, de lo que pasó cuando estaban invasiones, cuando nevaba, cuando trabajaba las terrazas... Todo enicia siempre igual, haga frío, calor, yo soy de mal humor o contento. Todo enicia con una radiografía del espacio, una valuación de las mesas y la disposición de Chasquis. Entonces me vienen todas las preguntas. Si voy a entrar fácil para entre el medio de la terraza, si tener que pedir el permiso a viejos de mierda de la punta o si en la mesa de los pijitos tengo salida al bar de el lado. Si cuando lo hago me topé con ese de ahí, ¿ves? El de bigotes que leyendo el periódico hace como que no se entera de nada, pero que estoy seguro que es un espía. Madrid está lleno de Inteligencias con excusa que te ponen de lo terrorismo, de lo que era ETA y ahora invasiones... Están en todos lados, las plazas, bares, metro, los museos. Pasa que no se habla. ¡Shh! ¡Cállate, tú, po-

laca parlanchina! No te quedas un segundo en silencio. Yo conozco a casi todos ellos, los Inteligencia, y de donde vengo, un Inteligencia español no da miedo. No al menos que yo tengo una bomba o querer matar a alguno. Dilo bajito, polaca. Hay que hablar siempre bajo en Madrid y estar tranquilito o de fiesta porque si no ya sabes... Eres un terrorista sin bombas, dice ella, la polaca ciega. La malparida se hizo amigo de las gárgolas pedigueñas. ¿Cómo quienes son las gárgolas pedigueñas? ¿Tú eres tonto o qué? Todos estos que están ahí, ¿ves? ¿Chapoteando en fuente? Vendiendo porquerías que en realidad te extorsionan para sacarle dinero a todos estos Chasquis de mierda. Pañuelitos, Plantitas, Mecheros, Quierechica, Estampitas, Amuletos , Calcetines. Todos eso. Pero para los Chasquis es igual, es el mismo.

No diferencian yo, de las gárgolas vendedoras estas. Ellos no se enteran de nada. Nunca. Ellos hablan a gritos y tomando Gin Tonics con mucho hielo en vasos grandes y comen patatas bravas o con alioli. Si ven que te les deambulas mucho entre mesas se va a perder todo y viene el endominó de mala fortuna que persigue hasta el fin de la terraza. A veces sueño con eso, ¿sabes? Un gran endominó de fichas con caras de personas borrachas en terrazas, todos los colores y formas todos juntos todo unidos que se ríen y se ríen cuando paso con la guitarra o

los libros. Y de improvisto una bola inmensa que baja de la montaña y tira a uno de los endominó y se van cayendo todas las fichas. Y se ríen ellos, se ríen... Eso me enfurece. Cuando me acerco ellos tienen los ojos bien abiertos y con sus manos intentan agarrar su posesión más fundamental; el puto móvil. Son unos robots, como María Luján, el personaje de la polaca, de la polaca del libro. Son así, tienen lo instintivo cambiado, son así, no son más humanos, comen y cagan como nosotros y siempre tienen algún euro en la cartera, pero ya no son humanos. ‘No me cojas el móvil, no me cojas el móvil’... les revendaría algo en la cabeza».

Esquivas oficinistas con camisas sudadas, algún turista noreuropeo con sombrero de playa y dos o tres borrachos que apestan, aunque no tanto como tú. Te escurres entre servilletas sucias y restos de comida que caen como copos de nieve al suelo mugroso de la taberna. Copas que se chocan al brindar y vuelcan cerveza. Olor a culo condensado y transpiración de pescado frito y tintos de verano.

Encuentras a una parejita de treintañeros cerca de la ventana que da a la peatonal. Dos pijillos del barrio Salamanca. Te gustan. Si están en una cita no compran, pero igual te escuchan y responden educadamente. Si son pareja hay más posibilidades. Obsérvala. Aros grandes, muy maquillada, vestido verde, tetas grandes. Él, camisa rosa, prolijamente despeinado, dos o tres anillos en los dedos, brazos de remero. Dinero en las carteras hay, eso seguro.

—Disculpar la interruccione, buenas tardes. Soy un escritor y estoy oferiendo mi novela—. Te acercas y repites el mismo discurso de siempre, pero con una sonrisa falsa en la que se dejan ver tus pocos dientes.

—Tiene doscientas paginarias y una valerosa encuadernación. Vale dieseuro, pero la puedo dejar a ocho.

Ellos no responden, claro que no responden, la misma estupidez de siempre, Balaniuk. ¿Por qué no cambias el discurso? Lo único que quieren hacer es seguir comiendo.

—No entiendo, ¿qué necesita? —dice el pijo alfa, pero tú nada, te quedas con la vista clavada en su lomo asado con patatas. Tiene las marcas de la plancha y se lo ve jugoso y tierno. Rodeado de patatas rústicas con lluvia de ajo y perejil que lo acompañan. El plato de ella no se queda atrás. Lubina fresca acompañada por verduras asadas. Casi tan sabrosa como el escote que sobresale de su vestido. ¿Qué harás? El Chasqui te mira tenso, deseando que termines de una vez tu discurso. La chica también lo hace, pero más relajada, como una gerente de recursos humanos que actúa como si le interesase el caso que tiene frente a ella.

—Que estoy oferiendo mi novela. Vale dieseuro, pero la puedo dejar a ocho— y les dejas la novela en la mesa. Ellos ni siquiera amagan cogerlo.

—Perdona, es que no leemos. Nos aburre la lectura —y te dejan una moneda de cincuenta céntimos y una de veinte en el borde de la mesa.

¿Cuántas veces has escuchado esa excusa? Me aburre la lectura, no me puedo concentrar, soy más de series. Decir eso en el momento de la venta, es como si la chica te pidiera que la llevaras a su cama para follártela y una vez excitada y en cuatro patas, tu le dijeras: “Disculpa, pero es que soy de sables duros y venosos. Me dan asco las cavernas apestosas”. Díselos. Arráncale los aros horribles a ella y róbale el lomo de un mordiscón a él. Súbate a una mesa y grítales a todos esos Chasquis que son unos ignorantes. Que por estar todo el puto día en un bar y no valorar su propia cultura tienen el país que tienen; un burdo prostíbulo de Europa del norte. Díselos. O pídeles otra moneda para un pincho, aunque sea. Haz algo, por Dios.

Te compras una cerveza Holandesa en el Carrefour, tibia casi caliente, cincuenta céntimos, una ganga, y caminas de vuelta hacia Olavide. Recorres cada una de las calles que desembocan en la plaza; Palafox, González de Córdoba, Jordán, Trafalgar hacia Eloy Gonzalo, Trafalgar hacia Luchana, Sagunto, Santa Feliciana y Raimundo Lulio. Muchos Chasquis con Gin Tonics aguantando el Siroco, ninguna gárgola pedigüeña ni tampoco logras ubicarme. Ya te lo dije. No estoy, no me busques más, pero tú, escuchas lo que quieres...

Saludas al camarero del Milenial, subes por Sagunto hasta Santa Engracia y no pierdes tu hábito de patear los contenedores de basura que te cruzas por el camino. Llegas a la avenida y te paras en la primera tienda de alimentación que ves. Entras, el asiático mira una serie en el teléfono, te ignora, vas hacia la nevera. Coges una San Miguel del fondo bien fría, tomas unas

pipas, regresas al mostrador. El alienado no saca la vista de la pantalla. ¿Acaso eres invisible ahora? Lo miras, no se inmuta, sales de la tienda sin pagar. Primero caminas normal, luego aceleras la marcha con el viento bochornoso que te llena de polución la jeta. Regresas a la plaza, le das toda la vuelta a tu zona de trabajo mientras bebes y mascas pipas; Santa Engracia, Luchana, Fuencarral, González de Córdoba y de nuevo a la Olavide por la entrada del parking. Te sientas en tu banco bajo el plátano. Lo gratis tiene otro sabor, ¿no Balaniuk? ¿Y tus códigos? Comes las pipas de a montones, bebes sin respiro, eructas pobreza. Aplastas la lata con la mano y la tiras en un cubo. Puñetazo al cubo, bronca acumulada y ¡chist!, alguien te llama desde una terraza. No logras ver quién es, tienes el maldito sol de agosto en los ojos, la voz insiste. Piensas en el asiático, pero es imposible, él no tendrá consideración, directamente te dará con un palo en la cabeza cuando te vea. Te pones a la sombra y descubres quien te llama. Un Chasqui de bigotes, ¿chaqueta marrón en verano?, Gin Tonic en la mano.

—¡Tú! Creo que se fue por allí.

—¿Quién?

—La ciega. ¿Tú no buscabas a la polaca de los libros?

—Sí, la polaca de los libros—respondes y te aproximas a su mesa.

—Se fue por esa calle, andaba ligera.

¿Qué dice? Si yo no estuve ahí...

No me escuchas. Corres a toda velocidad hacia Jordán, la peatonal donde se juntan los viejos a tomar el fresco, pero no hay nadie a esta hora allí, las tiendas cerradas y no se puede respirar del calor africano que hace. ¿Hacia dónde? ¿Adónde dijo Bigotes o hacia la madriguera de las gárgolas pedigüeñas? No piensas, te arriesgas por Eloy Gonzalo, llegas a la avenida repleta de gente y coches, buscas en la estación del metro, las puertas de las tiendas, los alrededores del hospital, nada. Llegas al Vips y el Gino's de la glorieta de Quevedo, preguntas a todo aquél con el que te cruzas. “Una chica muy blanca, con mucho libritos y un palito de ciegos, ¿viste?, ¿viste?” Nadie te contesta. “Chasquis de mierda..”. Hueles mal, Balaniuk, ¿qué te crees? Estás prácticamente desnutrido y tu ropa mugrosa forma una costra con tu cuerpo. Piel ropa, como uña y carne, una misma cosa. La camiseta que era blanca, ahora amarilla. Los vaqueros meados, rastros de tierra y cerveza, tan ajustados que no podrías despegártelos ni aunque volvieras a tener la fuerza de antes. Por eso no te contestan.

«Dame otro traguito, vamos... La verdad que para estar cieguita está bastante buena, bastante buenarda, la polaca de los libros. Es flacuchina, casi erraquítica, pero con dos melones, que, pobrecita, tiene que poner uno de estas cosas para que no la molesten... ¿Cómo se llama eso que sostiene las tetas de las mujeres? Ah, eso... un suguetador, pero uno que aplasta, si no lo pone se encurva la espalda. Y no digo que nadie por ser ciegucha no puede estar bien rica a las brasas, el tema está que a veces va como desarreglada, ¿has visto? No se da cuenta si tiene vestido bien puesto o si queda el cuello de camisa levantao o la falda un poco subidita, ¿entiendés? Yo la conozco, es verdad y existe, no son rumores que dicen... La vi varias veces y andé con ella, tronco. Pasaba por acá al mediodía, por la plaza, pasa que es tan silenciada que nadie la ve, pero conocen a ella, conocen. Pasaba con uno de esos palitos que usan los ciegos que mueven de

un lado a el otro lado y eso... Está encorvada y es bajita como el enanito de la película esa, la del espacio. ¿Cómo se llama la que dieron en la plaza en verano? Olvídate... ya la perdí. ¡Calla, tú, zarigüeya! ¡No te rías que no hay que reír de los discapacitados! Perdona, es uno de estas górgolas que siguen merodeando, no se van más. Tú tranquilo, no te van a hacer nada, sigue sirviendo cerveza, uno puede reírse de cualquiera de las cosas mientras te siga riendo cuando después pasa algo malo a uno. Por ejemplo de lo que me pasó a mí, de lo que me pasó a mí. ¡Salí de ahí, te digo! ¿Qué revisas? Son cosas mías. ¡Que te pires, culo roto! ¡Maricón! Estoy hablando acá con el pibe...

La cuestión es que estos ciegos confían menos en el cuerpo y se vuelven una especie de robotito con cuerpo humano. El cuerpo les da miedo, pierden las distancias y les costa dar pasos firmes, como había que dar en la mili en Rusia, ¡Odin dva odin dva! Aunque no la hice yo, me fui a Argentina, la hizo mi hermano... Entonces van flotando por la vida, como la polaca esta, que en vez de caminar parece que desliza, o deslizaba, no lo sé, no me acuerdo diferencia. Tiene los ojos medio chino y una sonrisa como la Gioconda que no entiendo si de la alegría o una especie de másquera que no puede sacar nunca, la muy perra. Pero perdé cuidado que la polaca esta no

es ninguna santa, tronco. No es ninguna santa, ¿sabés tú? Tiene capacidades perticulares, una cosa tremenda. Se habla, se dicen cosas, de que puede moverse por la Olavide sin que la vean, circundando en base a temperaturas y olores. ¿Has visto cuando en las películas que dan en verano el tipo es en otro planeta y tiene el visor ese que presiente calores? Bueno, la dieron en la plaza, subnormal, ¿qué te ríes, pelopolla? Si ni la viste porque no entendés español, simio extracomunitario. Escucha a ver si aprendes algo y déjame hablar tranquilo con el pibe. Sirve más birra, tú, sirve. Si hay un Chasqui enfadado en una terraza ella siente muy calor en esa zona o si hay parejita ligando fuerte también. No sé si ve colores de emociones, como me dijo el doctor, que venía a veces a hablarme, que dice que emociones tienen colores, pero al menos detecta la movida de cada Chasqui y así saca más dinero, ¿viste? Va suavecita como un conejo escurridizo en Casa de Campo y hace la técnica Madma Gandhi para sacarles monedita. ‘Bisibisi moneda, bisibisi comer, vendo libritos’. La inventé yo esa técnica, y me robó, ella te roba todo, porque, se junta con estos desperpentos larvas de cucharachas del Este. ¡Tú! ¡Cara de chocho menstruando! Pero después me acusa a mí de ladrón, dice que le robé, que le robé la novela. Que le viá robar, si ella me la dio en su casa la novela, me dijo: ‘ve y vende mi

novela que yo no puedo porque me pegaron las gárgolas y me dejaron así postrada'. Un día vuelvo de dar una vuelta y ella no estaba y desapareció y nunca más vi, ni dejó nota ni ná. Una sucia de mierda, ¡proklyataya, suka! 'Bisibisi, moneda, bisibisi comer, situación de calle', se acerca a las mesas despacito y abre su mano blanca y polaca y empieza a mumbullar cosas. Dice cualquiera, pero moneda comer se entiende bien, ¿sabes? Mendigos pero no gilipollas, decía una amigo. Igual, ¿qué vas a saber tú, si eres un escrementeo del sistema? Una gárgola parásitaria sin códigos ni patria. ¡Salí de aquí! ¡Ya!»

Deambulas un buen rato. Me buscas en el Corte Inglés, en Rodilla, en el metro San Bernardo. Luego recuerdas lo de los autobuses. Es más fácil para una ciega como yo moverse en autobús que en el metro, ¿recién ahora te das cuenta, Balaniuk? Jamás tomé el metro desde que quedé ciega.

Te vas a la primera parada que encuentras y subes al 133, de Mirasierra a Plaza del Callao. Te acercas a algunos pasajeros y los examinas como en un control policial. Preguntas por mí, la mayoría ni te responde. Un anciano te llama la atención con su bastón y una señora negra dice que va a llamar a la policía si no dejas de mirarla. Desistes. Te bajas en la siguiente parada, te subes a otro autobús y lo mismo. Nadie sabe nada de la “polaca ciega de libros”.

Te pasas la tarde subiendo a distintos autobuses hasta que ya se te hace insopportable y decides regresar

a la plaza. Bajas nuevamente por Fuencarral hasta González de Córdoba, entras nuevamente por la esquina de las bodegas, muchos Chasquis ahora, humedad y aroma a tormenta, sin novedades de la polaca. Le das la vuelta entera a la Olavide y encuentras en la zona de los juegos una bicicleta pública apoyada contra la reja. La pruebas, todavía tiene batería, le sacas el pie que la sostiene y te montas. Alguien te llama.

—¡Ey, tú! ¡No tuya, mía! —No es el Chasqui, no es el asiático. Es Calcetines. Viene al trote desde la terraza del Maracaná agitando varios paquetes de sus productos. Dejas la bicicleta y lo encaras.

—¡Oye, vos! ¿Dónde tienen a polaca, maricón?

—Bicicleta mía, bicicleta mía —su aliento a vino te pone furioso.

—¡Me trae de los re mil cojones, chupavergas! ¿Dónde coño está polaca de los libros?

—No sé, polaca. Bicicleta mía, bicicleta mía —repite como un autómata y tú no aguantas y lo tomas del cuello y amagas un puñetazo. El tipo abre los ojos sorprendido, pero es tan macizo y tú tan débil que no te animas a soltar el puño. —Te denuncio, jueputa, te denuncio —te grita a pocos centímetros de tu cara y algunos Chasquis se dan vuelta para ver qué sucede.

—¿Tú a mí?, ¿tú a mí? —le das una patada en las

pelotas que lo deja hincado en el suelo. Escupes con desprecio, te subes a la bicicleta y sales andando.

Vas por la calle de los cines, la de María Luján y Luciano, los personajes de la novela que me robaste, y me buscas entre los Chasquis que salen de los bares y vuelven a sus pisos y oficinas después del almuerzo. Das vueltas por Plaza España, “ciega de mierda, ciega de mierda”, y te metes de contramano por el carril del autobús. ¿Quieres matarte, Balaniuk? Un 74 se aproxima y viene directo hacia ti. Ya no puedes pasarte a tu carril porque la avenida es una maraña de coches. El chófer te toca el claxon, sigues acelerando, te gusta sufrir, amas sufrir, tienes suerte de que a último momento disminuye la velocidad y tú aprovechas para salir del carril justo en una bajada de garaje. “¡Pringado, gilipollas! ¡Vete a tu puta madre！”, te grita, pero ¿por qué diantres no ibas por dónde te correspondía? Nada, no me escuchas. Vas como una tromba por en medio de la acera y ni siquiera esquivas a los peatones si no que son ellos quienes tienen que es-

quivarte a ti. Cruzas Arguelles en rojo, ¡cuidado con el 21, idiota!, eludes un taxi que increíblemente no te embiste. Casi mueres de nuevo. De verdad, hombre. Te faltó nada para terminar haciendo un collage de sangre en el pavimento y con suerte al Jiménez Díaz, si te reciben, porque no tienes ni documentos. Nadie iría a verte. No tienes familia ni amigos, triste muerte, colega, triste muerte.

Plaza del valle del Conde de Súchil. ¿Te acuerdas lo que hacíamos? Seguro que no porque ya no sabes qué es real y qué ficción, si soy la voz de un recuerdo o la polaca en tu cabeza. Tú empezabas allí la ronda cuando éramos competencia, antes de todo, de las invasiones, el robo de tu guitarra, el temporal de invierno. Siempre de vaquero negro y camiseta de Sex Pistols, cuando todavía te vestías decentemente, no como ahora. ¿Cómo lo sé? ¡Porque me lo has dicho, tío! ¿O todavía crees que fingía la ceguera para sacar más dinero en las terrazas? ¿Pude haberlo hecho por tanto tiempo? ¿Y en mi piso cuando nos refugiamos de todo lo que pasó después? Vamos... No soy tan buena actriz como tú. Y si hablamos de actuar y mentir, en todo caso... Déjalo, ¿sabes?, déjalo... Que de reproches está hecho el camino al infierno... Mario se llamaba el camarero. Te parabas con tu guitarra, justo frente a la terracita del Sancho Bar, de espaldas al bulevar. Tres

temas cantabas; Gárgolas fantasmeras, dedicado a ya sabemos quienes, Una noche en Vallekas, de cuando ibas a ver jugar al Rayo y te juntabas con los ultras de Bukaneros, y Buenos Petesburgos, un algo de un algo que tenía un doble sentido que nadie entendía y que dijiste te salió una noche en que dejaste de beber y ni tú te soportabas. Eran malas, Balaniuk... Tú no lo quieres reconocer, pero los Chasquis y los otros vendedores sí. Aunque tengo que reconocer que me gustaba sentirte ahí tocando, moviéndote en la terraza como pez en el agua, todo un mendigo entre nobles, Archiduque de las terrazas, Grande Grande de Arapiles, Rey terracero de Chamberí. Pasabas tu sombrero, “muchas gracias, muchas gracias, con todo respeto” y volabas a la terraza de enfrente. Entonces era mi turno, mis libros saliendo de mi bolsa como pan caliente, tan baratos, “seis euritos, señora, una ayudita por favor, ¿quiere libros?, ¿quiere libros?, estoy en situación de calle” y todas esas mentiras que decía. Plaza de funcionarias que fuman aburridas, enfermeras que leen sagas románticas en guardias larguísimas y sirvientas sudamericanas que cuidan jubilados franquistas constipados. Se vendían bien mis libros, ¿no lo recuerdas? Tú me observabas fumando en el banco que está junto a la fuente, el odio que tenías se sentía hasta dónde estaba, no necesitaba verlo. Caminábamos a distancia prudencial para no

robarnos clientes; Alberto Aguilera, Calle del Acuerdo, tan opresiva en verano, tan apática en invierno, ansiosos y callados hasta el café Moderno, esperando a que uno terminase para empezar el otro. Te conocían todos, el Russo Balaniuk de la Olavide, ¿qué cuentas, tronco? ¡Sí, señores, el ruso Balaniuk de la Olavide! Tocar apoyado en uno de los muros del convento, tres temas y pasar la gorra, “gracias, muchas gracias, con todo respeto” y luego al Kramer, la Taquería, los pijos aspiracionales del Federal, qué nombre tan horrible, el café Roll con todos los turistas que te miraban como a un animal exótico. Cambio de roles, yo apuraba el paso y me metía por el Callejón de Cristo, el de María Luján y Luciano, hasta lo de Paco, lo de los cubanos, la Canela, la taberna de la esquina, lo de Nori, que le regala la comida que sobraba a los vendedores y luego bajar por Conde Duque hasta la plaza de los Afligidos. Última parada, mendigar al mismo tiempo, sin fantasmas ni górgolas pedigüeñas, sin invaciones o temporales de nieve. Solo Chasquis asustados y la libertad toda nuestra.

—¿Que si he visto pasar a una polaca ciega? Ni idea, caballero, no es momento.

“Chasqui de mierda, pijo de mierda”, sigues dos mesas más hacia adelante, justo debajo de un balcón del que flamea una bandera de España.

—¿Sabés si pasar acá una ciega con libros?

—¿Cómo dices?—la mujer fuma y juega con el teléfono. No te mira.

Respiras hondo y repites la pregunta.

—Si ha pasado para aquí una chica ciega y polaca con libros.

—Que yo sepa...

“Que yo sepa, que yo sepa, ¡qué morro tienen! Chasquis de mierda, funcionarios de mierda, el chocho de su puta madre virgen”. Sigues hasta la última mesa ocupada, la punta de la terraza, de cara al sol, ¿cuándo diablos se acaba el verano? Dos universitarias bastante

guapas estudian entre bocadillos y colas dietéticas.

—Hay una ciega polaca que anda con los libros, ¿conocen?

Te ignoran. Te acercas aún más a la mesa y exhalas tu aliento a indigencia. Repites la pregunta. Ellas observan tu bragueta baja y la aureola de orín en el vaquero.

—Pasó una recién con plantas —dice la rubia de gafas, le tiemblan los labios.

—Sí, pero no era ciega, creo —corrige la otra.
“Retrasadas que son. Todo el día estudiando cerebro arruinado ni siquiera poder pensar un poco lo que dicen”.

—Una con plantas no, una con libros.

—Tienes razón, no era ciega.

—¿Ciega o no ciega? ¿Cuántas polacas con libros hay vendiendo en Madrid?

Se miran. No saben qué responderte. Piden ayuda al aire, a los balcones con banderas de España, al del habano con sombrero de fieltro. Las insultas, esta vez sí se oye, y te subes a la bicicleta.

Atraviesas la plaza lentamente, algunos niños volviendo a casa luego de la escuela, sirvientas aburridas con ancianos en sillas de ruedas, calor infernal. Alberto Aguilera, mucho tráfico en hora punta, conductores hastiados. No esperas el semáforo. Cruzas por en medio de la calle hasta Acuerdo. El manillar se mueve demasiado en el empedrado del casco histórico, es difícil llevar la dirección, la bicicleta eléctrica se acelera de más, se frena, vuelve a acelerarse. Crees haberme visto entrar a una tienda, te giras para ver, caes de bruces al suelo. Uno o dos dientes menos. Bueno... no te quejes. Tampoco es que tuvieras tantos... Una anciana que viene de hacer la compra se da vuelta sorprendida, el portero del edificio se te queda mirando, ninguno se te acerca. No es nada, Balaniuk. Un poco de sangre, nada más. Los huesos están bien, aunque duelan. “Lo importante es la ciega, la ciega”.

Sales de debajo de la bici, pateas la mierda de

motor o dínamo o lo que sea, y la dejas en medio de la calle, bloqueando el paso. Tienes sangre en la nariz, efectivamente dos dientes rotos, pero qué va, siempre hacia adelante, eres lo que eres, nadie ni nada te va a cambiar.

Quiñones sin gente, Callejón del Cristo vacío, plaza del Conde Duque con algunas Chasquis en despedida de soltero. Bajas las escaleras rumbo a Plaza España, te tienes que sostener del muro para poder pisar mejor, nada por aquí, nada por allá, te vuelves sobre tus pasos. Algo te dice que mejor regresar, atravesar nuevamente la plaza y en la esquina del Carrefour, girar por San Bernardino. Lo haces, puro instinto, puro instinto, giras efectivamente en San Bernardino y luego de unos metros, casi llegando al cruce con Noviciado, ves a una mujer muy blanca, moviendo un bastón de izquierda a derecha. Una que lleva libros en la mano y que cada vez que se cruza con algún Chasqui le hace la misma pregunta. ¿Quieres libros?, ¿quieres libros? Pero ellos la ignoran y siguen su ruta como si nada.

ENCIERRO

La Buhardilla de Eva es fría, diminuta y húmeda. Hay un colchón sobre unos palets donde descansa Eva, un sofá desvencijado, un armario del siglo pasado que no cierra bien sus puertas y unos estantes repletos de libros. Sobre la ventana que da a la calle, una pequeña cocina y cerca de la puerta de entrada un baño. El piso está desordenado. En el suelo hay cajas vacías, ropa sucia y paquetes de patatas chips. Y libros. Muchos libros desperdigados. No hay televisor ni aparatos tecnológicos. Solo un vinilo, una radio vieja y un tanque de gas que está encendido todo el tiempo. Todo remite al pasado, a un lugar fuera de tiempo. Se escucha una radio: «Madrid amaneció este sábado en una situación crítica por la nevada histórica que comenzó el viernes por la noche. El caos es absoluto. Una ciudad, una comunidad autónoma, inmovilizadas. No hay vehículos por la ciudad. No hay desplazamiento viario. Caminar por la calle es incómodo, con casi

metro de nieve bajo los pies, pero, además, es peligroso: algunas vías están repletas de ramas caídas. El colapso en los hospitales es absoluto. El viernes por la noche, en el hospital de La Paz habilitaron el gimnasio para que decenas de sanitarios pudieran dormir esa noche, aquellos que no podían llegar a casa. Pero el problema, el sábado por la mañana, es que quienes pudieron regresar a sus domicilios no pueden acudir al hospital...»

Eva se pone de pie y apaga la radio. Pone en el tocadiscos a Elvis. Deambula ansiosa por la buhardilla. Revisa en los cajones de la mesa de luz que esté su dinero, lo cambia de lugar, bajo la cama, se arrepiente y vuelve a ponerlo donde estaba. Escucha la cadena del baño y vuelve a acostarse en la cama. Al hacerlo exagera el dolor de espalda. Balaniuk vuelve del baño con una cerveza en la mano. Está joven y enérgico

BALANIUK: Qué chula es tu casa, polaca. Parece te va bien con libritos.

EVA: Eva me llamo.

BALANIUK: Yo pensé vivías con las gárgolas del Este, atrás del Príncipe Pío, pero no y tienés un tocadisco, ¿segura no le limpias a nadie este piso?

EVA: Segura, es mío.

BALANIUK: ¡Qué suerte!.. ¿Está Elvis no?

EVA: Sí, me encanta Elvis.

BALANIUK: Es lindo... Alquito de comer por ahí, ¿no tienes?

EVA: Hay una tortilla en la nevera. Cógela si quieres.

BALANIUK: ¿Has hecho vos?

EVA: No. Es del bar de abajo.

BALANIUK: ¿Caro?

EVA: ¿Qué?

BALANIUK: ¿Está caro?

EVA: Acércate que no te escucho. Estás un poco lejos.

BALANIUK: Debe ser por el golpe que te dieron las górgolas estas. Menos mal que te encontré, ¿Dónde es la tortilla?

EVA: La vas a ver enseguida, arriba de todo.

(Balaniuk se dirige a la cocina)

EVA: ¿Tú viste quién fue el que me pegó?

BALANIUK: El de calcetines o el de mecheros, son todos iguales. Tuviste suerte que los saqué.

(Se hace un silencio. Ninguno se termina de creer la historia. Balaniuk abre la nevera y come la tortilla)

EVA: ¿La encontraste?

BALANIUK: Sí... Está buenasa... No lo sé realmente cómo haces para cocinar tan lindo si tú siendo...

EVA: Es un señor que las hace, te dije. Un murciano. Del bar de abajo.

BALANIUK: ¿Puedo abrir un poco ventana? El olor de gas de esta estufa me tumba.

EVA: No. Está demasiado frío.

BALANIUK: Pero eres toda tapada con edredón.

EVA: Estoy helada. Solo escuchar el silencio que hace cuando nieva, me da frío.

BALANIUK: Bueno, acerco más. Ha hecho tiempo no nevando así en Madrid, parece Petersburgo.

EVA: Me hace horriblemente mal la nieve.

BALANIUK: ¿Y cómo hacías en tu país? ¿Eres polaca o bielorrusa?

EVA: No hablo de mi vida privada.

BALANIUK: ¿Te piensás que porque soy ruso estoy espía?

EVA: Da igual...

BALANIUK: ¿Por qué te conocen las gárgolas de la plaza?

EVA: Baja un poco la voz, ¿por qué gritas? No estás en una taberna.

BALANIUK: Perdona.

EVA: En un rato debería terminarse el temporal. Fíjate por la ventana a ver.

(Balaniuk ni siquiera amaga en hacerlo).

BALANIUK: Está toda la calle toda cubierta, un alfombrando parece.

EVA: ¿La estación de metro también?

BALANIUK: Y cae con fuerza.

EVA: Dios...

BALANIUK: Quierés cerveza?

EVA: Gracias.

(Balaniuk le alcanza la lata)

BALANIUK: Eso, éntrale...

EVA: Te he dicho que no, ¿por qué me lo ofreces?

BALANIUK: Me dijiste gracias.

EVA: ¿Hace cuánto que vives en Madrid?

BALANIUK: Como diez años o más.

EVA: ¿Y todavía no sabes que gracias significa no?

(Balaniuk no responde)

EVA: Perdona. Me duele mucho la espalda y estoy de mal humor.

BALANIUK: Bueno, recóstate, yo en un rato cuando para el temporal me voy.

EVA: Menos mal que me encontraste.

BALANIUK: No, si me lo sabía que en un momento iba esto a pasar. Estas górgolas cuando llegaron a la plaza están arruinando todo. ¿De dónde los conocés, tú?

EVA: De ahí, de vender libros, son compañeros.

BALANIUK: Sí, compañeros... Andaban juntos ustedes, ¿por qué?

EVA: Déjalo ya. Es historia del pasado. De todos modos nadie va a poder salir a vender con esta nieve. Lo bueno

es que tampoco va a haber invasiones como dicen...

BALANIUK: Sí... van a invadir los catalanes, claro. Van a venir y todo... No me la cuentes, ¿quieres?

(Balaniuk se acerca muy despacio a intentar apagar el tanque de gas que está justo al lado de la cama. Cuando está por hacerlo, Eva se da cuenta)

EVA: No lo hagas, te dije.

BALANIUK: ¿Qué cosa?

EVA: La bombona, no la bajes.

BALANIUK: No toqué nada, yo.

(Se queda mirando a Eva y hace movimientos con las manos cerca de su cara, para comprobar si es ciega o no)

EVA: ¿Qué haces ahora?

BALANIUK: Nada, paso el tiempo. Miro tu piso. No hay mucho por hacer...

EVA: Bueno, ¿quieres que te la cuente entonces?

BALANIUK: ¿Qué cosa?

EVA: La novela. Te va a aburrir estoy segura.

BALANIUK: No, si yo leo los libros que dejando la gente. Leí uno el otro día, de algo de ánimas.

EVA: ¿Ánimas?

BALANIUK: Eso.

EVA: ¿La maldición de la Casa de Campo?

BALANIUK: Sí, no sé.

EVA: Malo. Me lo leyó mi hermano hace un tiempo.

BALANIUK: No entendía nada, al tipo el final era muerto o no, que sé yo, escribiendo complicado. Oye, ¿todos estos libros quedaste sin vender?

(*Balaniuk se acerca a observar la pila de libros en un estante*).

EVA: Y más también.

BALANIUK: Hijos de puta son...

EVA: Déjalo ya. Alcánzame un almohadón que no quiero seguir acostada toda la noche.

(*Balaniuk se guarda varios libros en su bolso y le alcanza el almohadón*).

BALANIUK: ¿Te está doliendo todavía?

EVA: ¿Qué cosa?

BALANIUK: ¿Cómo qué cosa? ¡La espala! ¡Te dieron un golpe en la espala!

EVA: No grites... Sí, me duele bastante.

BALANIUK: Hijos de su puta madre son.

EVA: Empiezo. Cuidado por favor que no se caiga la bebida en la cama.

BALANIUK: Perdón, yo limpio.

EVA: Quédate quieto un minuto.

BALANIUK: Disculpa, después limpio.

EVA: ¿Empiezo?

BALANIUK: Venga.

EVA: La novela se llama Terrazas y transcurre en el futuro, en el año 2066. Es sobre una pareja que se conoce en el café Ocho y medio, frente a los cines de Arguelles.

BALANIUK: La conozco. Ahí parando dos músicos de mierda, Larguito y Castañuelas.

EVA: Esa calle sigue estando en el futuro, aunque ahora los cines son distintos, son sensoriales. Cada uno tiene una especie de cápsula cerrada desde donde ves la película y puedes sentir lo mismo que sienten los personajes. Se conectan unos sensores al cuerpo y al cerebro y uno recibe las mismas descargas emocionales que emiten los actores. Si el Brad Pitt del futuro se enfada por algo o se ríe sin parar, el espectador siente lo mismo.

BALANIUK: ¿Quién ese?

EVA: Deja la botella apoyada en el estante cuando termines, por favor. No quiero que se vuelva a mojar la cama.

BALANIUK: Perdona, yo limpio después. Sigue.

EVA: Los géneros en el 2066 cada vez están más de moda y solo funcionan las películas con esas estructuras. Nada para pensar, todo empaquetado y cerrado. Ver la peli, a cenar y luego a hacer el amor, como decía Hitchcock.

BALANIUK: Una vez dieron en plaza Olavide en verano esa, era buena, ¿o fue en Buenos Aires?

EVA: Solo funcionan las películas infantiles, las come-

días y las eróticas. En las comedias solo te ríes y en las películas eróticas solo te excitas, no hay ninguna otra gama de emociones. La gente solo elige pasarla bien y tener descargas de dopamina. Es demasiada la cantidad de tiempo que pasan trabajando para sostener al sistema y a tantos habitantes, que en los ratos libres viven en una dictadura emocional. La dictadura de la felicidad, como anticipó Russel, el filósofo inglés.

BALANIUK: Yo mucho respeto a ingleses, aunque me jodieron siempre, me jodieron siempre. Vienen en banda para Madrid los fines de semana, hijos de puta. Vienen a emborrachar y a hacen los pillos, piratas de mierda.

EVA: Prácticamente no hay pobreza y en la Madrid del futuro el estado controla todo de manera eficiente. Uno solo tiene que ponerse a producir lo que le interesa y usar el rato libre para ser feliz.

BALANIUK: Sí, pero no habiendo libertad...

EVA: ¿Tú crees que la libertad es dejar que los individuos se guíen por el libre albedrío de sus emociones?

BALANIUK: Libertad es hacer que lo quiero sin que nadie me reprema, no hay tutía.

EVA: Nada más alejado. Darle el control de tus actos a la caprichosidad de tus emociones es como dejar que gobierne una casa un bebé de un año.

BALANIUK: ¿Y tú cómo sabés tantas cosas? En la plaza

no hablabas así, como educada. Yo te escuchaba, ‘bisibisi monedita, librito, ¿quiere libro?’, a los Chasquis.

EVA: ¿Quienes son los Chasquis?

BALANIUK: Los españoles, que se sientan en terrazas. ¿Qué dices, eh? ¿Tú estudiaste?

EVA: En la nueva Madrid cada uno es libre de vacunarse o no, de drogarse o no, de asistir a la escuela o quedarse en la casa. De trabajar o vivir del estado. Solo estás obligado a combatir cuando hay guerra, especialmente las mujeres porque se dieron cuenta de que somos más fuertes.

BALANIUK: Uh, es del feminismo y todo eso...

EVA: Pero no son muchos los que se rebelan porque todo queda registrado en el sistema. Cada paso que das, cada acto, cada cosa que tocas con las manos, queda grabado en los procesadores y archivos del gobierno. Puedes joderla aunque no te servirá de mucho. El respeto por uno mismo y por la patria, se ha vuelto a poner de moda.

BALANIUK: ¿Cómo terminaste en la plaza con las gárgolas del Este?

EVA: La cuestión es que Luciano está en el café esperando por ir al cine, cuando la ve entrar a María Luján, con un tapado largo verde agua y unas botas de serpiente.

BALANIUK: Respóndeme, ¿eres sorda?

EVA: Él mira todo el rato, observa quién entra y quién

sale, está inquieto. Hace varios meses vive en un estado de incomodidad que no logra interpretar. Cada día que pasa sigue arrastrando sus rutinas y sus hábitos obsesivos; el café negro por las mañanas, los diez minutos calculados de la vuelta al perro, viajar en el metro en el último vagón para no ser visto. Se deprime en ese transcurrir de la vida, le duele el cuello, siente pesadez en la vista, está pálido como un chico enfermo. Entonces toma pastillas de dopamina a diario y va a esos sitios como el Ocho y medio a ver personas distintas. Gente que todavía lee, modernos con ropa a base de alimentos disecados, mujeres solas que sacan una libretita y toman notas toda la tarde, como sus bisabuelos y tatarabuelos.

BALANIUK: ¿Y la chica?

EVA: “Pelo moreno, teñido de rosa en las puntas, las mejillas siempre enrojecidas del frío”. Me acuerdo que la dicté así. Gesto de mujer perdida. Horas caminando por Madrid sin paraguas, ni abrigo. Los labios carnosos, los pómulos hinchados de levantarse tarde los domingos.

BALANIUK: ¿Cómo escribiendo esto si no puedes ver?

EVA: La dicté a una persona.

(Balaniuk no logra quedarse quieto. Mientras Eva le habla, revisa la casa y se guarda algunos objetos en su mochila)

BALANIUK: Hay olor a bombona del gas... ¿Lo hueles?

EVA: No es nada, presta atención... Había demasiada gente ese sábado en el café y solo una pequeña mesa al fondo de la cafetería, con dos butacas rojas de sala de cine. Están un buen rato sin hablarse, cada uno en su asiento, él fingiendo leer un libro para poder observarla. En el 2066 las mujeres dominan las artes, la política, la ciencia, el entretenimiento. El hombre tiene sueldos más bajos y se ocupa de los niños y de llevar las cuentas del hogar. Sin embargo para ella, que piensa a la antigua, es un problema intentar hablarle. La gente ya no lo hace, es más fácil hablar por las aplicaciones y que todo lo determine el algoritmo.

BALANIUK: ¿Algo qué?

EVA: Luciano siente esa presión de saber que en cualquier momento María Luján puede venir y decirle algo y tiene miedo de que eso pase. Sabe que detrás de ese impulso hay una gran desilusión esperando. ¿Te estás durmiendo, Balaniuk?

BALANIUK: No, sigue. Lindo nombre María Luján... ¿Quieres cerveza?

EVA: No. Ella lo tiene como amigo hasta las navidades por lo menos. Van al café, al cine, ella le cuenta de una relación que tiene con un militar de la República. Lo usa para contarle cosas porque lo va evaluando. No está desesperada como él, que quiere asegurarla como un puente

en la guerra. Ella se toma su tiempo, mide las cosas y las cuida, pero cuando las hace da un paso firme.

BALANIUK: ¿Pero pasa algo o no? Si no está muy lenta la novela.

EVA: Espera, no seas ansioso. Después de Reyes, una tarde de domingo en la que Luciano juega a videojuegos como si tuviera quince años y se prepara para afrontar otra semana de trabajo, le tocan el timbre. “¿Quién es?”, dice

BALANIUK: María Luján, quién va ser...

EVA: Hablan un poco, Luciano le ofrece un café, se sientan a tomarlo en la mesa de la sala, junto a la ventana que da al parque. Toman café y ella le hace preguntas sobre la casa, qué tipo de robot le limpia, el detector de antígenos, la temperatura en verano.

BALANIUK: Está haciendo tiempo, Eva. Vino a bañarle la nutria, no anda con la vueltas la robotito esta.

EVA: No es un robot ella. Tiene un cerebro híbrido con funciones de Inteligencia Artificial, pero los órganos y el cuerpo son humanos.

BALANIUK: ¿Y las tetas? ¿Cómo tiene las tetitas?

(Balaniuk se acerca con intención a Eva. Le mira los pechos)

EVA: ¿Las qué?

BALANIUK: Bebe un poquito, venga. Necesitas fuerzas.

EVA: No bebo te he dicho. Y podrías ir parando ya.

BALANIUK: Me la imaginando con tetas grandes, dos sandías.

EVA: Imaginas bien... pero son tetas, no tetes.

BALANIUK: Sigue, dale. Bebe un cachito. ¿Sienten las misma cosa los robots que nosotros?

EVA: No lo sé... En la novela puse que sí, porque los órganos son humanos, el cuerpo, los genes, todo. Solo que María Luján es de una clase social muy alta y cuando los chicos cumplen cierta edad les implantan un procesador que hace que puedan aprender cosas en poco tiempo, archivar recuerdos o desclasificarlos, o curarse ciertas enfermedades.

BALANIUK: ¿Entonces viviendo más tiempo?

EVA: Sí, pero tampoco tanto más. Nadie quiere que la mitad de la población tenga ciento cincuenta años. ¿Quién sostendría a todos esos parásitos?

BALANIUK: Todo por la pasta, por la biyuya. Ricos hacen que quieren, hacen que quieren...

EVA: Ella sufre porque es tan eficiente en todo que nada la desafía. Es cuestión de tener un deseo y cumplirlo, todo fácil, todo inmediato, todo al alcance de la mano.

BALANIUK: ¿Dónde tenés otra cervecita?

EVA: ¿Ya te las terminaste?

BALANIUK: Pasaban como horchata en verano, je je.

EVA: Bebe agua que te hará bien.

BALANIUK: No bebo agua.

EVA: Sigo entonces.

BALANIUK: Algo tienes que tenés por ahí.

(Balaniuk continúa a revisar el piso y robarse cosas)

EVA: Él se pregunta qué hace cayendo así de improviso en su casa, ¿qué quiere?, ¿por qué está rara? Entonces se come las uñas de los nervios y ella en un momento se las agarra y se las saca de la boca.

BALANIUK: Yo las comía, pero un doctor de la plaza dijo que se infectan.

EVA: Note las comas más, Luciano, le dice. Ponte esmalte.

BALANIUK: Un doctor que decí que me viene bacterias si tengo lastimadas.

EVA: ¿A ver cómo las tienes?, le dice y le coge las manos.

BALANIUK: El problema son las cutículas, dice, porque si las morderlas sangren y por ahí entra mugre.

EVA: Él se pone a lavar las tazas para intentar disimular su nerviosismo, pero tiene un pijama que no le ayuda para nada, y ella se da cuenta y se ríe por dentro. La cocinita es muy chica, y entonces, él, acorralado por María Luján, no sabe qué hacer. Ella se pone detrás suyo y le toca la espalda y los bordes de la cadera a Luciano.

BALANIUK: ¡Epa!

EVA: Se acerca a su cuello y le desabrocha el pañuelo.

BALANIUK: ¿Pañuelo el chaval?

EVA: Siente su perfume masculino y se enciende de repente. Le respira detrás de la nunca, y se da cuenta de que es el momento de demostrar cuán hembra y cuán fuerte es. Le besa el cuello y le apoya el clítoris erecto en el culo.

BALANIUK: ¡Ja!

EVA: ¿Qué?

BALANIUK: ¡Ja, ja! Tómate un traguito, Eva.

EVA: ¿Por qué te ríes?

BALANIUK: Sos media loquita, ¿eh? ¿Cómo el clítoris?

EVA: El clítoris... En este futuro han encontrado un tratamiento para hacerlo crecer al tamaño de un pene promedio, y que pueda, lógicamente, erectarse y penetrar.

BALANIUK: ¡Ja!

EVA: ¿De nuevo?

BALANIUK: ¿Terminan todo maricones, entonces?

EVA: Es que eres un ruso o argentino, o lo que coño seas, muy cerrado.

BALANIUK: Soy normal, ¿es malo estar normal en estos tiempos? Parece que está de moda comerse pollas, ahora. Ya ni sabes adonde el baño entra uno y otro.

EVA: Dios...

BALANIUK: ¿Es malo estar normal?

EVA: Estoy cansada, dejémoslo aquí.

BALANIUK: Tómate un traguito que da fuerzas.

EVA: Te he dicho cincuenta veces que no bebo. Apaga la luz mejor.

BALANIUK: Espera un poco.

EVA: ¿Sigue nevando, no?

BALANIUK: Sí. Más fuerte de antes. El coche rojo tiene nieve tapando las ruotas.

EVA: Ruedas... Bueno, duerme en el sofá si quieres.

BALANIUK: ¿No sigues con historia?

EVA: Ya amaneció. A esta hora duermo.

BALANIUK: Hay un poco todavía, está oscuro.

EVA: ¿Te piensas que porque no veo no diferencio cuando hay luz o no?

BALANIUK: Hay noche, te digo...

EVA: Gracias de todos modos por acompañarme. Tuve suerte de que me encuentres.

BALANIUK: No pasa nada, justo pasaba para esa calle.

EVA: ¿Balaniuk, no?

BALANIUK: Sí. Las gárgolas esas arruinan todo.

EVA: ¿Cuáles gárgolas?

BALANIUK: Son lo peor. Vienen en manada, a vender todas mierdas; Pañuelitos, Quierechica, Plantitas, Mecereros, saquear terrazas.

EVA: Apaga la luz, por favor.

BALANIUK: Sabía que te hacen a hacer algo, los vi a ellos en plaza.

EVA: Y el tocadiscos...

BALANIUK: Gárgolas pedigüeñas, piojos de la nada, decía un amigo en Argentina.

EVA: Duerme.

«Polaca de mierda, me fregó. Me dejó en calle. Primero apareció con vendedores del este de rederepente de un día al otro y se llenó mi plaza. Mi plaza Olavide que construí todos los días de seis de tarde a nueve de la noche, no falté nunca. Vienen y arrasan, y de pronto pasa delante con esos libros de mierda cuando estoy tocando. ¿Nunca da cuenta, ciega de mierda? ¿Nunca da la cuenta? ¿No escucha? ¿No ve? Desde que estuvo ella, todo en picada mi salario, le dan a ella porque es ciega y da lástima. “Pobre cieguita, pobre, es débil, hay que ayudarla”. ¿Y yo qué? ¿Eh? Entre estas gárgolas que invaden y extorsionan a Chasquis y Chasquis que tienen lástima de polaca, ¿qué? ¡Me jodieron! Me dejaron sin trabajo. Se lo merece que le pasó. No lo otro, eso no... Eso fue mucho. Eso no deseo a nadie. ¡Calla! ¡Lo otro dije que no! Lo primero... Así no trabaja más por un tiempo... Es muy inteligente está cieguita, había que hacerlo bien, sin que den

cuenta ninguno. Polaca de mierda, ya sabe quién vando a dar la monedita y quién no. No hace falta que diga nada, muestra un librito, que adentro no hay nada, unas frases sueltas, dos o tres por paginaria, pero dice que es una novela sobre una pareja en Madrid, María Luján y Luciano y que la robé yo. Qué va, qué va... ¿Está polaca piensa que es la única que pudiendo escribir esa taradez de poesía? Va con ese libro de murundanga, abre la mano blanquita y polaca y recibe moneditas. Mínimo cinco euritos por mesa, ¿oiste? Son caranta y tres mesas en la Olavide, hacé tú la cuenta y después me cuentas. De Olor a madera a Gin Tonic, de Incienso a Cigarrillo, de Humedad a Perfume caro, dice ella. ‘Bisi bisi moneda librito, bisi bisi ayuda’ y se escapa deslizando como maestro Yoda con sueldito de un día que hace. Corta la bocha. Ciegos, pero no gilipollas, decía el Doctor. Pasa que Chasquis sienten culpa o miedo y eso basta. La calle en Madrid ahora no es fácil, no es como en dos mil o en dos mil y diez. No, espera... ¿En qué año estamos? Ah, cierto... A veces me pierdo, a veces porque bueno, ya sabés lo qué pasó... Pero casi no hay armas en Madrid, sí la policía y los cerdos esbirros de los municipales, eso sí, pero ahora Chasquis no tienen dinero fresco ahora, porque estaban las invasiones y nieve muchos meses y así no comemos. Todos necesitamos vivir, ¿no? Un poquito de pelas, a lo

menos por los gastos, por los gastos. A mi no interesa trabajando sesenta horas en semana para setecientos euros mugrosos que te se van en una vida de mierda que no tienes no tiempo por ir a cagar tranquilo. No, yo prefiero hacer la faena en la plaza, todos días sin descanso. A doce euros cada un libro, como la polaca. No importa la guitarra, vaffanculo guitarra. Ahora estos libritos que le saqué son todo que tengo yo ahora, ella no sé dónde está, pero dejó libritos. Imprimió allá por el bajo, le deja más barato porque ciega, porque ciega, y quedan ocho eurito por libro vendes a diez. ¿Dieseurito si vendiendo veinte libros cuanto es? Eso... ¿Y en un mes? Ahí tienes, siete y cientos euros, una fortuna. ¿Qué porcentual de personas en el mundo gana ese dinero? ¿Eh?»

Eva está ahora sentada en la cama, la espalda contra la pared. Balaniuk en el suelo. Juega con una pelota de tenis y come una tortilla. De tanto en tanto bebe.

EVA: No sé qué pasa que se baja durante la noche esta bombona.

BALANIUK: A lo menos tienes una. Yo me muoro de frío en Caballeriza.

EVA: Para mí la bajan los del gas. Encima con todo lo que te cobran, ¿no contemplan que no todo el mundo duerme de noche?

BALANIUK: En mi pueblo se conyelaban las estufas. Mamá era tan harta que no salía agua de tuberías que una vez se encontró a uno de estos, ¿cómo se llama?... Un diputato y le gritó que mande a arreglar porque si no se prendía fuego ella ahí mismo y le mostró la botella de gasolina y todo. Ella había votado

a él durante años, lo dijo, y que sabía que no la defraudaba, que no quería tener más las cañerías congeladas.

EVA: Seguro quellamaron a los de seguridad para sacarla.

BALANIUK: No, el contrario. El diputato este pidió que se calma y al otro día vinieron unos tipos con dos escaleras a arreglar caldera. Tiempos de antes de Perestroika, hijos de puta que son estos comunistas. ¡Kakaya radost', yeybogu!, gritó mi madre que no entendía nada de fascistas.

EVA: Y ¿cómo hacían para hacer las cosas de todos los días con tanta nieve?

BALANIUK: ¿Pero tú no eres polaca? Si la nieve es también allá.

EVA: Sí, pero cuéntame tú, mi vida es aburrida.

BALANIUK: No sé... nos arreglamos... como todo. Uno adapta a todo. Por suerte en Buenos Aires no había nieve. Oíme, ¿no querés comer un poco?

EVA: Estoy bien.

BALANIUK: Es buena la tortilla.

EVA: Le pone cebolla y hace los huevos jugosos, la patata no queda seca como en otros bares.

BALANIUK: Sí, verdad. Qué grande el señor que trajo la comida. Comé, anda.

EVA: No. Come tú que te hace bien y deja la bebida.

BALANIUK: Ya termina, menos malo que tenía un vo-

dkita, ¿de dónde los sacas si no los bebés?

EVA: Apaga la luz, ¿quieres?

BALANIUK: Pero faltan muchas horas todavía para que amanece.

EVA: Ya.. pero es que me duele la cabeza. Deja solo este velador que tengo a mi izquierda por favor.

(Balaniuk apaga la luz y empieza a revisar el piso en busca de otra bebida)

BALANIUK: ¿Cuándo va a parar esta nieve de mierda? Entre la nieve y ahora que dicen en la radio de las invasiones...

EVA: Piensa en otra cosa, mejor.

BALANIUK: Yo no tengo un duro, Eva. Vivo el día.

(Encuentra una botella de vodka bajo la cocina).

EVA: ¿Quieres que te siga contando la novela?

BALANIUK: ¿A este otro vodkita puedo entrarle? ¿Por qué tienes tantas bebidas?

EVA: Haz lo que quieras, Balaniuk, pero yo no puedo hacer nada si te caes o te da algo con todo lo que bebes.

BALANIUK: No pasa nada. Tengo sed nada más.

EVA: Bebe agua.

BALANIUK: No me gusta el agua.

EVA: Da igual... ¿Dónde nos quedamos ayer?

BALANIUK: Cuando ella le está por mojar el churro a él.

EVA: ¿Mojar el churro? Ah, sí... Nada, pasan cosas, fo-

llan, bla bla bla y al poco tiempo se mudan a la buhardilla de él en el barrio de Tetuán.

BALANIUK: Acá estamos en Tetuán.

EVA: Muy fría y diminuta, ventanas sin aislamiento, olor a curry y especias y una bombona encendida todo el día que gasta mucho y no calienta nada.

BALANIUK: ¡Es igual a esta!

EVA: Se pasan todo el invierno adentro, encerrados. Ni siquiera recuerdan la forma de sus cuerpos porque andan todo el día con bufandas y gorros, y ni siquiera se sacan la ropa para tener sexo. Simplemente él se baja un poco el pantalón del pijama y ella el suyo y lo hacen como conejos, muy veloces. Él tiene que imaginar la forma del cuerpo de María Luján, porque nunca la ve desnuda, aunque siente su piel muy suave y con muchos pelitos que no le interesa depilar. Dos oseznos hibernando debajo de un plumón térmico, cubiertos de pieles y de flujos semicongelados, toda la mañana en la casa, las tardes en los cafés y la noche en el cine.

(Balaniuk encuentra los ejemplares de la novela de Eva y los hojea).

EVA: Lo único que les interesa es estar juntos. Ir a la filmoteca a la hora de la siesta, al café la Fugitiva a hablar con la polaca que atiende, intercambiar algunas palabras con los libreros de la cuesta de Moyano. Leer textos que

encuentran en las paredes y los cubos de basura de Malaña. Salir a los apurones para no llegar tarde a la hora gratuita del Sofía, andar bajo la lluvia por Ave María tratando de no resbalar en el empedrado, volar a la filmoteca a ver una de Bellocchio o de Jarmush, o de Godard. Tomar vermu a la salida, pedir tapas gratis y sentir que son ricos, cuando en realidad son de los más pobres de la ciudad. Caminar por los parques hasta que cierren. Parques de árboles pelados y grises en invierno, igual que sus manos, frías y ásperas, algo cortadas por el viento de la sierra. Ella siempre tapado largo, pero casi nada abajo, el jean que se levanta hasta los tobillos y una camiseta térmica. Él, todo lo que pueda ponerse, pantalones térmicos, gorro, orejeras, bufanda, untado en una crema que se vende en el futuro que te mantiene el calor corporal. Las mejillas rosadas, los labios hinchados, siempre con energía para subir por Alcalá y observar todos los edificios derrumbados por las bombas que tiraron los catalanes.

BALANIUK: ¿Esto dice la novela que tenés aquí?

EVA: Sí, eso mismo.

BALANIUK: Acá hay otra cosa, están como frases solas...

EVA: ¿No te he dicho que no toques mis libros?

(Balaniuk deja los libros donde están y vuelve a la cocina)

BALANIUK: Perdón. Solo era echando un ojo.

EVA: No los vuelvas a tocar.

BALANIUK: Está bien...

EVA: ¿Me lo prometes?

BALANIUK: Sí...

EVA: Son lo más valioso que tengo. Tengo mis libros y nada más que mis libros.

BALANIUK: Imagino...

EVA: Sigo... Cuando sale el sol, bajan a tomar el aperitivo a alguna terraza y ella se recuesta en la silla de cara al cielo. Sueña que está en otro sitio, en otro tiempo y por unos minutos se va del Gin Tonic, del sábado con Luciano, del año 2066, de Madrid. ¿Tú te has enamorado?

BALANIUK: No.

EVA: ¿Jamás?, ¿ni siquiera en el colegio?

BALANIUK: De mi vida privada no hablamos, diciste.

EVA: Vamos... sabes que tu vida es mucho más interesante que la mía.

BALANIUK: ¿Quién dice eso? Tú te viniste de Polonia cuando chica, parecés persona educada, aunque vendes libros en la plaza con las gárgolas, tenés un piso calefaccionato con edredón. Debés teniendo muchas historias por contar...

EVA: Carecen de interés. Soy una más entre millones.

BALANIUK: ¿Decís que no hay historias para contar, vas a decir?

EVA: Sí.

BALANIUK: Pero fuiste a universidad, tus padres tienen pasta.

EVA: De mis padres no voy a hablar.

BALANIUK: ¿Por qué?, ¿dónde son?

EVA: En Bielorrusia, presos. Y no tienen pasta. Eran dueños de una fábrica de zapatos y lo perdieron todo por culpa de los rusos.

BALANIUK: ¿Qué hicieron?

EVA: Lo mismo de siempre.

BALANIUK: Todo es así. Desde que no se van estos comunistas. Por eso fuimos con mamá a Argentina.

EVA: ¿Adónde vas?

(*Balaniuk se acerca a la ventana*)

BALANIUK: Voy abrir un poco, hace mucho olor a gas.

EVA: ¿Estás loco? Déjala así que me congelo.

BALANIUK: La bombona esta de porquería se apaga cada tanto, ¿no ves? No, no ves... Es porque no es posible tener todo el tiempo con todo cerrado porque te mata el oxígeno entonces el mecanismo apaga, por eso hace frío, no son los del gas. Una vez un Chasqui en la plaza me quiso vender una y me explicó, aunque no la compré, Chasqui de mierda, me quería timar.

EVA: ¿De qué hablas? ¿Quiénes son los Chasquis?

BALANIUK: Los Chasquis, clientes de terrazas, los que

tienen pasta, siempre euritos en el bolsillo, Gin Tonic en la mano y boquerones o patatas bravas comiendo.

EVA: Ah...

BALANIUK: Es así.

EVA: Ven. Acerca la silla a la cama un poco. ¿Dónde nos habíamos quedado?

BALANIUK: No sé.

EVA: Ah, sí, que ella es muy intensa, pero también muy fría y distante. Tiene una sexualidad rara, dice él, y solo le interesa satisfacerse. En un capítulo, por ejemplo, descubre que cuando justo antes de penetrarla se va a poner los condones al baño, cuando regresa, ella está totalmente excitada. Si no, está siempre seca incluso con los besos y caricias, pero se ve que al esperarlo sola, al saber que en algún momento la puerta del dormitorio se va a abrir, algo en su inconsciente primitivo la pone. El tema es que a veces es como un hielo. Tan gélida, que él siente que le quema cuando la abraza.

BALANIUK: Una histérica del manual por histéricas.

EVA: Es que ella no lo controla. Simplemente pasa de una cosa a la otra, ¿entiendes? No hay término medio. A veces lo ama y otras veces lo desprecia y le dice cosas como que no tendría hijos con él, porque no sería buen padre.

BALANIUK: ¿Pero él qué hace?, ¿cómo se gana su vida?

¿O se rascan todos los cogollos en esta novela?

EVA: Je je... El kogut dirían algunos gamberros de Varsovia.

BALANIUK: Ah, bueno, al menos entero que eres de Varsovia. ¿Cuándo viniste para Madrid? Hablas muy bien el español.

EVA: Escucha, presta atención.

BALANIUK: Contestá, ¿cuándo viniste?

EVA: Luciano se mete a trabajar todo el día en un supermercado como un burro, porque ya la plata se acabó.

BALANIUK: ¿Estás sorda?

EVA: Ahora el tiempo justo para almorcizar y volver a mirar el reloj a cada rato a esperar a que se termine pronto la jornada. Ya están más grandes, ya no hay filmotecas y cafés todos los días, y, aunque tengan más dinero y vivan en Chamberí, no les cierra la ecuación de la vida que están llevando.

BALANIUK: Por más que hablo cuando hablas de novela no escuchás.

EVA: Cada uno en la suya, sin proyectos a futuro, sin horizontes, algunas arrugas. Luciano se siente un enano de jardín en medio del inmenso bosque que es la psiquis de María Luján.

BALANIUK: ¿De dónde conoces a gárgolas de la plaza?

EVA: Solo volver del trabajo, sentarse en el sillón a des-

cansar los pies y sentir que su cuerpo se encoge hasta volverse una hormiga. Un insecto en medio de un departamento ahora más confortable, con electrodomésticos nuevos, mesas de algarrobo y almohadones por todos lados que esperan tragarlo como si fueran arenas movedizas.

BALANIUK: ¿Quién te metió en la Olavide? Fueron ellos, ¿no?

EVA: Entonces para ella, Madrid. Sol de invierno y el clima que le seca los ojos y olor a tortilla y a curry en Tetuán. Madrid y la pobreza, Madrid y tomar algo con amigos cuando Luciano trabaja, las escuelas de teatro tan caras, tan caras. No hay domingos en familia.

BALANIUK: ¿Eva te llamas? ¿O es tu nombre inventado?

EVA: Pero hay cervezas por un euro y calles y ferias para pasear aún en invierno. Cuestión de ducharse y salir a Madrid, que es como salir a la vida. No le molesta comer el paquete de ensalada del supermercado o las tortillas aceitosas del bar de enfrente.

BALANIUK: A veces no sé ni me escuchas o no quieres escuchar.

EVA: Había subido algo de peso, pero tampoco le importaba, siempre había sido delgadita como un junco, como el hermano. Se sentía libre y podía andar y caminar

y volver a cualquier hora, no como en Varsovia, salvo por algunas calles.

BALANIUK: Me decís que no tome y me dejas botellas de vodka como un duende.

EVA: Calles de Tetuán donde los sudamericanos y africanos venden droga y le dicen cosas a las mujeres.

BALANIUK: Te veo que vendes los libros en la plaza con un palito de ciego y te juntas con las gárgolas.

EVA: Salvo por esa zona, todo Madrid era para ella.

BALANIUK: Tienes un piso tuyo y te hablas como universitaria, ¿quién eres?

«Acá se dice refugiado a cualquier cosa, eso es que no entienden los burgueses culposos católicos de España. Un venezolano rico que va vía del comunista ese, refugiado. Me sumo al Isis para reventar una bomba en escuela, refugiado. Soy un sudaca que quedé sin un trabajo de bananero y me gusta chupar verga en Casa de Campo, refugiado. Vendo hachis y karkubi y salto valla de Ceuta, refugiado. ¿Somos todos refugiados, ahora? ¿Es una moda, la puta que lo parió? Bueno, si así, tronco, yo estoy un refugiado entonces. A mí echaron de la plaza todos esos deformes que pasan se llorando que no tienen las mismas posibilidades que el resto. Esos microbios de terrazas y los Chasquis de mierda que un día por otro, no quisieron más libros ni música ni ná. Y encima la polaca que desapareció.

Refugiados, dicen ahora y la pasan robando por todo Europa. Yo más bien diría así; son unos mentecato

villeros de murundanga que no los caga nadie. Era todo bien en Madrid, tronco, todo bien. Hasta que llegan en manada estas suricatas de no sé dónde y me fueron corriendo. Y todos los zurditos pijos hijos de mami y papi defienden porque sienten culpa. Culpa de Chasquis europeos y comer bien todos los días. ¿Y yo qué? Si uno va a otro país tiene que estar tranquilo, ¿entendés? Mi mama rusa emigrada a Argentina y mi otets, hijo de puta, italiano hijo de Checos. Y yo vení a Madrid solo, antes que se pudra todo en Argentina, y vine todo con respeto, con todo respeto. Y ahora Madrid está una mierda, toda gris, toda aburrida, toda triste. La ciudad donde se volvió loco Lorca cuando vio a un caballo que mataba a un nene, dijo el Doctor. Y creo que voy a ser loco yo, todo frío, todo nublado, todo fascista acá. Madrid es así, es gris, decía el Doctor, no es como Petersburg o Buenos Aires. ¿O era al revés? A veces despierto en una cama y no sé en qué ciudad estoy, ¿en qué ciudad estoy? Buenos Aires otra una mierda y Petersburgo una mugre de fascistas y borrachos y prostíbulos. Lo único que ahora quiero es recuperar la plaza, recuperar mi plaza y que todo volviendo ser como antes, por favor, como antes... Pero estos microrganismos pedigüeños no tienen códigos ni un carajo. Son capaces de matar a la madre y hacer sanguiches de carne, si enteran que se venden bien.

Y los zurdos protopalestinos del culo defienden a ellos. Levantan banderas de Palestina, ¡y a mí qué carajo importa Palestina y refugiados y el Estado de judíos, zurdos hipócritas europeos?! Háblame de qué como aprovechan ustedes europeos en vivir en un sistema que explotan a países pobres, a países pobres, y compran camisetita en oferta en Gran Vía y viajan en unos vuelos que dice el doctor que cuestan el mismo que un bocata de tortilla. ¿Y quién pagando esta fiesta? ¿Cómo consiguieron? El continente hipocresía, dice el doctor... Me hablan de Palestina, ¿por qué no devolviendo Canarias a África, Ceuta a Marruecos y Malvinas a Argentina? Los europeos son unos matajudíos mataárabes matanegros hipócritas, con sus estados que invaden el Oriente y el África y mientras compran pantaloncitos en rebajas que fabricando chavilicos asiáticos sin un dedo o piernas, explotados. ¿Y me hablás de Palestina o Rusia el chocho de tu madre? Defienden a estos engendros del Este que pasan todo el día por terrazas haciendo pasar para vendedores ambulantes en vez de poner el pecho y decir: estoy mendicando, no quiero trabajar, dame pasta. ¡Cagones! ¡Tú, ellos, todos! Que se planten bien puesto con huevos y roben, que no vengan con cuento del tío. Ellos son choros, yo artista. Y tú, y todo tu sequito de culposos zurdos chupavergas de Che Guevara, defienden en vez de defender a mí y salir

declarar que no robé en Carrefour, que pagué todo. ¡Que pagué todo! Me quisieron eluncumbrar porque estaban ellos... ¡¡Estaban ellos!!»

BALANIUK: No hay más bebida. Voy a comprar.

EVA: ¿Estás loco? No salgas con este frío.

BALANIUK: Pero si no hace tanto frío. Cuando hay nieve no hace frío, hace cero.

EVA: Está todo cerrado de madrugada. Y te va a parar el ejército.

BALANIUK: Déjame hinchar con el ejército...

EVA: ¿No has escuchado la radio ayer? Están por invadirnos.

BALANIUK: Invadir, invadir, ¿desde cuantos días que dicen esto? Desde que estoy acá encerrado, más menos, y no llegan nunca los catalanes. Bajo.

EVA: Espera. A ver... ¿cómo te explico? ¿Dónde estás ahora?

BALANIUK: Al lado de ventana, con la mano apoyando en la encimera de la cocina.

EVA: Sí, la encimera es de la cocina...

BALANIUK: No entiendo.

EVA: Un chiste.

BALANIUK: Muy chistoso.

EVA: Bueno, no te cabrees. Sigue hacia la pila y busca en los muebles de abajo. Mete la mano detrás de esos cacharrros que de seguro algo te encuentras.

(Balaniuk obedece y busca entre los recovecos de la pila. Encuentra ollas viejas y productos de limpieza).

BALANIUK: ¿Acá?

EVA: ¿Cómo puedo saberlo?

BALANIUK: No hay nada.

EVA: Tienes que meter la mano detrás del tubo del grifo. Verás un hueco y un espacio vacío con la pared.

BALANIUK: Nada.

EVA: Mete más la mano no hacia la puerta, sino hacia la ventana.

BALANIUK: Ah, podía ser...

EVA: ¿Le encontraste?

(Balaniuk encuentra una botella de vodka. La abre y se echa un trago)

BALANIUK: ¿De dónde sacaste? Es carísimo. Mira tú, polaca...

EVA: Me lo regalaron.

BALANIUK: Se ve de que al estar ahí escondido se manteniendo fresquito. ¿No querés, tú?

EVA: No bebo, te lo dije una y otra vez.

BALANIUK: No bebo, no bebo, pero tenés siempre botellas que dejas nascondidas como un duende.

EVA: Escondidas. Venga, sigo con la historia que todavía queda para el amanecer.

BALANIUK: Ya tiene que parar esta nieve de mierda, ¿cuántos días hace aquí encerrados?

EVA: No lo sé realmente...

BALANIUK: Y nieve que no para. El coche rojo ya no ven las puertas. ¿Por qué cojones no pasando con la máquina a limpiar?

EVA: Porque este es un barrio pobre, Balaniuk. Los pobres no importan en ninguna ciudad, ni siquiera en el supuesto primer mundo. Deben estar más ocupados en hacerlo en el centro o en Salamanca. O tal vez no, tal vez no limpian nada para dificultar la llegada de los invasores.

BALANIUK: Hijos de puta que son, con pretexto de invasiones, las invasiones y nosotros tienen aquí sin poder salir ni trabajar.

EVA: ¿Dónde nos quedamos?

BALANIUK: ¿De qué?

EVA: De la historia.

BALANIUK: Nada, que ella es en Madrid y todo bien, no pasa nada. ¿No tenés otro vínilo? Me estoy harto de Elvis.

EVA: No. Estábamos en los ataques de histeria de ella y la separación.

BALANIUK: Me aburro, voy a dar una vuelta.

EVA: ¿Adónde? ¿No acabas de decir que está todo cubierto?

BALANIUK: No sé. Por el barrio o por edificio a tomar el aire fresco, todo encerrado acá con esta bombona me asfixia.

EVA: No pasa nada.

BALANIUK: ¿Cuándo vamos a volver a la Olavide?

EVA: No lo sé realmente. Cuando pare la nieve. Igual hay que ver si nos invaden o no.

BALANIUK: ¿Y Chasquis van a volver cuando pase todo esto?

EVA: El gobierno les dará dinero, seguramente. En esta ciudad siempre habrá pasta para gastar en bares. Si no no sería España.

BALANIUK: Esperamos.

EVA: Esperemos.

BALANIUK: ¿Qué?

EVA: Nada...

BALANIUK: Menos mal que tenías el vodkita salvador.

EVA: Bebe despacio.

BALANIUK: Es de una calidad superma. Me hace acordando mucho a uno que convidó uno en la plaza. Un

Chasqui que compró todos mis discos una vez y me dio de comer y tomar.

EVA: Qué suerte...

BALANIUK: Igual era maricón, quería bañarme a la nutria. Jueputa...

EVA: Ayúdame a ponerme de pie, ¿quieres?

(Balaniuk no responde).

EVA: ¿Balaniuk? ¿Dónde estás?

BALANIUK: ¡Espera un poco! Estaba bebiendo.

EVA: Ayúdame a ponerme de pie.

BALANIUK: No dejas beber tranquilo.

EVA: Quiero ir al baño, rápido.

(Balaniuk se acerca a la cama y la ayuda a ponerse de pie)

EVA: Ay... todavía me duele...

BALANIUK: Hijos de puta que son, gárgolas de mierda.

EVA: Fue todo raro. ¿Por qué habrían querido lastimarme así?

BALANIUK: Porque son animales, no piensan.

EVA: Yo los había ayudado, había sido educada con ellos.

BALANIUK: Y conmigo la verga fuiste...

EVA: ¿Qué?

BALANIUK: Nada, bebe vodka y se te pasa.

(Eva camina hacia el baño apoyada en Balaniuk).

EVA: ¿Qué les molestaba? Pasaba en otros horarios, pensé que teníamos buena relación.

BALANIUK: Son criaturas subterráneas del infierno. Hacen nacimiento a sus hijos en alcantarillas y se empotran con los hermanos, los muy guarros.

EVA: No digas eso, ¡por favor!

BALANIUK: La otra vuelta encontraron a una muerta en el Manzanares. Era preñada del padre y ni se daba cuenta, ¿tú te pensás que salió en noticias?

EVA: ¡Despacio que me caigo, Balaniuk!

BALANIUK: Dijo el Negro Amuletos cuando todavía birreaba conmigo que llevaron a la chica al centro de Salud de ahí de Chamberí y la malformada ni sabía que la habían llenado el pavo, la muy puerca.

EVA: ¿No estaba muerta?

BALANIUK: Antes de que la mueran.

EVA: Maten.

BALANIUK: Es lo mismo.

EVA: No es lo mismo.

BALANIUK: Ya está, llegamos.

EVA: Espera afuera.

BALANIUK: Se la ordeñaba el padre el muy vicioso.

EVA: Calla. Y cierra la puerta. Yo te aviso.

(Eva entra al baño y Balaniuk cierra la puerta).

BALANIUK: Son peores que un virus o invasores, son

ruedores deformes que no merecen aparecer ni en libros de medicina.

EVA: No hables así.

BALANIUK: ¿Pero tú qué?, ¿encima que te dieron paliza los defiendes?

EVA: Son personas como tú y yo. No recibieron educación.

BALANIUK: ¿Y a mi qué? Mi madre daba palazos en la cabeza cuando vivía en Petersburgo y no por esto soy un alimaña que se reproduce incontrolable y revienta las terrazas.

EVA: ¡Shh! Déjame concentrarme. Vuelve a la sala.

(Balaniuk no se mueve)

BALANIUK: Tú los defendés porque eres una burguesa universitaria, amiga de estas chinches por sentir culpa. Porque lo que dice el doctor de la plaza que se llama culpa de clase, porque eres burguesa y te da culpa. Odio de clase o culpa con estos kanalizatsionnye chervi. El doctor sabe mucho, el tipo viene y me saluda, me saluda, ¿entiendes? Un doctor... Pero tu odio no está igual que el odio que yo tengo a ellos, mi odio es realístico, lo arruinan todo estas divisiones de la especie. La culpa de clase es decir: “pobrecitos están en la calle, tienen una vida de mierda, seguro querían saliendo de esa situación pero no pueden”. Incorrecto, dice el doctor, son unos fan-

tasmeros gargoleros de alcantarilla, no quieren salir de la vida de robar y empotrar entre hermanos, aman esta vida y joder la vida a españoles y a artistas de la plaza, aunque los españoles me importan un carajo. ¿Terminaste?

EVA: No.

BALANIUK: Después está el odio de clase, dice el doctor, porque algunos los odian porque son una amenaza a su estatuto.

EVA: Amenaza a su estatus.

BALANIUK: No los quieren ver, les dan asco. Los odian porque odian al deferente, entonces los burgueses como tú o los aman por culpa o los odian por odio mismo. Lo mío es distinto yo odio a ellos porque me destruyen el negocio, arruinando las terrazas, arruinando a Chasquis. Son unos engenderos de la ultratumba. ¿Terminaste?

EVA: No.

BALANIUK: Se merecen el peor. Que manden a ellos de vuelta a sus guaridas. Mirá lo que te hicieron, mirá lo que te hicieron y vos defendés. Yo si puedo los mando a todos al centro de la tierra a vivir con los mutantes o a Rusia a que los maten en Siberia los fascistas. ¿Terminaste?

EVA: ¡Ya para, por favor!

BALANIUK: Y ahora encima todo esto y la nieve que no para. Mirá, ya está tapado el auto rojo.

EVA: Calla, por Dios. ¡Qué pesado te pones!

(Balaniuk le da el último trago a la botella)

BALANIUK: Ya no queda más del vodka.

EVA: ¡Venga! Entra y ayúdame a volver.

BALANIUK: ¿Te limpiaste?

(Eva no responde. Balaniuk entra al baño y encuentra a Eva de pie, lavándose las manos con mucha dificultad)

BALANIUK: ¿Te limpiaste?

EVA: ¿Eres tonto o qué?

BALANIUK: Bueno, pregunto.

EVA: Ayúdame a secarme, me duele demasiado.

BALANIUK: Mira como te dejaron estas mierdas...

EVA: De todos modos no hay mucho para hacer con la nieve y la invasión.

(Eva se apoya en Balaniuk y salen del baño)

BALANIUK: La invasión, la invasión. Al final eres como la tele. ¡Son ellos la invasión! ¡Las gárgolas! No van a venir a atacarnos catalanes. ¡Ya estamos jodidos con los de adentro!

EVA: Estamos en guerra, Balaniuk, ¿dónde vives?

BALANIUK: No van a venir, no se animan.

EVA: Despacio.

BALANIUK: Son cagones. Revoluciones de ricos no existes, dice el doctor.

EVA: ¡Ay!

BALANIUK: ¿Qué?

EVA: Ya está, deja... Apóyame despacio en la cama.

BALANIUK: ¿Y el licorcito que dijiste?

EVA: Tienes el vodka todavía.

BALANIUK: Ya casi no queda.

EVA: Bueno, escucha como sigue la historia y te lo doy. Alcánzame la almohada para erguirme un poco.

BALANIUK: Toma, coge.

EVA: Mi padre decía una frase que resume el próximo capítulo: Ponerse en pareja es formar equipo.

BALANIUK: ¿Tu padre polaco o español?

EVA: Ser socios en la cama, en el dinero y en la casa. Y ellos nunca fueron socios más que para pasarla bien por Madrid.

BALANIUK: A veces pensando que no estás sorda ni ciega ni ná.

EVA: Eran como noviecitos del secundario que estiran y estiran la relación hasta que esa masa se hace tan delgadita y frágil que se rompe. Y se rompió, por la culpa de él.

BALANIUK: Pero si ya contaste esa parte y en ninguno momento dice nada claro ella. Tenía al pibe de adorno.

EVA: ¿Y qué tendría que decirle?, ¿volvamos, te amo? Ella no va a ceder y menos después de cómo terminaron, aunque igual lo llama cada dos semanas, pregunta por el perro, por él, le ofrece plata.

BALANIUK: Son todos tentativos para lavar su culpa,

nada más. Culpa burguesa.

EVA: Es su manera de tantear el terreno, Balaniuk. De saber si está enfadado con ella de verdad o se le va a pasar como otras veces. Eso es lo que no quieras terminar de entender.

BALANIUK: Ellatienemuycomprendidoesocuandodijo a él: “¿Estás consciente que estás por hacer?” O algo así... como si ella es una madre que quiere educando a su hijo.

EVA: Cómo te acuerdas de lo que quieras, ¿eh? Ella quería dejarle en claro que si se separaban iba a empezar otra vida muy rápido. Cuando algo se termina, se termina para María Luján y por eso los llamados para terminar de confirmar.

BALANIUK: Viste entonces que no estaba un tantedeo.

EVA: Tanteo. Ella lo fue confirmando poco a poco, pero necesitaba saberlo con certezas, podía ser tranquilamente una fuerte pelea, como tantas que habían tenido, los dos eran pasionales, ¿por qué no? Había sido fuerte esta vez, pero podría haber tenido arreglo...

BALANIUK: Él pasó mal, seguro. El peor navidades de su vida. Llorando a la nada del techo de pensión, mirando el techo por horas.

EVA: No fue así, estuvieron juntos esa noche. Lloraron sí, pero también se insultaron y se tiraron cosas.

BALANIUK: Siempre responsabilidad del pibe, la culpa

del pibe. ¿Y si se ocupando María Luján de decidirlo? Déjame con esto feminismo. Ella es una cyka y basta.

EVA: Qué grosero eres. Ella no lo haría. Sabes bien que no es su personalidad.

BALANIUK: Él no sabe que tiene en cabeza ella, no se entienden las mujeres.

EVA: “¿Va en serio?, ¿ya está? ¿No más futuro entre nosotros? Mira que cuando esto se termine voy a estar tan enfadada y tan frustrada que borrare nuestra línea de tiempo, no habrá pasado, ni presente y menos futuro”. Eso le quería decir con los llamados.

BALANIUK: No puedes escribir esto. No la cree nadie. ¿Dónde está el licor?

EVA: ¿Y tú qué sabes que es la credibilidad?, ¿lo qué tu imaginas que harías?, ¿lo que viste o te contaron?

EVA: Las cosas claras, Eva. Ella borró de la mapa como todas las mujeres gata floras que son. Hicí tanto escándalo durante años diciendo que amaba, que amaba a él, que eran familia, que hacer viejo juntos y luego se borró. Un poco de pelea y no remó nada y en un cerrar y abrir de los ojos se puso con otro y volviendo a hacer su vida. Todo lo vivido con Luciano le olvidó con algún aparato o pastilla del futuro para olvidar boludos. Una fasciutta, eso es María Luján.

EVA: ¿Y él qué, entonces? Tantos proyectos juntos,

tantos besos por la noche, eres mi prioridad, somos un equipo, tengamos hijos, te follo como no follé nunca a nadie, y tampoco ha hecho un coño...

BALANIUK: El amor no sirve para una mierda, Eva. No hay que darle una mano porque te coge el codo. Y cuando no te das cuenta, el culo. Es así.

EVA: Ordinario.

BALANIUK: No hay que confiar en nadie.

EVA: Básico.

BALANIUK: Es la verdad.

EVA: Cállate.

BALANIUK: Ni siquiera en yo mismo. Mirá si no lo que pasó en la plaza. Uno todo confiado con estas pirañas y te jodieron. Y ahora es la nieve de mierda que no se parando nunca.

EVA: ¡Deja de nombrarla!

BALANIUK: ¿Te piensás que no va venir porque nombre?

EVA: Haz lo que quieras. ¡Nómbrala entonces!

BALANIUK: Es una nieve de mierda. Una nieve de porquería, sneg shlyukha.

EVA: Myślisz, że wiesz wszystko.

BALANIUK: ¿Qué dijiste?

EVA: Nada.

BALANIUK: Escucha la nieve. Parecía que no nevicaba

nunca en esta ciudad y ahora no se puede ni caminar. Lo que faltaba.

EVA: Calla.

BALANIUK: El auto ya tiene tapado todo el techo.

EVA: Cierra la boca de una vez.

BALANIUK: Más que Madrid parece Rusia.

EVA: Apaga la luz.

BALANIUK: Faltan los gorros, los sani y un buen vodka y ya estamos.

EVA: Balaniuk, apaga la luz.

BALANIUK: Iditye k chortu con esta nieve de mierda.

EVA: ¿Puedes dejar de beber y moverte? Me pones nerviosa.

BALANIUK: Tengo sed, nada más.

EVA: Coge agua del grifo.

BALANIUK: Sale congelada, me enfrián las bolas si tomo.

EVA: Hasta mañana, Balaniuk.

BALANIUK: Falta todavía por el amanecer, ahora se baja bombona. Se baja porque dijo el tipo que se consume el oxígeno, consume y apaga porque... Un chasqui de mierda igual. Quería vender como si tengo pasta para bombona. Es por culpa de las górgolas, por culpa de las górgolas. Vinieron por desagües de Madrid para hacer la verdadera invasión, ¿qué te piensas? Ahora no sacás más

a ellos, no sacás más. Se te instalan a dormir en portales de edificios y teniendo crías todos los verano, follar entre hermanos y se juntan con...

EVA: ¡Duerme!

«Gárgolas fantasmeras de mierda... ¿Qué se creen? ¿Para qué alinian con polaca? Entre estos me arruinan, me arruinan... Antes no era así, no era así... Maleditas gárgolas, ciega de mierda, ciega de mierda, ‘quiere un libro, quiere un libro’ y doce euros cobra. Llena de pasta está. Ciega de mierda, ciega de mierda, con ese palito molesto, tic, tic, que dice que no te ve y pasa igual. ¿Cómo no ve a mi si soy al lado y además escucha, escucha que estoy tocando? Pero pasa lo mismo y barre con la terraza porque todos le dan pasta porque ciega. Ciega tetas grandes, hace la boluda, mentecata subnormal... Está metida con todos ellos que defienden, forman una bandada del delito y arrasan con terrazas. ¿Sabes cuánto estoy aquí en Olavide? ¿Desde cuánto...? Soy el ruso Balaniuk, rey de la plaza y estos villeros gárgolas de morondanga, guisos podridos de periferia sudaca, vienen y arruinan todo, saquean las terrazas y la cieguita ‘¿quiere libro?, ¿quiere

libro?’ hace la tonta y lleva la pasta. ¿Y cómo coño querés que pague habitación así?, le dije al de Caballeriza. Si arruinando todo estos extranjeros... ¡Que yo también soy extranjero, coño! Pero respeto, yo respeto. No como estos bosta de caballo, criaturas amborrecimientos de la tierra. Hay que hacer algo, hacer algo. Se le dije al dueño del Maracaná y no me dio bola, pero después no lloren, ¿eh? A vosotros se les llena Europa de estos maldeformados y luego ¿quién detiene? ¿Quién se los detiene? Porque la polaca es ellos, ¿pero qué? A ver... ¿Qué van a hacer? Ella es el... ¿cómo se llama la cosa esta de los pesqueteros? El coso ese de gancho para pescar... Eso... La polaca es el anzuelo que clavan en el corazón de los Chasquis y le sacan el corazón. Y luego el dinerito lo reparten... Yo los vi los vi atrás de Principe pío. Además esta ciega... ¿Cómo vive en un piso con bombona de gas y habla como habla? ¿Qué se cree? ¿Qué se cree? No hay tutía... Están todos metidos entre ellos, metidos. Una misma bandada de murciélagos todos juntos, colgados boca al abajo en sus guaridas. Vienen y asaltan terrazas, roban móviles, venden productos de mierda y joden a los Chasquis que después no van a querer dar nada. Y además... ¿Está ciega? ¿Está ciega? ¿O se hace? ¿Cómo sabe de todos mis movimientos y de todo?»

Se escucha una radio a pilas que transmite las noticias actualizadas del temporal. Hace varios días que no hay electricidad en el edificio. Eva enciende una vela sobre el estante de libros, otra en la mesa cerca de la cocina y la última en su mesa de luz. Se queda de pie cerca de Balaniuk, que duerme en el sofá.

BALANIUK: Ya quedando menos, se siente... Ahora es el peor hora... Uno piensase que el frío se va, pero cuando está por arrancar... Managia a te, sta neve, porca miseria... Ni el fueguito alcanza. Está peor, un desastre. Y nos invaden, nos invaden. Es como cuando estaba en fiordos, como en fiordos... Ya proshu malysha prinesti vetki, a idiot vetok ne prinosit... sin aislamiento te quemas del frío y uno adentro de la bolsa sientendo la tierra húmeda como una parte del cuerpo, tarado subnormal.
EVA: ¿Qué hablas?

BALANIUK: Tarado subnormal gárgola fantasma de murundanga.

EVA: ¿Qué dices, Balaniuk?

(Balaniuk se despierta)

BALANIUK: ¿El qué?

EVA: Que qué dices.

BALANIUK: Nada.

EVA: Hablabas dormido.

BALANIUK: Nada, si casi no duermo.

(Balaniuk se levanta rápido y agarra la botella de licor).

BALANIUK: ¿No regresó luz?

EVA: No. Sigue cortada, por las invasiones.

BALANIUK: Sí, invasiones. La cortan porque se la roban toda los políticos. Para ahorrar por crisis y coso.

EVA: Está toda la ciudad así. Lo anunciaron en la radio.

BALANIUK: Bueno y qué. ¿Qué haces ahora en futuro?

A mi no me van a dejar volver a Caballeriza.

EVA: ¿Qué es eso?

BALANIUK: El dificio donde vivo. No te pagas nada, es por los Okupas, pero hay que contribuyendo haciendo cosas. Qué hambre... ¿Tienes hambre?

EVA: ¿Caballeriza se llama? Nunca escuché ese nombre.

BALANIUK: Por el Norte.

EVA: ¿Qué calle?

BALANIUK: ¿Qué pasa?, ¿eres poli, ahora?

EVA: Quiero saber...

BALANIUK: No voy a decir a ti.

EVA: Deja la bebida, ¿quieres? Que recién te despiertas.
Ven aquí.

BALANIUK: ¿Es un orden?

EVA: Sí. Acércate un poco. ¿Qué son todos esos ruidos
que cuelgan de tu ropa?

BALANIUK: Candenás.

EVA: Ah, ¿de esas de punkys?

BALANIUK: Sí.

EVA: Lo imaginaba... ¿Puedes sentarte en la cama? Deja
de beber un poco, por favor.

BALANIUK: Es para espabilarme, si no tienen nadie a alcohol.

EVA: Para un poco y quédate aquí sentado sobre mi
cama, vamos. Cuéntame de ese amor que tuviste.

BALANIUK: No tenía ningún amor.

EVA: En el colegio.

BALANIUK: No tenía ningún amor en colegio.

EVA: ¿Cómo se llamaba?

BALANIUK: ¿Estás siendo sorda, vos?

EVA: La mencionaste una vez.

BALANIUK: No mencioné ningún mujer.

EVA: Cuando dormías. ¿Natasha se llamaba?

BALANIUK: Que lo quieras.

EVA: Ya ni te acuerdas. Natasha se llamaba.

BALANIUK: Escuchas los que quieras, siempre. ¿No quedó nada para comer?

EVA: Nada. ¿Cómo era? Me la imagino rubia y alta.

BALANIUK: No me gustan las rubias.

EVA: Entonces, morena, pero de piel muy blanca.

BALANIUK: Sí, claro.

EVA: Colegio público de Petersburgo todos de uniforme.

BALANIUK: El horror.

EVA: ¿Qué edad tenías?

BALANIUK: Yo qué sé.

EVA: A los doce, los padres le hablaron por primera vez de sexo a María Luján.

BALANIUK: ¡Pues qué suerte!, a mi daban cachetazos cuando preguntaba alguno.

EVA: Le hablaron de un cosquilleo. Nunca olvidó esa palabra y creo que jamás la pronunció siquiera. Fue tan impactante, tan nueva, que la olvidó de inmediato. La llamaron al salón y le dieron un libro para que leyera en soledad. Eso fue todo. Un libro que ella ya había visto con compañeros del colegio una vez que se juntaron a hacer una lámina. Esperaron a que la madre fuera a hacer una compra y examinaron el libro. Fue su primer contacto erótico. El libro estaba hecho para ayudar a los padres a hablar del asunto. Tenía dibujos que mostraban a las parejas como cavernícolas, teniendo sexo y explicando que

había que hacerlo con amor.

BALANIUK: Creo que pasaron en escuela este libro...

EVA: El tema es que aquello le daba tanto miedo y asco, que decía que cuando llegara el momento de follar no querría ser penetrada, sino frotada, como cuando subía junto con otras niñas a los postes del arco de fútbol en la clase de gimnasia. Sabía que había algo raro en esa satisfacción de escalar, la pelvis bien apretada contra el palo, los muslitos firmes tratando de sostenerse, y aunque ya no le daba la fuerza de brazos lograba mantenerse aferrada y seguía subiendo hasta que la maestra les llamaba la atención con un grito. Se asustaba, pero se bajaba recargada de energía y con ganas de correr toda la mañana alrededor del campo de deportes. Eso sí le parecía divertido, como también ponerse la almohada entre las piernas cuando hacía frío y empujarla contra el colchón hasta sentir mucho calor en las mejillas y las orejas y ganas de abrazarse y dormirse contenta. En cambio, lo otro, lo que vio en el libro y en las películas que le encontró al hermano, no. Eso era violento y ella odiaba la violencia. Le temía. Un maestro le levantaba la voz y le daban temblores incontrolables. El chico que le gustaba le hablaba y se ponía blanca.

BALANIUK: No es verdad. María Luján es fuerte y ya tenido experiencias de chica. Muchas más que Luciano,

seguro.

EVA: Te equivocas. Pasa que tú... ¿A dónde te has ido?

BALANIUK: Al baño.

EVA: Mentira. Estás por la cocina de vuelta.

BALANIUK: ¿Qué decís, tú? Estoy aquí...

EVA: No hay nada más para beber

BALANIUK: Fui a estirar las piernas, nada más.

EVA: Te has bajado la de vodka en un día, ¿cuándo vas a parar?

BALANIUK: Bueno... después te pago, ségui contando la historia.

EVA: No es eso, hombre, es que bebes mucho.

BALANIUK: ¿Y a ti qué..?

EVA: ¿Qué cosa?

BALANIUK: A ti qué, ¿eh?

EVA: Baja la voz.

BALANIUK: ¿Qué coño te importa que lo hago o dejo?

EVA: Baja el tono, por favor... No me importa, respeto la libertad individual sobre todo, incluso la de hacerse daño, pero bueno... es que me parece demasiado.

BALANIUK: Todo el mundo bebía siempre. Conocí gente que bebe desde cincuenta años y es más inteligente que un hombre que no tocado una gota de vino en su puta vida.

EVA: Luego terminan muriendo de cualquier cosa.

BALANIUK: ¿Y qué?, ¿no vamos a morir, por si acaso?

EVA: Eso es muy pobre, Balaniuk. Tu puedes más que ese pensamiento.

BALANIUK: ¿Qué carajo me importa lo que se viene después de mí?

EVA: ¡Baja la voz, te he dicho!

BALANIUK: Un día te levantas cagando sangre o sin pudiendo respirar o tenías un mal sueño donde nunca te despiertas y ya está. O tienes una enfermedad larga y torturadora que es el peor. Somos unos monos que pensamos, nada más. Nos morimos, recordan dos personas y a otra cosa, macho.

EVA: Cálmate, un poco, ¿quieres? Pareces español pensando así.

BALANIUK: ¿Y qué?

EVA: Ven aquí.

BALANIUK: Deja.

EVA: Acércate un minuto, por favor.

BALANIUK: Estoy bien, te dijo.

EVA: Acércate. ¿Le vas a negar el pedido a una ciega?

BALANIUK: ¡Ah...! Cuando conviene haces de la ciega pobrecita.

EVA: Ven aquí, vamos.

(Balaniuk se acerca a la cama)

BALANIUK: Bien que te conviene, ‘bisibisi monedita

comer vendo libros' y le sacabas dinero a los Chasquis como si la nada.

EVA: Te pones nervioso por cualquier cosa, a veces.

BALANIUK: La cieguita cuando conviene...

EVA: Deberías calmarte.

(Eva le toca la entrepierna)

BALANIUK: ¿Qué hacés?

EVA: Te haces problema por todo.

BALANIUK: Espera...

(Empieza a masturbarlo).

EVA: La vida es más sencilla, Balaniuk.

BALANIUK: ¿Así directo?

EVA: Yo lo aprendí cuando perdí la vista.

BALANIUK: No quiero aprovechar de tú.

EVA: Antes me hacía problema por muchas más cosas.

Ahora ya no.

(Balaniuk le toca los pechos)

BALANIUK: ¡Qué buenas tetas tienes!

EVA: Solo me deprimo o me pongo triste de la nada, pero no me hago problema. ¿Va bien así?

BALANIUK: Menos aprietas.

EVA: A veces pienso que es mejor dejar que las cosas se evaporen. Uno no tiene el control sobre todo. Lo comprendo y hasta lo intento, aunque me cuesta ser así.

BALANIUK: Ay.

EVA: En cualquier momento me va a tocar irme. Me levanto y pienso en mi muerte.

BALANIUK: Calla un poco.

EVA: Un autobús que me atropella en Cibeles a las cuatro de la mañana.

BALANIUK: ¡Shh! Déjame concentrar...

EVA: ¿Quién vendrá a velarme?

BALANIUK: Apura...

EVA: ¿Quién realmente se preocupará?

BALANIUK: Apura más.

EVA: Dos o tres vecinos, alguno de la plaza y dos días después se van a olvidar.

BALANIUK: Así.

EVA: No seré más que un recuerdo efímero.

BALANIUK: Calla.

EVA: ¿Va mejor?

BALANIUK: Sí. ¡Seguí!

EVA: Sácalo.

BALANIUK: Ay.

EVA: Si no lo sacas te molestará.

BALANIUK: Cállate.

EVA: Hay que sacar todo lo que no sirve.

BALANIUK: ¡Ah!

EVA: ¿Paro?

BALANIUK: ¡¡Sigue!!

EVA: Ya casi lo tienes.

BALANIUK: Ay...

EVA: Ya está.

(*Balaniuk se larga a llorar*)

BALANIUK: Ay...

EVA: Tranquilo, ya pasó. No llores. Abrázame un poco.

Ya pronto se irá la nieve y las invasiones y podremos volver. No sigas llorando, Balaniuk. Ya pronto terminará todo esto.

«No mires, quédate manso que me conoce. Este es uno pervertido que toca a los chavalitos que andan solos de la noche. Te sonríe cuando ves pasar y siempre te pregunta, ‘¿quiere chi-ca?, ¿quiere chica?’, como un robot. El inferhumano no aprendió a hablar castellano todavía, no sabe de la diferencia entre plural o el singular, entre usted y el tú. Igual déjame de molestar con este castellano de ustedes, a mí dieron que no se entiende todavía, si es igual... Pero las chicas no existen nunca y Quierechica te hace acompañarlo hasta un edificio abandonado por Tetuán y te da a tú una droga que regala, una tricoñita bien rica y después te pide que le chupes la verga. Así, de una. Con su boca sin un diente, no tiene ni los dientes, toda lleno de cucha-rachas y las redes de arañas como en esta película que daron en la plaza en verano, la de los infraterreste, la del negro que baila. Y si no chupas, saca un cuchillo infectado para cirugía y te obliga a follarlo...

Me contaron muchos, contaron muchos. Tiene las bolas todas rojas todo infectadas como un perro enfermo, como dos bolas grandes con dos tumores, dos tumores como pelotas de tenis. Ya lo contaron varios, lo contaron varios. Es así... No puedo decir quiénes contaron, son las fuentes. Están acá en la plaza, entre nosotros. Son muchos, pero no me puedo hablar, por códigos que tengo. Pasa que los Chasquis no saben de estas cosas y górgolas tampoco, pero yo veo a las fuentes. Están en todas las terrazas de Madrid. Se hacen pasar por Chasquis turistas, con gafas para sol y cuerpos guapos y morenos, pero en la realidad son espías, ven movimientos, siguen a sospechosos sobre todo. ¿Qué creían, vosotros?, ¿qué Madrid estaba una fiesta? Acá nos tienen a todos controlados y vigilados en este panóptico de felicidad como dice el Doctor. Si hagas nada por afuera con la ley, es todo bien, todo guay, banderita de España en balcones, bus navideño y esbirros municipales saludan. Pero que ni se piense ocurrir pasar de la ley, porque te la ponen. Si no pregúntale a los gilipollas de titiriteros y a los malternitos del rap que metieron presos por hablar del Rey y de terroristas. Y si no son esos malternitos, son los otros, que como hay varios infiltrados aquí, hacen que lo quieren y joden la vida a nosotros. Pero déjame un poco, ¿quieres? Pásame el biberón que estás chupeteando hace un siglo y

tengo la boca seca, dame la birra. En cualquier momento tenemos que levantar el vuelo porque nos invaden de nuevo. Ahí está la sirena, escucha...»

Llueve en Madrid. Eva está tratando de escuchar donde caen las gotas para tapar las goteras con unos platos. Balaniuk está recostado en su cama.

BALANIUK: Lo que faltaba. Tormenta en invierno. Nunca visto. La culpa de que no estoy tomando hace días.

EVA: Puede ser...

(Eva regresa a su lado)

BALANIUK: Te juro que es por eso. Llevo como diez días sin beber.

EVA: Dos.

BALANIUK: Me estoy congelando encima, ¿qué pasa con la bombona del gas?

EVA: Nada, se enciende y apaga sola. Ven más cerca, metete adentro del edredón y quítate la ropa.

BALANIUK: ¿Estás loca? Me estoy congelando.

EVA: Tienes que quitártela toda para que el edredón te

mantenga caliente. Es de pluma de patos.

BALANIUK: ¿Pluma de patos? Te va bien con libritos, ¿eh?

EVA: Calla y quítate todo.

BALANIUK: Me da asfixia meterme todo adentro.

EVA: Deja de fantasear que no eres escritor. Quítate el calzoncillo también.

BALANIUK: ¡Ay! Tienés la mano más fría.

EVA: La tengo caliente. Tú tienes el culo frío.

BALANIUK: Estoy temblicando.

EVA: Ya se te va a pasar, son unos días nada más. Hasta que te limpies.

BALANIUK: ¿Segura no tienes nada por allí?

EVA: Lo he botado todo y tú te has comprometido conmigo a frenar después de los diversos espectáculos que has dado. ¿O ya te olvidaste? Todavía huele a vómito y mierda la cama.

BALANIUK: Perdona.

EVA: Ya pasó...

BALANIUK: ¿Cuánto queda para el día?

EVA: No sé, dímelo tú.

BALANIUK: Es muy de noche todavía.

EVA: Pues faltará, entonces...

BALANIUK: ¿Cómo no teniendo un televisor con todo lo que ganas? Podíamos pasar muy rápido el tiempo y

saber qué está pasando, si van a invadir o no.

EVA: ¿Ahora te preocupa? Ya has escuchado la radio. Están aquí. Ya están entre nosotros los catalanes.

BALANIUK: No van a poder pasar con tanta nieve. Ya no sé cuántos días desde que hace nieve, ni quiero fijar el coche rojo, debe estar todo tapado o subido por soldados.

EVA: Acerca más la bombona.

BALANIUK: Háblame algo que no soporto ser así, es un tortura.

EVA: Estaba contándote de que Luciano está de servicio para la República Madrileña y combate en algún punto de la península. Ella es ahora la que se queda, la que busca raíces, y él, que se suponía que era el que quería instalarse y formar una familia, el que huye.

BALANIUK: Él no pudiendo soportar, está muy difícil quedar en la misma ciudad.

EVA: Lo peor es que él se enroló en esa guerra sin que lo llamen, para no tener que verla más. La huida siempre da un alivio momentáneo, como una droga, pero el vacío está ahí, de todos modos. Te acompaña como tu sombra, solo que uno está demasiado ocupado que se distrae como un niño.

BALANIUK: Todos relaciones son una falopa, dice el doctor.

EVA: ¿Una qué?

BALANIUK: Una droga, el peor de todas.

EVA: Bueno, ellos llevan diez años de consumo de falopa. Diez años viviendo juntos, lejos de sus patrias, compartiendo comidas, enfermedades, decepciones y alegrías.

BALANIUK: ¿Ah no sonde Madrid?

EVA: No, ya te lo dije el primer día. Él es ruso y ella polaca.

BALANIUK: No dijiste.

EVA: Sí, pero no escuchas.

BALANIUK: No dijiste. Hay cosas de vos que no cierra. ¿Fuiste a universidad no? Ay... están volveriendo los temblores...

EVA: Tranquilo.

BALANIUK: Tengo todo rápido, aceleración.

EVA: Escucha y sigue la historia así se va todo más rápido. Ella puede sentir todo lo que sucede a Luciano combatiendo. Aunque esté con su futuro marido en plena Gran Vía, piensa y siente como Luciano.

BALANIUK: Me duele más cabeza que cuando resaca...

EVA: Es normal, son los primeros síntomas.

BALANIUK: No puedo, no se va.

EVA: Escucha. Ellos se conocen esa noche y se gustan, aunque ella tiene la cabeza en Luciano. De todos modos la pasa bien, luego van a su casa y hacen el amor. De hecho,

mucho mejor que con Luciano, pero ella, de todos modos, está en otra parte, en otro tiempo. Viaja mentalmente en ese convoy lleno de cargamentos y soldados tristes, pero venturosos. Escucha las chicharras del campo que él escucha y sus respiraciones profundas al atravesar el campo abierto para encontrarse con los invasores, con la vista fija en el horizonte.

BALANIUK: Seguro tuvo que emborrachar por asco que la daba que toque ese pijillo del restaurante.

EVA: Ese pijillo es mucho más guapo que Luciano. Es alto, un poco rubio y de ascendencia irlandesa, aunque la madre es gallega. Usa siempre camisas blancas y tiene una voz profunda.

BALANIUK: Es un gordito que no vale nada. No es capaz de echar el pelao a la zanja...

EVA: Como quieras...

BALANIUK: Es así, la zarlanga te tira del menchone.

EVA: El tema es que Luciano siente un agujero en el pecho que de alguna manera tiene que rellenar. Es como en esa película en que la gente no se puede morir y a una mujer le dan un escopetazo y queda con el hueco en medio del cuerpo. La dieron en la plaza, ¿la viste?

BALANIUK: No.

EVA: Bueno, no importa. El dolor que siente Luciano, es por él mismo, por el escopetazo que él mismo se dio.

No por las prostitutas con las que se acuesta, las pastillas para dormir, o por la vida en huida que llevará durante doce años.

BALANIUK: ¿Cómo doce años? No volve a buscar a María Luján.

EVA: Hay guerra en el futuro, Balaniuk. Luego de combatir en territorio manchego se va unos meses a la costa brava a hacer inteligencia y cuando completa sus misiones, cruza a Francia en dirección a los Alpes.

BALANIUK: Francia está un país de mierda, todos amergados.

EVA: Perdón, me confundí. Todavía no va a Francia. En realidad antes se para en Barcelona a encontrarse con un espía que le tiene que dar información, pero al llegar se encuentra con una ciudad totalmente cambiada. Es una Barcelona dominada por una monarquía nacionalista catalana, repleta de satélites que te vigilan y mutantes y zombis que patrullan la ciudad. Seres creados en laboratorios por los independentistas y que te piden documentos a cada paso y te prohíben hablar español. Esto lo menciono en un momento, se lo explica el espía.

BALANIUK: ¿Y qué tiene toda esto con la historia?

EVA: Es un poco de contexto. Cada tanto hay que darle un respiro al lector. Es la Barcelona del año 2076, una ciudad a orillas del Mar de la Independencia, con playas

privadas para oligarcas rusos y catalanes y los turistas que vienen de otras tiranías aliadas a refrescarse en sus aguas, las únicas limpias en el hemisferio norte. Las fronteras de Europa cambiaron. Triunfaron todos los nacionalismos. El vasco, el irlandés, La Liga en Italia, los Lepenistas, los flamencos. Madrid es la única ciudad libre de Europa, con todos los mestizos, renegados y exiliados de otras regiones que no quieren pertenecer a ninguna nación totalitaria, pero que, a fin de cuentas, terminan siendo parte de una nueva nación.

BALANIUK: ¿Y a catalufos? ¿Los hicimos mierda?

EVA: No entremos en esos detalles ahora... ¿Adónde vas?

BALANIUK: No sé, necesito mover ahora. Quiero salir.

EVA: ¿A dónde? Espera aquí. Quédate quieto, que enfriás la cama.

BALANIUK: Un minuto, ya vengo.

EVA: Escucha, porque Luciano en Barcelona conoce a una chica en la playa y luego se van a tener sexo para descargar adrenalina contenida. ¿Estás ahí? Sexo duro ella con las piernas bien abiertas contra él que tiene un miembro grande y viril. Ella le pide más y se pasan toda la noche así, teniendo sexo. Hacen sexo varias veces y otras veces más también.

BALANIUK: ¿Cómo está ella?

EVA: Quédate aquí, ven... Ella es alta y tiene un culo enorme y un par de pechos importantes y a él le encanta, él disfruta mucho follársela, y follarán todo el tiempo, a cada rato, en cada sitio y ella le deja hacerle todo lo que quiere, cualquier cosa con tal de que él no se vaya a combatir a Francia, con tal de que no se pierda por ahí ni vaguee ni se dedique a la bebida. ¿Para qué?, le dice. ¿Para qué? Luego regresas todo magullado y triste del viaje del alcohol que en algún momento termina mal, yo lo sé, porque me pasó, le dice. ¿Dónde vas, Balaniuk?

BALANIUK: Necesito salir un tiempo.

EVA: Está lloviendo fuerte, no vas a poder ni dar un paso.

BALANIUK: ¿Y cómo te enterando, vos?

EVA: Escucho, ¿te piensas que soy sorda? Pueden verte y dar aviso al ejército o dispararte.

BALANIUK: Nadie queriendo disparar a mí. Es un segundo, ya regreso.

EVA: Balaniuk, te vas a enfermar, por favor. Mira por la ventana.

(Balaniuk obedece)

EVA: ¿Ves? ¿Qué hay?

BALANIUK: Nieve y lluvia.

EVA: ¿Mucha?

BALANIUK: Ya no ven los coches. Son todos tapados.

EVA: Bueno, tranquilo tú. Ya queda nada. Dentro de

poco amanece y nos dormimos. No puede durar mucho más esto.

BALANIUK: ¿Cómo sabés?

EVA: Porque lo sé.

BALANIUK: Mientes.

EVA: Escucha... ¿Has robado ya en el Carrefour de Cuatro Caminos?

BALANIUK: ¿Qué decís?

EVA: Eso, Balaniuk. ¿Has robado ya en el Carrefour de Cuatro Caminos?

BALANIUK: No.

EVA: Antes, yo lo hacía. Imagínate que ahora es imposible para mí, pero tú lo lograrías sin problemas.

BALANIUK: A mí agarraron dos veces, ya. En Carrefour Quevedo y Mercadona Embajadores, debe de ser por la pinta.

EVA: Y sí... Debes vestirte mejor, al menos para robar. Estoy segura de que no tienes más que esta ropa.

BALANIUK: ¿Qué quieres? Es lo que hay...

EVA: Cuando se reactive todo, pide en las iglesias, hombre. Mueve un poco el culo. Toca timbres por el barrio de Salamanca o en Chamberí. Trata de ir a la hora de la comida que es cuando los municipales no patrullan. Los pijillos católicos culposos te darán algo seguro. Al menos tienes que tener un buen vaquero y un jersey para

robar.

BALANIUK: Bueno, no dando indicaciones, ¿eh? Ahora tenemos comida y bebida que dejó señor. Estas conservas con el aceite quedando buenazas.

EVA: ¿Cuánto te piensas que durará eso? Al ritmo que comes para mañana ya no te queda nada.

BALANIUK: Voy y hablo con otro señor de otro piso.

EVA: ¿Eres un delincuente entonces?

BALANIUK: Me lo dio por su voluntad. Además está bajando el nieve, presiento.

EVA: ¡Qué va a bajar! Primero limpian los barrios de los ricos, acá llegan por lo último.

BALANIUK: Da igual hay comida y bebida para un rato. Apaga la bombona un rato, ¿no sientes olor?

EVA: Cuando termine esto tienes que ir al Carrefour para conseguir comida. Con esto de las invasiones ya no habrá Chas-quis, ni plaza de Olavide ni nada, pero no cerrarán el Carrefour.

BALANIUK: Tenemos para un rato, aquí muchos señoras tienen comida.

EVA: ¿Sabés lo que haría yo si tuviera la oportunidad?

BALANIUK: Canta.

EVA: Usar las máquinas de autopago. ¿Todavía están? Cuando todavía veía habían recién empezado.

BALANIUK: Ah, o sea que quedaste ciega desde poco.

EVA: Solía haber una persona controlando las máquinas, pero más que nada se quedaba ordenando la fila cuando había mucha gente.

BALANIUK: Un sudaca bajito. Ya fiché a él.

EVA: Bueno, escucha tienes que ir con algo de dinero, al menos quince o veinte euros y ...

BALANIUK: Sí, claro, íveinte euros!

EVA: Bueno, no sé, lo consigues, como sea. Te vas con ese dinero, coges un carro y te compras muchas cosas de un euro o menos, y que ocupen volumen en el carro. Leches, panes, arroz, aguas.

BALANIUK: No tomo agua.

EVA: ¡Ya lo sé, hombre! Es un decir. Cosas grandes que ocupen espacio y te hagan rendir esos quince o veinte euros, pero no alcohol.

BALANIUK: Hubo días en que he haciendo veinticinco euros antes de que pudría todo, górgolas de mierda, catalufos de mierda...

EVA: Te vas con el dinero que tengas y mientras vas pasando cosas de menos de un euro por la máquina de autopago, también pones cosas muy caras. Por ejemplo, un queso. Búscate uno realmente bueno. Incluso ve a la pescadería y pides cosas. Lubina o atunes, o si te animás algún tipo de salmón que tiene muchas proteínas.

BALANIUK: ¿Salmón? ¿Vos eres loca?

EVA: Tienes que poner cosas caras y que ocupen poco espacio, pero que sean de buena calidad, para que te duren y te rindan, un mes, dos meses. A veces uno piensa que porque un pollo cueste cuatro o cinco euros, es más barato, pero adentro es pura piel envuelta y grasa y vísceras. Hinchado de agua y hormonas y no alimenta nada. Un salmón, por ejemplo es un pez muy noble y musculoso porque es de aguas frías y nada contra corriente. ¿Te imaginas la fuerza que debe tener? ¿Has nadado alguna vez contra una corriente?

BALANIUK: Tengo respeto a el agua. Mi primo ahogó en lago Peipus fronteriza con Estonia.

EVA: Imagínatelo al salmón, pobrecito, usando toda la fuerza de su cuerpo para atravesar todas esas enormes distancias. Eso es porque algunas especies nacen en aguas dulces, migran al océano, pero de adultos regresan al río a procrear.

BALANIUK: No escuchas a veces. Pareces sorda o muerta.

EVA: Remontan la corriente para volver a reproducirse en el lugar donde nacieron. Eso es muy bello realmente, ¿no crees? Vuelven a casa, donde se sienten seguros, para poder dar vida. Son animales migrantes, como nosotros. Unos peces nobles y fuertes, que se buscan la vida en los grandes océanos sin pedirle ayuda a nadie. Simplemente

van y disfrutan la aventura de vivir, aunque para reproducirse, prefieren el cobijo y la seguridad del hogar.

BALANIUK: ¿Tú volverías a Polonia para tener hijos y morir?

EVA: No hablo de mi vida privada.

BALANIUK: Ah, eso sí escuchaste. Yo creo que hay un hijo ahí.

EVA: ¿Qué dices...?

BALANIUK: Estoy seguro.

EVA: ¿Czy wygląda jak matka?

BALANIUK: No sé qué has decidido.

EVA: Dicho. ¿Tengo cara de madre?

BALANIUK: Sí.

EVA: No sé qué cara tienen las madres.

BALANIUK: Para mí, dejado algo muy importante allí porque eso no quieres volver ni mencionar el sitio. No eres como salmones.

EVA: Soy de otra especie, de una que se queda en el océano para siempre. ¿Tú regresarías al río o te quedarías en el océano?

BALANIUK: Yo no vuelvo a ningún río. En Rusia es lleno de fascistas, a Italia no me caga ninguno y Buenos Aires me muero de hambre. El océano es Madrid, aunque es todo una mierda ahora. ¿Vos qué hacés, ahora que terminando todo?

EVA: ¿Cómo es esa palabra?...

BALANIUK: ¿Cuál?

EVA: ¡Cardúmenes! Se mueven en cardúmenes y atraviesan miles de kilómetros de océano y de río para regresar ya maduros al lugar donde nacieron.

BALANIUK: No escuchas, no comes, no hablas de tu vida privada.

EVA: Vuelven al exacto lugar donde vieron la luz por primera vez, no, a doscientos metros, sino al punto justo. Dime cómo lo logran, ¿a ver? Tú que sabes todo.

BALANIUK: Respondés solo que querés, pedías dinero en terrazas, pero estás educada y tenés un piso que no sé como pagas.

EVA: Tienen una especie de campo electromagnético que les permite transitar miles de kilómetros y llegar al punto justo donde se reproducen. Pero lo más atractivo y aterrador de la vida del salmón, es que a los pocos minutos de volver al hogar y reproducirse, mueren.

BALANIUK: Te encontré tirada en la calle, diciste que te duele el espala y que te pegaron las gárgolas. Vengo aquí y al otro día ya no duele la espalda. Dicís que no tomas y tienes álcol por todo el lado. Tú tomabas de muy lindo y dejaste, por eso escondías.

EVA: No es cierto, no eran mías.

BALANIUK: ¿Ah, había un otro? Sabés que tengo mejor

olfato que salmón. ¿Quién es? ¿Calcetines?, ¿Plantitas?

EVA: Te decía que nadie sabe bien como logran reconocer el sitio exacto donde nacieron.

BALANIUK: Me importa una mierda salmones. ¿Quién es? ¿Mecheros?

EVA: Pensá que llegan a recorrer miles de kilómetros, tanto como de acá a Alemania.

BALANIUK: ¿Calcetines? ¿Con cuál de gárgolas andás?

EVA: Solos, sin ayuda de nadie.

BALANIUK: A mí no me molesta, solo quiero saber.

(Eva no responde)

BALANIUK: ¡Contesta!

EVA: Escucha... Ni bien limpian las calles, ve al Carrefour a buscar salmones, anchoas caras, embutidos, aceites de oliva.

BALANIUK: ¡Vete a que te folle Quierechica..!

EVA: Todo pequeño y caro, cosas con Omega 3, proteínas y grasas, cosas imposibles de pagar. Te coges siete u ocho o diez productos así y luego vas a las cajas automáticas. ¿Te hacen poner directamente el producto en el visor o tienes que clicar en algo?

BALANIUK: Yo qué sé...

EVA: Bueno, ve en hora pico cerca de las nueve u ocho, cuando ese pobre sudamericano esté lo suficiente disperso y estresado como para no fijarse demasiado en

ti.

BALANIUK: ¿Y qué hay de segurata de la puerta? Son dos rumanos que están grandotes.

EVA: Ellos te habrán marcado al principio, aunque luego se olvidarán. Demuestra integración, que eres parte del paisaje. Actúa como si comprar esos productos y poder pagarlos fuera lo más natural del mundo para ti.

BALANIUK: Eso no está fácil... ¿Y en demás cómo salgo?, ¿eh? Tú tienes la téoria para todo...

EVA: Tú intenta, y cuando llegue tu turno en la fila, como es muy probable que te estén vigilando, créate una coartada.

BALANIUK: ¿El qué?

EVA: Pasa primero algunos de los productos que puedes pagar, por ejemplo esos arroces a treinta y nueve céntimos. ¿Los siguen vendiendo?

BALANIUK: ¡Y yo como puedo el saber si estoy acá atrapado de no sé cuanto.

EVA: Bueno, pasa uno, y luego pásalo otra vez, como si creyeras que la primera vez no lo hubiera marcado.

BALANIUK: Es más fácil ir a otros pisos y traer comida.

EVA: Ya lo sé, pero no te llevas nada que realmente te sirva, la gente se ha llevado todo, ¿no te das cuenta? ¿Cuánto tiempo podemos vivir de latas? Además quedas marcado para siempre por las cámaras.

BALANIUK: Me cubro la cara.

EVA: Yo te hablo de algo más inteligente, y que te dure y que puedas hacerlo en todos los Carrefour y puedas vivir de eso de aquí en adelante. ¿O qué te piensas? Esto que nos mantiene aquí pronto va a terminar, ¿no crees? ¿Y qué vas a comer, tú?

BALANIUK: Tú no comes y te manteniendo viva. ¿Cómo haces?

EVA: No necesito tanta comida, pero tú sí. Estás muy delgado, te siento todos los huesos.

BALANIUK: Vamos volver a la plaza pronto...

EVA: Olvídate de la plaza, que no ha quedado nada ni nadie. Escucha... Con quince euros puedes tener la compra del mes y no depender de las terrazas que ya no existen ni existirán jamás, ¿entiendes? Ya no existen... Se terminó la plaza.

BALANIUK: ¡Calla, tú, polaca mentirosa! Hay que esperar y saliendo y hacer las cosas que hay que hacer y va a solucionar.

EVA: Hazlo.

BALANIUK: ¿Te pensás que un día así por el otro desaparecen las cosas, los lugares?

EVA: No tienes otra alternativa. Los pisos están vacíos y sin comida.

BALANIUK: Es aguantar un poco más y se van a ir, se van a ir los invasores y todo va a volver y los Chasquis

van a volvendo terrazas.

EVA: No hay más nadie en los pisos y nadie te dará dinero en las terrazas.

BALANIUK: ¿Quién dice? Van a tener plata fresca los Chasquis y no va a haber fantasmitas gargoleras y todo va a ser igual, ser igual, te prometo.

EVA: Será tu ruina.

BALANIUK: ¿Y tú qué? ¿De qué vas a vivir?

EVA: Yo no sé si me quedaré aquí...

BALANIUK: ¿Y adónde vas a ir, eh?

EVA: Haz lo de los Carrefour, uno por uno, los haces todos y así te alimentarás por un tiempo. Ya no serán lo mismo las terrazas.

BALANIUK: Calla... Es la cuestión de tener paciencia, de tener paciencia, como el indio que espera paciente que llega la presa,

EVA: Hazlo, Balaniuk.

BALANIUK: Las terrazas van a volver, no importa que lo digas. Es el simbolo de Madrid.

EVA: No hay más terrazas. Se terminó todo.

BALANIUK: ¡Van a volver te digo! ¿Qué te piensas? ¿Que todo esto va a sacar lo que vivíamos?

EVA: Te darás cuenta tarde...

BALANIUK: ¡No nos van a quitar todo! ¡Las górgolas, la nieve, los invasores, todos estos hijos de puta se van a

ir y va seguir todo! ¡Asegurado!

EVA: Ve ni bien termine todo esto. Es eso o ir a hacer las colas del hambre.

BALANIUK: Eso ni muerto. Va a volver todo, te seguro....

«Quierechica pone a trabajar a hermanita de doce años. Todo el día mendicando y después le echa un polvo el muy enfermo. Pobrecita la hermanita, una chavalita muy guapa y con bien cuerpito que pasa con estampitas por la plaza pidiendo monedita. Tienes que verla la pobre, la conocí cuando chiquita y cada vez peor, ahora tiene no sé cuánto, veinte o treinta, quién se sabe, y ya estaba preñada muchas veces por su hermano o por algún otro enfermito zariguella como él. Se la chingan contra unos árboles en Casa de Campo, estos descampados que ningú-no va de noche, nadie va, solo los mutantes estos. ¡Sí! ¡Tú! ¿Qué mierda miras? Yo vi muchas veces a los puercos estos, son familia, ella chillando del dolor y él como un caballo, penetrando, mete y saca como un bestia. ¡¿Cómo podés follarte a una nenita, tu hermana?! Doce años tiene, ¡escremento del comunismo! ¡Volá de aquí o te rompo la botella!... No, tú no. Ven... Pasa un traguito, pasá. Que

rica está la cervecita las noches de verano... Doce años la hermana... el culito chiquito, no debe tener ni abierto el mejillón. ¿Cómo le entra la tranca del malformado ese? Están degenerados, vienen del Este... Igual déjame de joder... si yo a veces paso y la escucho gemir a la muy marrana; ah, ah, ah, qué grande tienes, juepueta, ah, ah ah... la muy cerda. Mataría a todos, mataría, te juro... Gryaznyye sukiny synov'ya. De pibitos estos abortos de la vida son normalitos, todo bien, hasta parecen personas, pero después van creciendo y incoporan al enjambre y van mutando a este resultado final que son como reptiles que reptilan por las calles. Las debe cambiar genética o algo así. Míralo, si no... ¡Míralo ahí, detrás de los juegos! ¿Ves que lo hace? Comen de basura y piensan que el suelo es colchón, ni en el banco dormen. Crecen, vienen a terrazas, arrasan con relojes, carteras, todo y van a su guarida a comerse los piojos después. ¿Y el resto cómo hacemos? ¿Quién ordena los capitales? Porque cuando iba todo bien, antes de invasiones y nieve, me saludaban y hacían amigos, pero cuando desaparece guitarra, aparece nieve, encierro, policía, invasiones de catalanes ¿y? ¿Y? Dime... ¿Quién corta bacalao? ¿Somos amigos o no somos amigos? ¡Los huevos contra la puerta, somos amigos! Aquí hay un moneda que repartir... El fatto acá está cuánto porcentual de dinero se lleva el

bar, cuánto las mutaciones pelopolla estas y cuánto yo. Esta es la verdadera movida madrileña, tronco. ¿Qué se creen? Somos los restos del boom turístico, la basura llena de moscas que espera el camión por la mañana. Los Chasquis tienen pensando un pedazo de gastos, ¿y cómo lo dividimos eso? Los gremlins estos quieren apropiarse de porción muy grande de la torta y dividir entre su manada, pero a mí arruinaron la vida. Ya no puedo trabajar por invasiones y después vino la nieve y la guitarra desapareció. ¿Y polaca? ¿Dónde está? ¿Qué ficha es jugando en todo esto?»

Ha dejado de llover y ha regresado la luz. Todavía nieva.

BALANIUK: Seguí.

EVA: No quiero.

BALANIUK: Seguí, te digo.

EVA: Te he dicho que no.

BALANIUK: Quiero que termines de contar.

EVA: No quiero.

BALANIUK: Termínela.

EVA: Siéntate que no quiero que rompas nada de nuevo.

BALANIUK: Hacé que te digo.

EVA: Ni de coña, ¿te piensas que te tengo miedo?

BALANIUK: Me la sigo yo, entonces.

EVA: Haz lo que quieras.

BALANIUK: Sigo y te digo de la verdad como sido las cosas, no como la contás tú, polaca mentirosa.

EVA: Sí, claro, tú lo sabes mejor que yo, apátrida

resentido.

BALANIUK: Yo los conocí a esos dos del libro. Andaban por la plaza Olavide y hablé con ellos una vez.

EVA: Es una ficción, Balaniuk. No existen.

BALANIUK: Yo me di cuenta un otro día cuando contastes una cosa y después sóñe lo mismo ayer.

EVA: Estás diciendo tonterías porque no estamos comiendo. No sé cómo te mantienes con energía todavía.

BALANIUK: Hablé una noche con él y otro día con ella. Me ofrecieron una cerveza y me dieron de la charla, son dos que pasean por noche por las plazas de Madrid, eso todo el mundo lo sabe.

EVA: Sí, claro.

BALANIUK: El Negro Amuletos me contó una vez, pero habla un castellano de mierda y no entiendo que dice, pero entendí al final. Ellos se aparecen por la noche a la gente que dormme en las plazas y cuentan la historia, porque eso tú la sabés, tú dormías entre las gárgolas y se te aparecieron un día María Luján y el otro y te contaron la historia que vos robaste y alguien misteriosamente te escribió porque no sé como podés escribir porque ciega...

EVA: Estás delirando, Balaniuk. Pásame la bebida, por favor.

BALANIUK: Pero no se llaman así, cambiaste los nombres, tú. Ella dice que Eva, como tú, y él... no sé,

no acuerdo, creo que Edoardo o así. Unos tipos raros, más raros... como que no son de este mundo, ¿entendés? Ahora me recuerdo. ¿Te piensas que has inventado todo tú?

EVA: Como quieras...

BALANIUK: Tú les robaste la historia y la pusiste en el libro pero yo ahora te digo como fue todo. Se separaron por culpa de ella y Edoardo, ¡Edoardo!, no Luciano, como le llamas, la estaba esperándola y ella nunca reapareció, nunca reapareció porque es una mal cagada que se borró y dejó solo a él.

EVA: ¿Por qué no te ocupas de bajar a la calle al menos?

BALANIUK: Y él fue a vender cosas a los pueblos del Valle del Ebro, él. Cosas que encuentra y vende por las casas y le va bastante bueno aunque ella no reaparece no llama la hija de su puta madre porque está con otro, porque está con otro.

EVA: Ya hace días que no se escuchan disparos, pero tú sigues aquí, bebiendo sin parar, cuando podrías haber intentado salir a buscar comida.

BALANIUK: Seguro le coge bien la polla al marido verga chico ese y se traga toda la leche, pero eso no hacía con Edoardo, la muy guarra. Perra de alcantarilla.

EVA: Cálmate un poco, ¿quieres?

BALANIUK: Mucho te quiero, mucho te adoro y

después la golfa esta se va con otro y no vuelve al rancho, la zorra.

EVA: Yotambién me siento mal, ¿eh? ¿O piensas que estoy contenta aquí postrada y encerrada hace semanas contigo?

BALANIUK: Porque es una reventada ella, una de esas que seguro también lo deja al marido y el pobre Edoardo vendiendo chatarra por los pueblos Del Ebro y nadie le compra a él, porque se nota en la cara que anda mal.

EVA: Dame el vino.

BALANIUK: Hace sufrir a él la muy puerca con su partida y él no levanta el ánimo, no levanta nada.

EVA: Dámelo, te digo

BALANIUK: Ella es igual a tú, una falsa, una sucia, una de esas de... ¿cómo se llama? Pero no está ciega, porque vos la historia no investaste, ellos son la que cuentan. Van por las plazas de noche y hablan a todos que dormimos en las plazas en verano y te aparecen como espentros, ¿qué te pensás?

EVA: ¡Dame ese vino que también es mío!

BALANIUK: Yo te descubrí, cuando dijiste en una parte que iban a la plaza y que se encontraban con un músico y ahí sé yo que te descubrí, no investaste nada vos. La cuentan ellos, son dos que andan por ahí, conocemos todos.

EVA: ¡Dámelo, coño!

BALANIUK: Ah... ¿quieres sacar? No pensaste que lo conseguía, ¿eh? Se van todos los vecinos, no se llevan vino y Balaniuk consigue.

EVA: Amenazando a todo el edificio, así cualquiera.

BALANIUK: ¿Cómo sabes qué hice?

EVA: Es obvio...

BALANIUK: ¿Y tú por qué haces la que estás ciega si ves?

EVA: ¿Qué dices? Estás enfermo...

BALANIUK: ¿Quién robó mi guitarra? Fuiste tú, ¿no?

EVA: ¡Podaj mi wino pieprzony rosyjski!

BALANIUK: ¿Te piensás que no entendí?

EVA: ¡Entonces pásame ese maldito vino si entendiste!

¡Quiero un trago, imbécil! ¿Te piensas que solo tú puedes beber para sentirse bien?

BALANIUK: Calmamos.

EVA: ¡Dámelo!

(Balaniuk le entrega la botella de mala gana).

EVA: Se cree que solo él puede divertirse.

BALANIUK: ¡Para! ¡Que terminas todo! No es agua del grifo.

EVA: ¿Qué te sucede? Me vienes bebiendo y consumiendo como una colonia de hormigas.

BALANIUK: Si tú prestabas, ¿qué decís?

EVA: Y encima te das el lujo de insultarme en mi casa.

BALANIUK: ¿Y por qué no contás quién sos tú,

entonces?

EVA: Porque me suda la polla lo que pienses de mi pasado.

BALANIUK: No te suda la polla porque no tienes polla, polaca mentirosa.

EVA: ¿Ah no? ¿Quieres verla?

(Eva amaga con levantarse el camisón)

BALANIUK: Qué vas a tener...

EVA: ¿Te la muestro?, ¿eh?

BALANIUK: ¡Puta!

EVA: Ah... te viene miedito ¿eh? Como todos los machitos... Si tuviera polla igual ni te enteras, por lo que me tocas.

BALANIUK: Calmamos...

EVA: Llevamos semanas aquí encerrados y ni siquiera me fo-llas.

BALANIUK: Tranqui, eh.

EVA: Y si es la verdad.

BALANIUK: ¿Qué quieras, que aproveche de tu situación?

EVA: Y...

(Eva se echa un trago largo. Balaniuk piensa)

BALANIUK: Dime. ¿Qué hago?

EVA: Jesús...

BALANIUK: Decí y hago.

EVA: Nada. Quédate quieto mejor, que en este estado no eres capaz de nada.

BALANIUK: Sí que estoy capaz, toca.

EVA: Ya... deja. Me arrepiento. Toma el vino.

BALANIUK: Ahora ven que me aprovecho.

(Balaniuk se sube a la cama y se monta arriba de Eva)

EVA: Nos calmamos, Balaniuk.

BALANIUK: Date la vuelta, venga.

EVA: Sube un poco la bombona y siéntate aquí conmigo, Balaniuk.

BALANIUK: Basta de bombona, hace un olor horrible.

EVA: ¿Por qué no sales como te digo a buscar dinero para ir al Carrefour?

BALANIUK: Es todo cubierto, te he dicho. Date la vuelta.

(Balaniuk intenta poner a Eva boca abajo, pero ella se resiste).

EVA: Quita.

BALANIUK: ¿Ahora no quierés?

EVA: ¿Qué sabes de los vecinos? No se escucha nada hace días.

BALANIUK: Histérica.

EVA: ¿Siguen aquí o se fueron?

BALANIUK: Están muertos, marrana.

EVA: ¿Y ese número que dijeron en la radio?

BALANIUK: Otra gárgola como ellos eres.

EVA: Que llamas y te dan comida.

BALANIUK: Yo qué sé.

EVA: ¿No lo habías apuntado?

BALANIUK: Ven acá, da la vuelta, coño.

EVA: Ponte un condón, primero. Hay en el cajón.

(Balaniuk coge un condón de la mesa de luz y se lo coloca. Pone a Eva de espaldas, se baja los pantalones y le levanta el camisón)

EVA: ¡Espera un poco! No soy un muñeco...

BALANIUK: Dale, que ahora estoy listo.

EVA: ¿Y si llamamos a la ambulancia?

BALANIUK: No pueden pasar, dos metros de nieve.

(Balaniuk la penetra)

BALANIUK: ¡Ah...! Polaca hija de tu madre...

EVA: Si se escuchan las máquinas que están limpiando.

BALANIUK: Un carajo limpian. Estarán en otra zona, acá a donde los pobres no vienen, tú decís siempre.

EVA: Despacio, por favor.

BALANIUK: Hay que beber hasta que pasa algo, de esta sali-mos de alguna maniera.

EVA: ¡Balaniuk! Despacio... Déjame darme vuelta, me duele la espalda así.

(Eva se da vuelta y se pone de frente a él)

BALANIUK: Por lo menos no van a venir las invasiones,

igárgolas de mierda, están en mi plaza destruyendo mi oficina!

EVA: Pásame el vino.

BALANIUK: Toma, no sé por qué no bebés seguido.

EVA: Estoy como alterada, como si hubiera bebido mucho café.

BALANIUK: Es normal, porque nunca te pasó tener hambre antes.

(Balaniuk vuelve a penetrarla)

EVA: Y me duele la cabeza.

BALANIUK: Después acostumbrás y da energía, yo ya estoy acostumbrado.

EVA: Hazlo rápido, vamos.

BALANIUK: ¡Shh!, me desconcentras.

EVA: Me pregunto qué sería de mí si no habrías llegado y peleado con esos tipos. Estaría cubierta por la nieve y después comida por los cuervos.

BALANIUK: Ya casi lo tengo...

EVA: No sé cuántos días más se puede soportar así...

BALANIUK: ¡Toma, carajo! ¡Ahí tienes!

EVA: Sin terrazas, sin Madrid, todo nevado.

BALANIUK: Ahí tienes que querías, ciega mentirosa.

EVA: Es una tortura el encierro.

BALANIUK: Te pensababas que Balaniuk no podía.

(Balaniuk cae rendido encima de Eva)

EVA: ¿Por qué no llamas al Carrefour si no?

BALANIUK: ¿Para qué?

EVA: En las noticias dijeron que entregaban comida con un dron o algo así.

BALANIUK: ¿Cuándo dijeron eso?

EVA: En la radio, mientras tú dormías, duermes mucho.

BALANIUK: Bueno entonces saca todo tu dinero y compra todo y que traen ellos...

EVA: No tengo más dinero, te he dicho.

BALANIUK: Sí, claro. El duende que esconde bebidas no tiene dinero escondido, seguro...

EVA: Lo gasté todo en las cosas que les compramos a los vecinos, ya lo sabes.

BALANIUK: Llama a tus padres, pasta tienes, eres universitaria y tenés este piso con libros, ¿o te piensas que no sé qué eres realmente?

EVA: Tú no sabes nada, Balaniuk. No distingues la realidad de la ficción, la plaza Olavide de mi casa.

BALANIUK: Sí, claro, me querés cambiarla la historia.

(Balaniuk se levanta y se pone los pantalones)

EVA: Bebes tanto y te han dado tantos golpes en la cabeza que ni siquiera sabes si existo de verdad o soy un puto sueño de tu borrachera. Anda, tráeme para limpiar.

BALANIUK: Lo que pasa existe y este librito de acá que vos vendes, no tiene nada, ¿ves? No, no ves... Todas

hojas en blanco.

No hay nada, hay hojas en el blanco.

EVA: Es poesía.

BALANIUK: Poesía del chocho de tu hermana, poesía.

Una trampa más vieja que la iglesia. Con esto robas teléfonos a los Chasquis y te llevas las billeteras. ¿Quién verga va a sospechar de tú? Por eso no quieren más a Balaniuk y por esto tenés este piso. Te haces la ciega, toda cara de buena y bien vestida y te funciona. Eso, o trabajas de puta para gárgolas.

EVA: Cerdo.

BALANIUK: Yo lo sé desde el primer día o te crees que no sé quién me robó la guitarra y me sacó de la plaza, jeh?

EVA: Estás mal.

BALANIUK: Me quisieron sacar de el medio las gárgolas y tú, pasa que salió mal porque después te dejaron sola los adefecios, porque así son estos soretes. Mierda de elefante, son. Como tú.

EVA: Capullo que eres.

BALANIUK: Siempre con ropa distinta y lugares distintos, te fui seguendo, hacía tiempo te seguía. Estabas muerta si no podría ser porque te encontré.

EVA: Borracho.

BALANIUK: Puta.

EVA: Ignorante.

BALANIUK: Chupaverga de las gárgolas, eres. Ya te hubieran violado y comido y tirado al Manzanares.

EVA: ¿Y tú eres mi salvador, no?

BALANIUK: Ahora acá estás protegida, no van a venir si estoy yo.

EVA: Aquí nos van a comer los microbios en unos días si seguimos así. Dentro de poco no vamos a despertar de la pró-xima borrachera.

BALANIUK: Querían eliminarme y sabes bien, pero no pudieron.

EVA: Pásame el vino, charlatán. Años viviendo en países hispa-nos y no sabes ni hablar.

BALANIUK: Pero no va pasar. ¡Vuelvo y voy ser el rey de nuevo y tú no vas a impedir porque ahora estás bien agarrada de esta merluza!

EVA: ¿Eso? Una mojarrita querrás decir, ni la sentí...

BALANIUK: ¿Qué dices? Que doy de nuevo, ¿eh? Mira como se pone...

EVA: Cállate, gracias si pudiste recién. Pasa el vino.

BALANIUK: Conmigo no se meten y además la nieve seguro tapó sus guardadas de ruedores y no van a poder salir.

EVA: ¡Qué rico...! Ya me había olvidado lo bien que se siente dejarse llevar por el río del alcohol.

BALANIUK: Pero ya están limpiando todo y no vienen más invasiones y en unos días volvemos a terrazas y van a ver todos...

EVA: Si no te habrías bebido todo.

BALANIUK: Vení, polaca, abramos un otro vino y vamos a cantar. Ya pasa hambre, pasa todo.

EVA: No... Acércame más la bombona que me ha entrado frío.

BALANIUK: Deja ya bombona de mierda. Mira, te canto canción de la novela.

EVA: No lo hagas, por Dios.

BALANIUK: A capela...

EVA: No, por favor...

BALANIUK: Esta pendejaaaa de María Luján, fue lejos y dejó y lo abandonó...

EVA: No cantes, me duele la cabeza.

BALANIUK: Y todo mal. Y los Chaaasquis de mierda ya no dan pastaaa...

EVA: Tienes que ir a revisar los otros pisos cuánto antes, no sé cuánto podemos aguantar.

BALANIUK: Porque están unos reventaaaados subnormaaaales y todo terminó y frío aparecióoo...

EVA: No puede estar todo Madrid cubierto. Es solo este barrio, seguramente.

BALANIUK: Porque se fue con otro y lo dejó bien

dejadoooo y ahora ya no tiene ni para comeer...

EVA: Seguro en Salamanca o Chamberí tienen todo despejadito, pijos de mierda.

BALANIUK: Así son, dan todo y después se borraaaaan como estos Chasquis de mierda.

EVA: Acá donde viven los pobres, no. Los pobres que esperen. Que nos maten primero o que muramos de frío.

BALANIUK: La vida está una puta mierdaaa, los españoles tenían razóoon...

EVA: Bajar por las escaleritas internas y lograr saltar por el balcón al primer piso.

BALANIUK: Así te van dejando todos hasta que un día algo pasa, siempre algo pasa...

EVA: Y de ahí saltar al techo de algún coche.

BALANIUK: Nadie de veras, ni fantamistas gargoleeeros.. Se fueron todos, ahora llegan ellos, están llegandooo...

EVA: Saltar de coche en coche hasta llegar al Carrefour. Pedir en la puerta.

BALANIUK: Dame un cuchillitooo mejor y más fácil...

EVA: No, eso no.

BALANIUK: Pues te quedas sin nadaaaa, y aquí la queda-mooos.

EVA: No somos como ellos.

BALANIUK: La quedamos bien quedados y la noche

pasamos y frio y morimoooos.

EVA: ¿Puedes dejar de cantar, ya? Eres un músico de mierda.

BALANIUK: Dame el dineritooo y voy a Carrefour seguro tienes en algún ladoooo.

EVA: ¿Qué te crees? ¿Tú me ves trabajando?

BALANIUK: Siempre dinero y vendías libroos y pagás una bombonaaa. ¿Cómo paga tú esta bombonaaaa?

EVA: ¿Ya revisaste todo el piso? Vete al de abajo.

BALANIUK: Sí, clarooo.

EVA: ¡Vete! Y no regreses sin comida.

BALANIUK: Ni de coñaaaaa.

EVA: ¡Vete, Balaniuk o grito!

BALANIUK: No hay nadie cercaaaa, fueron todos o morieron...

EVA: Vete ahora mismo, por favor.

BALANIUK: Bueno, sácameeee.

EVA: Hijo de puta. ¡Grito!

BALANIUK: A ver... ¿Cuánto tiempo crees que puedo taparte la boca?

EVA: No lo harás. Estás tan débil que no podrías conmigo.

BALANIUK: ¿Le hago?

EVA: ¿De verdad piensas que te tengo miedo?

BALANIUK: Y los Chasquis fueron lejos y todo

terminooooo...

EVA: Si te callas te sigo contando la historia.

BALANIUK: Ahora ya no quierooo... ¿Y estos cajones abajo de la cama?

EVA: Son calcetines, no hay dinero allí.

BALANIUK: Mira... estos calcetines los conozcooo. Son de Calcetineeee. ¡Qué casualidaaaaad!

EVA: Estoy cansada de todo esto. Fíjate si ha parado de nevar.

BALANIUK: No para una mierda, sigue nevandoooo.

EVA: ¡Fíjate y deja de revisarme el piso!

BALANIUK: No ha parado te he dichoooo.

EVA: Me mientes. Voy a salir.

BALANIUK: Pruebaaa.

EVA: Ay, joder...

BALANIUK: ¿Ves? Si no puedes ni moveeertee...

EVA: Hijos de puta.

BALANIUK: Así dejaaaaron ellos estos tipos que vos defiendes y metías en tu casaaaaa.

EVA: Ayúdame a levantarme.

BALANIUK: No sé qué haceeee sin mí, sin el Balaniuk de Olavideeee.

BALANIUK: ¡Fíjate la nieve, por Dios!

EVA: Ya te dije que esta puta nieve no va a parar nunca. ¿O acaso no lo entiendeeeees?

BALANIUK: Sigo temblecando, mira la mano.

EVA: Ya va a pasar.

BALANIUK: ¿No tienes algo por ahí? Siempre tenés las cosas escondidas.

EVA: Ya revisaste todo el piso.

BALANIUK: Tenemos que volver al del cinco, pateo fuerte la puerta y entramos.

EVA: Te vas a desmayar de nuevo, ni lo intentes.

BALANIUK: Probo con este martillo.

EVA: Ya no nieva, Balaniuk. Los servicios sociales están viniendo.

BALANIUK: ¡Sí, de noche, van a venir, claro!.. Quiero beber, ¿no das la cuenta que así no puedo estar?

EVA: Te darán algo para calmarте, seguro. Dijeron que llegarían pronto.

BALANIUK: ¿Qué dijo el del bar? El de la tortilla.

EVA: ¿Qué dices? Eso pasó hace semanas...

BALANIUK: Tiene que tener algo, seguro, bajo por balcón y entro.

EVA: Gasta menos energía y duerme. Ya vienen. Terminó la tortura.

BALANIUK: Hay que hablar con vecinos de al lado, tocar la puerta.

EVA: No hay nadie, Balaniuk. Ayer en medio de tu peor borrachera revisamos todo el edificio, ¿no te acuerdas? No hay un alma aquí. Solo nosotros.

BALANIUK: Entonces esa señora del cinco piso algo tiene... Voy a ver y si no salto por balcón y coches, pero aquí no quedo.

EVA: Espera, no me dejes.

BALANIUK: Voy ver y no me detenés... Olor a gas es insufrible. ¡Apágalo de una puta vez!

EVA: No salgas, te puede dar algo en este estado.

BALANIUK: Me importa un pimiento. Me largo y voy a traer algo con martillo.

(Balaniuk se levanta de la cama y busca entre los estantes y cajones de la cocina)

EVA: Espera al menos a terminar la historia, ya llegan los servicios sociales, no pueden tardar más. Por favor, te lo ruego...

BALANIUK: Bueno, sigue, sigue.

(Encuentra el martillo y se lo pone en el bolsillo del

pantalón)

EVA: Escucha... ella se volvió a Polonia a cuidar a sus padres y se quedó varios años allí, hasta que murieron, luego volvió a Madrid y se reencontró con el tipo del restaurante, ese de la primera cita, y aunque Luciano seguía estando en su cabeza, ¿cómo podría haberlo ubicado si ni siquiera sabía en qué rincón del mundo estaba? Bloqueados de las redes, bloqueados de todo. Hasta que no tenga un hijo no me voy a sentir realmente unida a ninguno, le dijo una vez a una amiga, y ahora, por no haberlo tenido, se le quedó atragantada la idea. ¿Dónde estás?

BALANIUK: ¡Acá!

EVA: Marido es un imbécil, pero estuvo. Una roca aburrida y previsible, pero firme. Ella lo llama y viene, le propone algo y cumple. En tanto, Luciano vuelve a Madrid luego de varios años de servicio una vez que se pacifica la región. Un diciembre helado, con nevadas y lluvias en todo el país, se queda en una pensión barata del centro y pasa los días caminando la ciudad, recordando a María Luján en cada esquina, cada escaparate, cada banco de plaza. La plaza Santa Ana, el barrio de las letras, la pista de hielo de Plaza Colón, el parque del Retiro, recorre todos los lugares donde andaban juntos. ¿Sigues ahí?

BALANIUK: Aquí el mismo...

(Balaniuk lentamente se acerca a la puerta de entrada).

EVA: Pasa la Nochebuena solo, sentado frente al televisor en una habitación lúgubre de la calle Príncipe. Sin embargo está feliz, porque Madrid sigue estando viva, cambiada, pero dispuesta a recibirlo. Todos mezclados; negros, árabes, latinos, ingleses, italianos, senegaleses, portorriqueños, tailandeses. Los rostros tan diversos, las etnias que ya se empiezan a fundir, chinos con cara de franceses, ecuatorianos rubios, en fin... Bueno adelanto porque me estoy cansando. ¿Balaniuk?

BALANIUK: ¿Qué?

EVA: Madrid es la única ciudad libre de Europa y él sabe que parte de esa victoria también es suya, por sus años de servicio, codo a codo con los robots, expulsando a los nacionalistas y monárquicos. Escucha porque ahora viene el final... El día de navidad se levanta tarde, se toma un café en la Fugitiva y luego baja por Tres Peces hasta Lavapiés. Se come un Tika Masala en un restaurante indio, el plato preferido de ella, y de ahí derechito por Argumosa hasta el Reina Sofía. Entra, un perrobot de seguridad y un dron lo acompañan a dejar el abrigo y le ofre-cen el saludo militar correspondiente. Se quita la chaqueta, finita, pero con temperatura regulable en invierno, y en ese momento, luego de abrir la taquilla y pulsar el dedo para cerrarlo, los ojos se le humedecen y

le vienen las ganas de llorar. Le vienen ganas de llorar, perdona. Estoy tan cansada que Balanukeo, je.

BALANIUK: Muy graciosa...

(Balaniuk aprovecha para abrir la puerta y salir del piso)

EVA: Ya no están los casilleros grises donde discutía con María Luján por ver qué ropa dejaban y cuál se llevaban en la mano a las salas. No hay puertitas que se activan con una moneda de un euro ni la posibilidad de llevarse las que la gente se olvida. La avenida del Prado, donde caminaban los sábados por la tarde, ahora se llama Avenida de la Resistencia y está solo para autos voladores, robots y naves. Los jardines de Cecilio Rodríguez son un zoológico de animales prehistóricos, la puerta de Alcalá ya no ilumina de la noche porque contamina y le pusieron Puerta de la Libertad cuando han expulsado a los catalanes. Sin embargo en todo está María Luján. Hasta podrían cambiarle el nombre a Madrid y ponerle “Madruján”, que para él sería lo mismo. ¿Sigues ahí? ¿Has visto que ya se pasa? Ahora a mí me duele la cabeza, pero sigo... Camina la ciudad de noche, sube por Avenida de la Resistencia hasta la ex Gran Vía, todo le parece limpio y ordenado. Atraviesa la ex Plaza España, llamada ahora Plaza de la Conquista y sube las escaleras hasta Conde Duque. Coge por el callejón de Cristo y se

detiene a observar el entorno. La acera que mantiene el adoquinado del siglo dieciocho, las farolas fernandinas que destellan su luz anaranjada, la pintura descascarada de los muros del convento. Se siente en casa, seguro, a pesar de no haber nadie en la calle, solo se escuchan los ladridos de los perrobots patrullando y algunas voces que bajan de las corralas del barrio. Cuando llega al final del callejón, justo antes de bajar las pequeñas escaleras que van hacia calle la Palma, escucha unos pasos doblando la esquina y unas voces que murmuran español. Se da vuelta y hace que mira un escaparate para ver de reojo quién viene. Es María Luján, doce años después, paseando de la mano con Marido. ¿Has visto? Increíble, se encuentran ahí mismo. Caminan distendidos, una pareja de toda la vida, parecen... Abre un poco, ¿quieres? Pero lo particular es que, a pesar de ser ella y estar vestida igual parece otra persona porque no ve, ¿entiendes? Se ha quedado ciega como su padre que se quedó ciego a su edad. O sea, es ella, pero distinta, como si fuera la María Luján de otro planeta u otra galaxia, o tal vez es la real... Eso no te esperabas, ¿eh? Bueno salto esa parte y termino. Escucha la sirena, Balaniuk. ¡Ya vienen a salvarnos! Resulta que Marido observa a Luciano y se pone en guardia. Hay un tipo muy raro que hace que mira un escaparate. ¿Debe llamar a la patrulla? María

Luján le dice que no, que se calme, pero en cambio, ella no está calmada. Hacía meses que venía soñando con que Luciano se le aparecía una noche en algún callejón de Madrid y ahí lo tiene, avejentado, delgadísimo, triste. Él no lo puede creer pero en el fondo sabía que este encuentro podía ser posible... Noches en vela... En, en... Perdón, ¿qué me pasa?.. En los barcos, los camiones, los convoyes en los que viajó durante todos sus años de soldado pensando en volver a casa, encontrar... ¿Dónde que-dé? No espera... ¿Así termina? Ah, sí... Apágala un poco quieras, la bombona. Tienes razón que huele mal... ¿Dónde estaba? "Buenas noches", les dice Luciano con la voz en tembleque, no qué digo, temblorosa, pero María Luján queda en estado de shock, los ojos parecen salir del cuerpo y... ¡qué calor hace de repente! ¿Por qué regresa una y otra vez este tipo? Le aprieta fuerte la mano a Marido y la muy turra como dice Balaniuk, como dice Balaniuk, le niega el saludo a Luciano y siguen de largo. Súka blyat, dirías tú, qué se puede esperar... Qué va a ser... es lo que pudo, lo que pudo, Balaniuk. Si te he visto, no me acuerdo. Son todas i-gu-a-les, decía mi padre, pero no logré reaccionar, Balaniuk, no logré. No pude, fue todo horrible y él se quedó paralizado, como cuando mató por primera vez a otro soldado. ¿Qué me cuentas? Se quedó en ese estado durante minutos o tal

vez horas o días, quién sabe... Ay, me vino sueño... No sé si es el hambre o... ¿Qué me pasa? Yo no lo vi, pero lo imaginé, Balaniuk. Esa es la verdadera historia. Él se queda ahí y de pronto un frente frío como cuando empieza a nevar. Y cae la nieve pero en forma de... De recuerdos que quedan en la memoria y caen del cielo en forma... de nieve. Te quiero, Eva. Eres mi único amor, dice al aire. Se apaga todo... Silencio. La nieve cubre la acera, los cubos de basura, el coche rojo... El cuerpo inerte de Luciano, después te la sigo...

(Eva muere. A los pocos minutos entra Balaniuk con una bolsa de compras y una botella de vino en la mano. Viene cantando y bebiendo).

BALANIUK: Listo, ya está el todo. Uy, el olor a gas, está terrible. Abro ventana y no me importa el frío, todo cerrado hace mal, dicí el doctor de la plaza, si no te podés morir y todo...

(Balaniuk apaga el tanque de gas y abre las ventanas).
Beh.. ¿dormís ahora o hacés la dormida? Ya ni te creo. Y encima la vieja de mierda, tacaña, tenía todo amarrocado en su casa, no queriendo compartir a ninguno y nosotros moriendo de hambre. No se había ido, estaba encerrada, no quería abrir... Mirá, todo que traje. Fideos, arroz,

legumes. Guisantes, patatas, zanoria. Y obviamente tenía un vino de la casa, ¿qué te piensas? Chasquis de mierda, son así, afuera el nieve, todos encerrados y invasión y vieja del cinco piso amarrocando todo. Tú dormís. Yo me voy a hacer la comida que ya parando temblores.

(Se va a la cocina y empieza a preparar la comida)

Bombona de mierda, ahora hace un frío de muerte. Ya voy a cerrar. Una vez pensé que me volvía loco del frío. Estaba cazando, en las afueras de Petersburgo en bosque. Cuando fuimos a dormir a una tienda que no alcanzaba la manta que tenía ni el whisky ni ná. Te juro que en un momento me pegué para ver si estaba vivo. Te empieza a fallar la testa, es tremendo. ¿Ves como ahora no tiembla el mano? No puedo dejar bebida, ¿entendés? No, qué vas entender... Es como en el cuento ese del indio que me contó el doctor de la plaza. Un cacique que estaba muy viejo y se está muriendo congelado. Eran unos salvajes no... ¿Cómo es esa palabra? ¿Nomandos? Bueno, es lo mismo... La tribu tenía que levantar campamento y seguir ruta, pero a ese viejito, pobre, ya no tenía sentido el llevar. Si cargan retrasa el viaje y podía dar problemas a toda el tribu, más tiempo bajo la nieve andando, muchas posibilidades de aparecer algún oso o lobos, entonces es complicado... ¿Cómo le decís a tu nana que quedate para siem-pre en el campamento? Jodido... Esta pasta

va quedar fantástica. ¡Al fin la perra madre! Mi nana tremendo jueputa igual, lo dejaba congelado por mí, que moriera de una vez por todas, el chingado hijo de su madre que la abandonó a mi mama y nos hundió. Otra gárgola fantasmera, pedazo de mierda, condón usado. Pero el cacique no, muy digno porque sabía que iba a pasar eso. Es una cuestión de códigos que no hay ahora, se rompieron todos. Pero los indios sí tenían códigos. Ellos sabían que en un momento a otro uno ponerse viejo, no puede andar muy bien y es una carga por todos. No tenían sistema de las pensiones como acá, ¿qué van a hacer? ¿Juntar frutas y carne para cincuenta años por comer de viejo? ¿Qué harías, tú?, ¿qué harías? ¡Contesta, sorda! ¿De cuándo dormís en noche? ¡Esperar el final, ¿qué vas a hacer?.. No te queda otra... Menos mal que tenía aceite, vieja de mierda, Chasqui de mierda, va a quedar un alta pasta, vas ver, vas ver... Con tomate natural, encima, vieja de mierda. Es así, el tipo, como buen indio, no hace nada, acepta lo que dice el propio hijo y sin saludar para no hacer atención se arma un fueguito entre dos árboles grandotes. El último fuego de tu vida, dice el doctor. Tú solo ahí con la natura. Se van tus hijos, tus nietos, no quedan más indios y la minacha de los lobos al acecho. Bueno, la a-me-na-za. Solo tú y el bosque y poner ramita sobre ramita sin pensar para ir encendiendo el fueguito.

Pero en un momento se pregunta; ¿hasta cuándo calentarme? No tengo de comer, en cualquier momento aparecen lobos y sigo con el frío porque en el Norte puedes hacer un encendio que el fueguito que haces es ninguno en comparación. Y encima por un momento a otro empieza a nevar. Bueno... nevar... es lo mismo. La nieve es anuncio del fin, me dijo el doctor de la plaza. Un Chasqui muy majo, el doctor. Entonces el indio entiende y piensa un rato si seguir tirando ramas o no, hasta que tira la última. Y ahora toca esperar, amigo, dice. Está ahí sentadito y siente que se le enfrián más los dedos de los pies, luego de los tobillos, las rodillas y va subiendo. Va a seguir avanzando y no parar, pero yo me pregunto qué pasa por la cabeza de un persona en ese momento, porque el indio es muy tranquilo, no despera, observa, como los animales cuando tienen atrapado otro animal fuerte y saben que no pueden hacer nada. Se relajan y se quedan quietecitos esperando el inevitable. Solo el fueguito y los pasos con la nieve de una manada de lobos que acerca de a poquito. Ya está. Despierta y a comer.

TERRAZAS

No me busques más, Balaniuk, porque no estoy, ¿entiendes? ¡No estoy! Deja de pensar en el encierro, el invierno y el pasado que ya no vuelve. Lo pasado, arrollado.

¿Acaso podría haber habido otro final para la polaca? No. Cada uno vive como muere y muere como vive y es así. Ocúpate mejor de intentar comer, ha sido un desastre la ronda de trabajo, ¿no lo entiendes? Ni veinte céntimos te han dado. Hueles mal, tienes aspecto de haber venido de alguna guerra, y no pesas ni cincuenta kilos. Para colmo te emperras en no comer y seguir bebiendo cerveza. ¿Por qué no vas de una puta vez al Carrefour y haces lo que hablamos la última vez? Coge ropa de la calle y luego los libros, ¡por Jesús! Imprime más y no los pierdas esta vez. Ahora ya está, no puedes echarle la culpa a las gárgolas fantasmeras de no vender, porque ni fuera de la plaza lo logras. Ellos no se mueven de la plaza Olavide y los últimos días se esfumaron cuando cayó

la policía. Tú has tenido suerte de que te conocen esos esbirros e incluso te saludan aunque tú hagas como si no los conocieras. ¿No serás tú del servicio de inteligencia? ¿No habrás trabajado para ellos en algún momento? Sí, claro... Me callo. ¿Pero tú qué? ¿Tú qué?

—No sé, macho, no he visto a ninguna polaca —responde el sevillano que fuma en el barril del Mama Campo, en el centro de la Plaza de Olavide.

—¿Cómo ser eso? Si vi ahí desde poco. Llevaba el palito y estaba muy blanca y los libros, ¿dónde se fue?

Te ofrece una ayuda, unos míseros quince céntimos, tú los coges sin decir gracias, nunca dices gracias, y te vas a buscar al camarero que está regresando al bar con una bandeja vacía.

—¿La Polaca estaba acá?, ¿en esquina Noviciado?

—Ni idea, tronco. Noviciado está lejos de aquí —y continúa su camino sin esperar tu respuesta.

Lo insultas por lo bajo, “Capullo subnormal que eres. ¿Cómo que está lejos Noviciado?” Preguntas a algunos Chasquis, al de la barra, al segurata de las oficinas de al lado. Nadie sabe nada. Dicen que no me conocen.

Vas hasta el Arcoiris, nada. Tampoco en el Maracaná ni en la Oliva. Le das una vuelta entera a la plaza y lo ves a Mecheros, sentado en el borde de la fuente, sacando sus mercancías de una bolsa de residuos. Te acercas corriendo.

—Oíme, tú, ¿dónde está la polaca?

El tipo ni siquiera levanta la vista, continúa ordenando sus encendedores como si nada.

—¡Dale, malformado!, ¿dónde tienenla?

—Ahora no. Trabajo mucho...

—¡Habla! ¿Visto por aquí o no?

Él insiste en un hilo de voz y hace como si no estuvieras allí. Lo observas y te das cuenta de que tiene parte del pelo quemado, como si su cabellera se hubiera derretido como una vela. ¿Qué le pasó a esta criatura? Quieres agarrarlo del cuello y zamarrearlo, pero no, la polaca, la polaca y: ‘ivete a la shlyukhe, kotoraya tebya rodila, malcagado! ¡Volver a alcantarillas de donde salieron, pezzi di merda!’ Escupes en el suelo y te largas.

Atraviesas la zona de los juegos, llegas a la terraza del Maracaná, avanzas al trote hasta el Cuatro de Copas. Allí divisas al Negro Amuletos haciendo su recorrida de venta de tótems africanos. Te metes por el laberinto de mesas amontonadas y lo frenas en plena faena.

—Oyéme, gorila inferdotado, ¿dónde tienen a

polaca? —El tipo se da vuelta muy lentamente y te entrega una sonrisa delicada y sin dientes.

—Trabajo. Ahora no —y te hace señas con la mano como si fueras una mosca molesta.

En eso te has convertido, Balaniuk. Un insecto fútil y postergado.

Te ganaste un ojo morado. Amuletos es muy fuerte, lo sabías, ¿para qué lo provocaste? Ahora descansas en tu banco bajo el plátano. No sabes qué hora es, ni te importa. Alguien te dejó una cerveza o la conseguiste de algún modo. Te la bebes para sacarte el dolor de cabeza. ¿Dónde estuviste las últimas horas? No te acuerdas, quién sabe... Sin gárgolas a la vista.

Dejas la lata vacía en el banco, revisas tus bolsillos, no encuentras más que pelusas. Atraviesas la plaza por entre los juegos infantiles, le pides una caña al encargado del Paquito, no vas a pagarla, él lo sabe, el lavacopas te la entrega con las manos enjabonadas por la ventana de la cocina. Terminas la cerveza, no agradeces, y te vas caminando hacia Trafalgar, la calle donde me encontraste por primera vez. Estaba tirada en el suelo, me dolía todo y Calcetines me pegaba sin parar. ¿Te acuerdas?

Ahí te detienes, justo al lado del contenedor

de basura. Observas y deconstruyes la escena, como si quisieras revivir aquella tarde o comprobar si fue cierto o no. ¿Sucedió realmente? ¿Estuviste viviendo toda la nevada en el piso de Eva o te lo inventaste? Buscas pistas, rastros de sangre, algún libro olvidado. Pasaron muchos meses desde entonces, Balaniuk. ¿Por qué no supiste nada de mí? ¿Existió la polaca de los libros?

¡Qué culo, Balaniuk! ¡Te encontraste una moneda de un euro! Dejas la escena tal como está y vas al trote hasta el alimentación que está llegando a Eloy Gonzalo. Directo hacia la nevera, el árabe ni te mira, ni te mira, coges una San Miguel y le pagas con la monedita. La bebes en la puerta, le miras el culo a cada mujer que pasa, grande, chica, anciana, no importa, te vuelves a la plaza con la lata vacía. Te sientas en tu banco a analizar el territorio. En el Milenial algunos Chasquis vestidos de ejecutivos y unos estudiantes de fiesta. En el Paquito algunas mujeres disfra-zadas, probablemente de despedida de solteras, dos o tres jubilados abanicándose. En el Porto Galizia un grupo de moder-nos que habla a gritos y acumula cócteles, varias madres con niños. El resto de terrazas no logras divisarlas porque desde donde estás te cubren los árboles. Caminas en dirección al aparcamiento y finalmente los ves. Sentados en el borde de la fuente, se mojan las

piernas en el agua y juegan a pelearse. Todos los mapaches juntos. Pañuelitos, Plantitas, Mecheros, Quierechica, Estampitas, Amuletos y Calcetines. Los Chasquis que pasan ni los miran. Están tan acostumbrados a lidiar con un flujo incesante de información diaria, que un grupo de vendedores ambulantes mojándose en la fuente es fácilmente eliminado del cerebro como una publicidad que no suscita interés. Mientras no les hagan daño, los deslizan hacia abajo y continúan con sus vidas como si nada hubiera sucedido. Pero tú no puedes deslizar. No puedes, no quieres, no sabes, no te interesa. Les hablaste por las buenas y no respondieron, les pediste que pasaran en otro horario y tampoco, pediste por tu guitarra, por la mí, por la recuperación de la plaza, por tu dignidad y nada sucedió. Fuiste invadido, robado y conquistado. Ahora es tiempo de actuar, Balaniuk. Si no te ayudas a ti mismo, nadie lo hará por ti.

Le pides unas monedas a un anciano que pasa con un caniche. Lo intimidas, Balaniuk, lo sabes, y cuando quieres, lo haces bien. Te da un euro con veinte y te vas nuevamente al alimentación del árabe a comprar otra cerveza. Heladera, San Miguel fría, pagas, bebes, eructas. Vuelves a la plaza por la esquina de la bodega, donde tienes una vista estratégica a la fuente. Ahí siguen. Comparten una botella de Coca Cola, hablan en sus idiomas, chapotean en la fuente como simios. Un señor mayor se acerca a regañarlos, ¿la policía no los ve cuando pasa?, lo man-dan a la mierda, “ívete a tu puto país, español！”，y se rien. Esperas. Las latas de cervezas se acumulan en el cesto, parece que mendigas mejor a esta hora, Balaniuk. Una, dos, tres, seis cervezas mendigadas, iya te has bebido demasiadas, coño!, no deberías seguir...

Oscurece. Te alejas de la zona de vigilancia y deambulas por las terrazas. Buscas una mesa vacía, algún

plato todavía no levantado por los camareros. Llegas al Oliva donde solo hay tres mesas ocupadas de quince o veinte que tiene a disposición el local. Te acercas con disimulo, nadie te observa, encuentras dos platos sin levantar en la mesa de la punta, la que mira al bulevar. Coges los restos del pincho de tortilla que dejaron los Chasquis y te guardas un cuchillo en el pantalón. Te metes la tortilla en la boca y vuelves a tu centro de vigilancia.

Las gárgolas se separan. Mechero y Quierechica por un lado, Pañuelitos y Calcetines por otro, el Negro Amuletos se va solo, igual que Estampitas. Plantitas ya no está. Decides seguir a Calcetines y Pañuelitos, que toman la calle del parking y salen a Fuencarral. Te escabullen entre las decenas de personas que todavía entran y salen de las tiendas, ¿no habían cerrado todo desde la invasión?, ¿estos no se enteran? Fuencarral hasta Bilbao, cruzan hasta San Bernardo donde limosanean unos cigarrillos. Fuman y bajan a buen paso por Alberto Aguilera. Los sigues a pocos metros, no te ven, Balaniuk, tranquilo, no te ven. Cuando llegan a Urquijo, justo después de pasar la salida del metro, se dan un abrazo, se pasan algo por las manos y cada uno coge una dirección distinta. Plantitas sube para Moncloa y Calcetines baja en dirección al Parque del Oeste.

Eliges seguir a Calcetines desde la acera de enfrente, tratando de pasar desapercibido entre la gente que corre y pasea perros. El tipo cruza el teleférico por debajo, atraviesa el puente del ferrocarril, lo ves llegar a la avenida que bordea el Manzanares. Intercambia unas palabras con un taxista, atraviesa el puente de la reina Victoria, cruza el puente de la M30 y finalmente se mete en Casa de Campo. Ahora los corredores son cada vez menos y los ruidos del tráfico se apagan a medida que te alejas de la autopista. Aparece el frescor del bosque, siempre tres o cuatro grados menos respecto de Madrid. El mendigo camina delante tuyo a unos cien metros, sin mirar hacia atrás. Pisás con cuidado, iluminado solo por el reflejo de la luna. Cuando llegas al lago, le ganas terreno al trote por detrás de los restaurantes cerrados a esa hora de la noche. Subes la loma que va hacia el arroyo, la bajas, casi te caes, Balaniuk, casi te caes, pero te recuperas y lo divisas nuevamente al llegar al parking de las prostitutas. Se acerca a una travesti, ¿qué quiere?, ¿se conocen? La chica le da algo, le acaricia la cabeza, Calcetines se despide y retoma por la otra loma, la que va hacia el final del teleférico. Caminan un buen rato, el vendedor se detiene de tanto en tanto para recuperar el aire y luego continúa. Llegan a una zona de vegetación espesa, algo raro va a pasar, si no ¿qué hace acá,

Balaniuk?, de pronto se detiene. Se acerca a un arbusto, tú piensas que a mear, pero se pone a hacer destellos en todas direcciones con una linterna. Silba. Varias veces. Silbido que tú ya conoces, Balaniuk. Vamos... lo conoces. Lo has usado, has estado allí, no te hagas ahora. A los pocos minutos una luz de linterna o móvil se enciende y alguien se aproxima. Un hombre alto, muy alto, saluda a Calcetines. No entiendes lo que hablan, la luz se apaga y ahora todo es balbuceos. Calcetines se agacha delante del tipo y empieza a chuparle la polla. Sientes asco, mucho asco, pero también bronca. ¿Y excitación? ¿Por qué no? A los pocos segundos cambian de roles. Ahora es el alto quién está con las rodillas y las manos en el suelo y el vendedor ambulante el que lo empotra contra la tierra. El gemido es abrumador, parece que le ha dolido, Balaniuk, le ha dolido. ¡Oye! ¿Eso que tienes ahí, es una erección? Vamos... ¿de verdad? No contestas... Aprovechas para ganar terreno y te escondes detrás de un arbusto, a dos o tres metros de la parejita, que ahora folla de pie, contra el árbol. No es como cuando lo hacías con las eslavas de Montera, pobrecitas. Entre estos dos todo es rudo, bestial, encantador. Hay olor a macho y aliento a vino. Mordeduras y chirlos. Hombre con hombre es amor, decía el doctor de la plaza, y aunque te parezca raro, estos dos son más machos que tú. Ya te lo he dicho, Balaniuk.

Terminan. El alto le paga a Calcetines y se va. El mendigo enciende un cigarrillo y fuma con displicencia, ¿espera a otro cliente? A ti no te importa, aprovechas el descuido para acercarte sigiloso por entre los arbustos, tratando de no tropezar con las madrigueras de los conejos. Coges el cuchillo y te lanzas sobre su espalda, pero Calcetines te advierte y se da vuelta justo antes de que se lo claves. El cuchillo cae, forcejean, se insultan. Quieres dominarlo, pero te cuesta mucho es muy robusto el tipo, pequeño, pero robusto y tú estás demasiado alcoholizado. Puñetazos, empujones, patadas, dos machitos con los penes duros luchando por sobrevivir. Le muerdes la oreja, Calcetines suelta un alarido. Logras derribarlo, lo tienes como querías, de cara al suelo, con tu verga en su culo y bien que te gustaría follártelo, ¿no? ¿Te gustaría realmente? Levantas el puño derecho y con toda tu represión a flor de piel, le das un mazazo en los pulmones

que lo deja sin aire.

—¿Dónde tienen a Polaca jueputa? ¿Dónde se la tienen? No responde. Se lamenta y escurre como una víbora. Te des-prendes y gateas en buscas del cuchillo, ¿dónde mierda está?, ¿dónde mierda está? Calcetines aprovecha y se te monta arriba para someterte. Te coge del cuello, te da mazazos, te insulta. Ruedan. La suerte o la desgracia te acompaña, te topas con el cuchillo y se lo clavas a la altura del estómago. Lo dejas hundido unos segundos y luego lo sacas. El tipo lanza un grito ahogado y luego parece quedarse sin aire. Silencio. Te lo sacas de encima y lo escupes.

—¿Dónde tienen a Polaca? —repites por enésima vez, pero él no contesta, solo gimotea. Te tocas la camiseta, la única que te queda y te das cuenta de que está manchada con sangre, igual que tus manos. ¿Y ahora cómo te vestirás para pedir dinero, me pregunto?, ¿qué harás cuando todas las górgolas y fantasmitas pedigüeñas vengan a buscarte? ¿Cómo regresarás a la ciudad sin que te descubra la policía? ¿Es este es tu plan de vida, Balaniuk? No hay polaca, ni guitarra, ni libros. Has perdido fuerzas y es probable que hayas matado a un hombre.

—No aparecer más por la plaza —le dices para dar zanjado el enfrentamiento, aunque no te escucha. Te metes la mano en los bolsillos y te das cuenta de que

has perdido también las últimas monedas que habías limosneado. Maldices. Rengueando, bajas por la cuesta que lleva de nuevo a Lago.

Rodeas la Casa de Campo por el Oeste, caminas muy lento, te duele todo, te lleva casi dos horas llegar al paseo del embarca-dero, donde empieza la calle que sale a la ciudad. Te sientas en un banco que mira hacia el monte, de espaldas al club de remo. Quieres calmarte o salir corriendo, pero hay algo que te impide hacer uno o lo otro. No es la espalda, ni la muela rota, ni el dolor de cabeza. Tampoco la culpa que empiezas a sentir por haberlo acuchillado. Es otra cosa que no sabes de dónde viene ni por qué. Algo que pincha la espalda, un jalón que viene de lejos, desde el pasado más lejano. Todo lo que se entierra bajo la alfombra regresa en forma de mierda, te dijo el doctor de la plaza. ¿Por qué no te traje este cuchillo? ¿Y si la policía registra la zona y lo encuentra? ¿Le interesaría a la justicia la vida de un mendigo o vendedor ambulante? No, Balaniuk. Uno menos, dirán. Uno que no extorsiona, no tiene hijos, no

molesta. Qué mierda le importa a la justicia la vida de un extracomunitario. Tienes sed. Ansiedad. Ganas de beber y caminar rápido. Saltar o volver a matar. Quieres hacer todo eso junto y al mismo tiempo, pero en cambio te quedas profundamente dormido.

En el sueño estás en el Cuatro de copas, muchos Chasquis, muchas bandejas que van y vienen, muchos chillidos. No sabes por qué, pero te arrastras en vez de caminar. Estás viejo en el sueño, gateas mendigando, odiando la vida, no quieres hacerlo más. Lo curioso es que en el sueño, de un momento a otro, los cuerpos de los Chasquis empiezan a descuartizarse y adquieren vida propia. Cabezas de todas formas y colores, ojos de a pares o sueltos, rodillas y orejas que se mueven juntas, hígados y pulmones cosidos sobrevuelan la terraza, sangre violeta que cae del cielo con la violencia de un temporal. Las porciones de Chasquis se entremezclan como si fueran harina y agua y se pegotean, estiran, cambian de estadio, vuelven a regenerarse, se funden con la matriz. Tú gateas aturdido por entre las mesas, con los recuerdos de sus voces que se intercalan, te persiguen e ingresan a tu cuerpo...

¿Qué traes?, ¿un CD de música? No soy mucho de música.

¿Qué tocas? ¿Punky? No me gusta la música dura.

¿Qué tienes ahora, Balaniuk? ¿Libros? ¿Por qué no vuelves a la guitarra?

La lectura no me interesa.

Cosas tristes no, por favor. No podría soportarlas en este momento.

Perdón, es que no estaba escuchando.

¿Son historias violentas?

¿Tienen algún mensaje?

No me gusta introducirme ideas que no me vayan a hacer bien.

¿Es una novela autobiográfica?

¿Por qué no lo publicas en algún sitio?

¿Son canciones de amor? ¿Son letras complicadas?

Que ni se acerque a mi mesa.

Debe de estar todo sucio el muy puerco.

Nosotros trabajando todo el día y estos con su rutita de gilipo-lleces se hacen un sueldo, ¿no te crees?

¿Y este? ¿De qué la va?, ¿de Punky? No debe saber ni tocar el arrojó.

¿Me tengo que compadecer porque son extranjeros, acaso? ¿Porque son pobres?

¿Por qué no se dedican a currar un poco de vez en

cuando?

*El de los pañuelos, el de los mecheros, el de la revista,
ahora el músico y la ciega con libros, iqué ridiculez!*

*Ni siquiera puede uno tomarse una cerveza tranquilo
que ya se te acerca uno de estos a pedirte una moneda.
Yo vivo con mil pavos al mes que no alcanzan pa' nada.
Si el mes que viene no puedo trabajar, no se come en mi
casa.*

*¿Sabes lo que daría yo por tener tiempo para escuchar
tu mú-sica?*

*Si no me da la cabeza, tronco. Ni pa cagar tengo tiempo.
Catorce horas al día tengo que hacer para pagar la
renta de mi piso en Madrid. Catorce, chico. Y en tres
turnos.*

*Es que no sé por qué os habéis venido a este país,
chavales, ¿por la guerra? Si aquí no hay trabajo pa
nadie, menos pa los extranjeros.*

*Que ya hay demasiados, coño. No lo digo por vosotros,
pero joder. ¡Que no hay curro, macho!*

*¿Pero por qué me interrumpes? ¿No ves que estoy
ocupado?*

*Le deseo lo mejor. Ojalá le vaya bien y pueda salir
adelante.*

¿Y qué cuesta?

Ah, qué pena, bajé con lo puesto.

Otro día si le veo por aquí se la compro.

¡Camarero! ¡Este hombre me está molestando!

¡Vete de aquí ya mismo, delincuente!

*¡Haz algo por tu dignidad y consíguete un trabajo,
hombre!*

*¿Qué traes ahora?, ¿poesías? ¿Pero tú no eras el que
tocaba la guitarra?*

Sí, te recuerdo, de la plaza.

De cuando la plaza era plaza y todo estaba como antes.

¿Y qué hay?, ¿las vendes ahora?

Es que no puedo, hombre. Ya no puedo.

De verdad.

Lo lamento mucho.

*Perdón que le interrumpa... ¿tiene usted la habilitación
para vender esos libros?*

*Poesías o lo que fuere, ¿la tiene? Me da igual si son
papelitos grapados. Un libro es un libro, ¿no?*

Enséñemela por favor.

¿Usted es el autor?

Ah, no la tiene.

Eso es ilegal, ¿usted lo sabe?

Uno va a la cárcel en este país por esto.

*¿Sabe cuánto le cuesta a un editor, a un escritor de
verdad ganarse la vida?*

No sé cómo será en su país, pero aquí es ilegal hacerlo.

*¿Usted de dónde es?
Lo imaginaba.
Además no paga impuestos si se lo compro.
¿Y los poetas de verdad? ¿Y los escritores de verdad?
Es de mal gusto lo que hace.
Que no quiero sus canciones.
Que no me interesan, icoño!
¡Es que no puedo atenderlos a todos, hombre!
Venga, Balaniuk. Coge las monedas que te ha dado el
hombre y vete.
En realidad leo otro tipo de lecturas.
Cosas técnicas, de mi trabajo.
De joven leía mucho, pero ahora ya no puedo.
Los niños no me dejan tiempo para los libros.
Parece interesante, pero esta tarde no va a poder ser.
Tal vez en otra ocasión.
Lo lamento mucho pero no.
Leo sobre economía.
Novelas históricas.
Románticas.
Fantasía.
Ensayos.
Leo solo escritores muertos.
¿Es triste?
Cosas tristes no.*

Ni tampoco violentas, ni nada de eso.
No me gusta introducirme historias o ideas que no me vayan a hacer bien.
Si tiene un mensaje, sí.
Me interesan los mensajes.
Tiene que resumirme un poco la historia porque yo leo cosas específicas.
Es que ya tengo un gusto literario del que no me muevo y es difícil que me mueva.
Las cosas prácticas de la novela, cuénteme.
Tampoco todo el libro.
¿Se lee fácil?
No me gustan las cosas complicadas.
Ya tengo bastante con esta realidad para leer cosas serias, ¿no le parece?
Con todo lo que pasó.
Y ahora que parece que nos invaden nuevamente.
Tampoco una novelita para adolescentes, tipo “Las cincuenta sombras”.
Es el punto justo, ¿no?
¿Son poemas de amor?
¿Es algo autobiográfico?
Entonces no.
Solo leo biografías.
Autoayuda.

Cosas reales.

No me gusta la fantasía.

No les creo.

Me cuesta imaginar.

Quiero ver y leer del lugar donde vivo y lo que está pasando ahora.

De verdad que estoy en un momento de mi vida donde no puedo conectarme con ciertas cosas, menos con el dolor.

Tengo una lista de autores que tengo que leer antes de fin de año, y no tengo tiempo.

Te juro, no tengo tiempo, macho.

¿Y tienes alguna web?

¿Ya no cantas?

¿Alguna página o algo?

¿Cómo te ubico?

Pues pa' buscarte, no sé.

Quién sabe...

Quizás algún día me apetezca leerte o escucharte.

Ah, ya no tocas.

¿Y no tienes nada en internet?

¿Ni web ni nada?

¿Instagram?

¿Patreon?

¿Facebook?

¿Youtube?

¿Twitter?

¿Spotify?

¿Mail?

¿Whatsapp?

¿Teléfono?

Pues deberías porque en estos tiempos es importante.

No importa donde estés alojado en el mundo real sino en el mundo virtual.

A través de las redes sociales llegarías a mucha más gente.

Hoy en día no se sabe adónde te pueden llevar las redes.

¿Has visto la tía esa de las cincuenta sombras?

Ahora es requete famosa y empezó con esto de internet.

Muchos empiezan por lo de internet, como el tío este, Rubius o C. Tangana.

¿Por qué no lo intentas?

¿Por qué no lo publicas?

¿Por qué no lo pones en Amazon?

¿Por qué no te paras en las puertas de las librerías?

¿Por qué no lo haces circular por internet?

¿Por qué no haces un Crowdfunding?

¿Por qué no lo das a conocer en circuitos literarios?

¿Por qué no lo publicas en digital?

¿Por qué no tocas en alguna sala de Madrid?

*¿Por qué no vas los domingos al Retiro?
¿Por qué no te paras en la puerta de la FNAC?
¿Por qué no te buscas un agente?
¿Por qué no te juntas con otros músicos?
¿Por qué no pides ayuda a tu familia?
¿Por qué no lo escribes en inglés?
¿Por qué no te dedicas a otra cosa?
¿Por qué no te regresas a tu país?*

Abres los ojos en el banco de la plaza bajo la sombra del plátano. Hay olor a pis, mucho. No el aroma habitual del barrio los días de fiesta, sino algo mucho más intenso y nauseabundo.

Quieres incorporarte pero no puedes. No sientes el cuerpo ni logras moverlo. Te quedas recostado, mirando la nada. Ves sin ver, la fuente encendida y los niños con sus madres que van o vuelven del colegio. Oyes sin oír, los carritos de compra sobre el empedrado, los Chasquis hablando por teléfono. Hueles sin oler, el aroma pútrido y ácido que emana tu cuerpo.

Despiertas al atardecer, mismo banco, misma posición. El olor a orina es insopportable. Te han meado, Balaniuk, y lo sabes. No uno, sino todos los mapaches juntos, mientras tú dormías y soñabas con la masa pegoteada de Chasquis. Te han golpeado también. Debes tener una costilla rota o algo así, por eso te cues-ta levantarte. Tienes la nariz quebrada y en forma de ese, un ojo completamente morado que no podrás abrir por una semana, la camiseta llena de tierra y sangre. Esto es una advertencia, evidentemente. Tómala o déjala, ellos saben lo que hiciste. Cómo lo saben, por qué, cuándo se enteraron, imposible determinarlo. Pero es evidente que lo saben.

Logras sentarte. Sientes la cabeza como si estuviera bajo el agua o a punto de estallar, reventando de presión. Te ayudas con el apoyabrazos y logras ponerte de pie. Miras hacia Trafalgar, y aún con la vista borrosa, reconoces a Plantitas haciendo su ronda de extorsión

por los bares. Sobre Palafox, se escucha una sirena de la policía y una patrulla de municipales que entra muy lentamente. En el banco frente al tuyo, un tipo muy raro, traje marrón, corbata amarilla, no te saca los ojos de encima. Ignoras a todos. Coges de entre los arbustos la bolsa con libros que nadie te ha tocado, y te marchas de tu plaza de Olavide.

No vuelvas. No me busques. No quieras recuperar la plaza. Olvídate de todo. Pide ayuda y no intentes nada estúpido. Has perdido, Balaniuk. No lo dice el doctor, pero te lo digo yo; has perdido. Alégrate porque todo puede ser aún peor. Al menos estás vivo.

Coges Trafalgar por la acera de enfrente sin que Mecheros, pensaste mal, no era Plantitas, te vea. Tardas una eternidad en llegar a Alburquerque, la calle de la sala Clamores, donde una vez tocaste y fuiste el rey de la noche. ¿Lo recuerdas? Fue en el inicio del verano, justo antes de que empezara a trabajar en la plaza. Yo estaba ahí, aunque no lo supieras. Pagué la entrada y te escuché tocar tus tres temas, horribles como siempre, y luego unos covers de Elvis en un inglés chapuceado. No se entendía nada lo que decías, ¡pero qué importa! Era tu actitud lo que le-vantaba a los Chasquis de sus asientos. Los hacías corear contigo las canciones, gritar tu nombre a cada rato, lograste que terminaran bailando arriba de las mesas. Provocaste algo en ellos, estoy segura de que todavía te recuerdan, el ruso Balaniuk, ¡que huevos le echas, macho!, estuvo debuti tu show. Me pregunto si aquello era más arte que lo que yo hacía; escribir y

vender novelas que nadie leía. Pero tú... Deja... Mejor crúzate de acera, ¿quieres? Eres la ulceración de lo que fuiste esa noche, así que mejor que ni te vean. Arrastras los pies, te frenas cada dos pasos a apoyarte en alguna pared, mendigas cigarrillos que nadie te convida.

Fuencarral. Muchos coches, muchos Chasquis yendo y viniendo, te paras en la boletería de los cines a limosnear. Te u-bicas debajo de un cartel de una película romántica, de esas basuras americanas que recaudan fortunas. Manito abierta y pedigüeña, le clavas la mirada a los que hacen la fila y a trabajar.

—Moneda para comer, moneda para beber — repites como un autómata. Algunos te observan con pavor, otros inten-tan ignorarte, nadie te da nada, siguen a su bola.

Así un buen rato:—Moneda para comer, moneda para beber —hasta ya no lo soportas o te aburres, y abandonas la faena. Escupes el suelo, Chasquis de mierda, Chasquis de mierda y te cruzas hasta la heladería de la esquina. Vas directo al mostrador. El empleado, un chaval de no más de veinte años, no sabe si atenderte, pedirte que te vayas, o llamar a la policía. Hace todo eso junto con su rostro, pero no suelta palabra.

—Helado —le dices para cortarle el mambo y señalar los gustos frutales.

El chico obedece y te prepara un vasito de fresa y limón con las manos temblorosas. Lo tomas, no dices gracias, nunca lo haces y sales de nuevo a la calle. Lameteas un poco del limón, sabe bien, te dará algo de energía, pero tantas llagas y aftas en la lengua, ¡la perra madre cómo arde!, lo tiras con bronca en medio de la acera. Alguien te chista. Te das vuelta y descubres al tipo del traje marrón detrás de ti, como una extensión de tu sombra. ¿Somos tres ahora?

Fuencarral hasta Tribunal, Montera hasta Sol. La pesadilla de la mañana concretada. Cientos, si no miles de turistas moviéndose excitados en todas direcciones. Sacan fotos, miran mapas, hacen videollamadas, compran ropa, hablan, hablan y hablan.

Multitudes idiotizadas por la emoción de llegar al centro neurálgico de España. Que El oso y el Madroño, el Palacio del Ayuntamiento, los bocadillos, los chicos del Break Dance, los Mariachis, el Hombre Araña, la venta de jamones y miles de etcéteras más. ¿Mi novela?, al cubo de basura, ¿quién necesita los libros de la polaca a este punto? Te pones a limosnear a todo aquel que se choca contigo.

—Moneda para comer, moneda para beber —es el man-tra de tu pordioseo. Una señora casi te da dinero, pero el marido la cogió del brazo a último momento y se la llevó. Te tienen miedo, Balaniuk, ¿qué esperas?

Tartamudeas, hueles a animal muerto, tienes la nariz en
forma de ese.

En el Mc Donald's te dicen que pases más tarde. En Las Bravas, "no podemos darle a todos". La parrilla argentina, "no tengo nada a esta hora". El bar de José, "largo o llamo a la policía". Los contenedores de los supermercados no los abren hasta medianoche o más.

Sigues caminando bajo el asedio del tipo del traje marrón. Le costó seguirte, hiciste bien en meterte por el centro, tanta gente a estas horas, pero tampoco creas que te le escapas, ya lo tienes de nuevo a pocos metros piensa que... Ok, me callo. Pensé que no me escuchabas.

Calle Príncipe. Te regalan una barra de pan en el Dia y la comes sentado en la puerta. Te miras los pies y recién en ese momento te das cuenta de que estás descalzo. Llevas toda la tarde en patas y tú ni enterado. No entiendo si te las quitaron las górgolas, las perdiste en Casa de Campo o las abandonaste por el camino. Bueno, esto último no me extrañaría. Ya no hay manera de que te

entre ningúncalzado. Tienes los pies hinchados como dos focas muertas, hongos de mil especies y las uñas completamente podridas. Es el inicio de tu descomposición.

Huertas hasta León, León hasta Atocha, Antón Martín. ¿Hacia dónde te diriges, Balaniuk? Vuelve al piso o búscate otra plaza, pero párate un poco, ¿quieres? Hagas lo que hagas, el tipo del traje marrón no te pierde pisada. ¿Y las gárgolas? ¿Te piensas que se arregló todo con la paliza y basta? ¿Y si Calcetines está muerto? No escuchas, no escuchas, tienes odio, estás repleto de odio, quisieras cogerle el rostro al primer Chasqui que te mire mal y aplastárselo contra la pared. Y qué ganarías, ¿eh?

El Mercado, La Fugitiva, Santa Isabel hasta Zurita. Es una pendiente pronunciada, Balaniuk. Tal vez no para una persona normal... mejor dicho, para una persona saludable, pero tú... ¿Es necesario esto? Te mareas solo de verla, ¿por qué no te regresas? No me haces caso, caminas por en medio de la calle como si fueras el rey del barrio. Al cabo de unos pocos pasos sientes un coche que baja, quieres moverte

a la acera, pisas mal, te caes. De bruces al suelo, la cabeza contra los neumáticos de un coche aparcado. Ahí te quedas, simplemente. Respirando La-vapiés.

—¿Está bien? ¿Necesita ayuda, señor? —dos adolescentes se acercan a ayudarte. Tú no respondes, balbuceas en ruso.

El más alto te abraza para levantarte, el otro te coge de las piernas para depositarte en la acera. Se acerca una chica que anda con ellos. Se agacha para observarte. Es rubita y delgada y lleva gafas. ¿Se parece a mí, ¿no? A una yo de otro tiempo, otra galaxia, claro.

—¿Qué hacemos? ¿Le llevamos al hospital?

—Pues no lo sé, cari... Estamos cerca de la mama, tal vez ella pueda echarle una mano...

¡Qué delicioso cuando hablan de ocuparse de uno como si uno no estuviera! Una entidad superior que decide sobre los destinos del vulnerable. Siempre y cuando no sea para hacerte daño, ¿no? Las górgolas, la policía, los camareros, ¿cuántas veces hablaron de ti como si no estuvieras? Pero ahora es distinto. Estos chavalitos hablan de ti como si no estuvieras porque están ocupados en resolver tu situación. Todo una caricia de la vida en este momento, Balaniuk.

—Dinero, hospital no —alcanzas a decir mientras ellos empezaban ya a moverte. Los chicos se miran,

insisten con el hospital, tú los insultas.

—Dinero para comer —reiteras.

La frasecita mágica, ¿no? Ahora que han hecho contacto contigo, ¿quién podría resistirse? No habrá cena en cien montaditos para ellos, pero qué va, al menos ayudan a alguien, mañana pueden regresar y pasado y así.

Diecisiete euros con veinticinco. Te quieren seguir ha-blando, pero los espantas como a un mosquito. Sigues bajando, esta vez aferrado a las paredes y te metes en el primer bar que encuentras. El camarero se acerca a impedirte la entrada, pero tú le muestras el dinero y le pides un Vodka.

—Puro —exiges. Ni tónica, ni agua ni ná.

Te lo sirve. Lo bebes de un saque y pides otro. Te lo sirve. Lo bebes de un saque y pides otro. Te lo sirve. Lo bebes de un saque y pagas. Recuperas algo de energía y sales.

Plaza de Lavapiés. ¿Por qué nunca curtiste esta plaza, Balaniuk? ¿Por qué te empeñaste tanto tiempo en la Olavide en vez de estar en este acuario con los de tu especie? Yo creo que por rebeldía. Tonta rebeldía que te hacía destacarte entre los burgueses de Chamberí. Aquí serías uno más de cientos.

Te sientas en un banco. Llamas al bangladesí que vende cervezas, le compras dos. Te las bebes una tras otra. Miras el cielo. Está anocheciendo, pareciera que está por llover. Los Chasquis vuelven de sus trabajos, los ancianos empiezan a dejar los bancos donde se congregan, los niños todavía juegan fútbol mientras los mayores despachan droga. ¿El tipo del traje marrón? Sigue atrás tuyo, fuma delante del locutorio. Lo miras y te devuelve una sonrisa. Llamas de nuevo al asiático, viene corriendo, le pides otra cerveza. Pagas, bebes, eructas. Dejas la lata y vas como una tromba hacia el Carrefour.

Hora punta. El supermercado lleno o casi lleno. Cientos de Chasquis cansados del trabajo que quieren cenar algo rápido y emplasticado. El segurata principal está ocupado con una señora que se quiere llevar un carro y no te registra. El otro, rumano, no sudamericano, está en las filas de autopago, demasiado atento con tanta faena como para registrarte. Te diriges hacia las puertas automáticas sin que nadie te detenga. Curioso encontrarse a alguien en tu estado en un Carrefour, ¿no? Pero qué va, la suerte te acompaña, estás dentro, tienes €15,10 en tus bolsillos. Coges un carro pequeño y vas hacia los lácteos.

Queso Gouda Carrefour círculo rojo de oferta, €2.

Le sacas el envoltorio y empiezas a comerlo. Los Chasquis ni te registran, muchos estímulos y ofertas, qué coño me importas, mientras no te me acerques... Lo dejas a la mitad y lo depositas en el carro. Te topas con la zona de “próximos a caducar”, la cara amable del

capitalismo. Solíamos desechar estos alimentos para los pobres y freeganos, pero descubrimos que podemos seguir sacándole beneficios y ponerle un logo verde de ayuda al ambiente y quedar bien con los progresistas de Bruselas. ¡Los estamos ayudando!, ¿veis? ¡Comprad bien barato, mileuristas! ¡Comprad!

Ensaladilla rusa con atún, €2 menos el 20%, al carro.

Pechuga de pollo corte extrafino €4, 29 menos el 30%, también al carro.

Te detienes un momento y dejas el pollo.

Pechuga de pollo corte extrafino €4, 29 menos el 30%.

Vas hacia la carne vacuna. Coges un escalope de ternera.

Escalope de ternera empanado.

Delisano €3,30 menos el 20%.

Está crudo, Balaniuk, no te lo comas. No se nota por el empanado, pero está crudo. No me oyes, estás sordo y ciego a esta altura, abres lo mismo los escalopes. Coges un filete y lo engulles. Notas algo raro, claro que lo notas, debe saber horrible, pero te lo terminas igual, ¡qué va, carne lo mismo!, sigues viaje hacia los enlatados.

Filetes de caballa del sur en aceite de oliva, €1, 64, al carro.

Sardinillas en escabeche, €1, 55, también.

Coges las sardinillas y buscas el abrefácil. No vas a poder abrirlas, Balaniuk, aunque tengas las uñas tan largas,

cuidado te vas a cortar, lo intentas, y sí, te cortas... Sangrecita fresca que se suma a la pintura contemporánea que ya es tu camiseta. Te limpias en ella, comes igual las sardinillas y te vas a la zona de la panadería.

Barra de pan pistola Carrefour €0,65.

Arrancas un pedazo y te lo comes. Dejas la lata de sardinillas abiertas en el carro y sigues viaje hacia los cerdos. Encuentras jamones. Tomas una bandeja de serrano, la abres, quieres comerla, pero de repente sientes el estómago revuelto y desistes. La metes en el carro de todos modos.

Jamón serrano 200g círculo rojo, €3.

Te reencuentras con tu viejo compañero de andanzas, un clásico de la pobreza española, la bendita Caña de Lomo Navidul. Esbozas tu primera sonrisa en semanas y coges dos.

Caña de Lomo Navidul 50g, círculo rojo a €1 (2 unidades). ¿Llevas la cuenta de lo que vas a gastar, Balaniuk? No, pues claro que no, ni te importa. El hombre de traje marrón te sigue los pasos, te advierto, ¿te pensabas que se había ido? Pues no... Ok... No digo nada... Me callo. Creo estoy entendiendo lo que quieres hacer y no tengo otro remedio que respetarlo. A esta altura, yo creo que haría lo mismo.

Apuras el paso hacia las cervezas y bebidas

alcohólicas.

Mahou clásica de un litro, €1,50, llevas dos.

Estrella Galicia pack de seis latas, €3,79, llevas uno.

Coges una San Miguel en lata del expositor, la abres así como si nada y la bebes sin que te importe. Pasas la zona de pasta, los snacks, bebidas, Carrefour Bio, llegas a la pescadería. El exhibidor ostenta ejemplares de todas las especies. Dorada, Lubina, Bacaladilla, Atún, Pescadilla, Corvina, Gallo, Trucha, Sardina, etcéteras y etcéteras. Una señora cubana o centroamericana pide un salmón entero a €26 el kilo.

—Ese, el más gordito, deme.

La empleada lo coge de la cola y se lo enseña a los Chas-quis que esperan impacientes su turno. Es enorme. Debe pesar siete kilos o más, ¿desde cuándo estos salmones en Madrid?

—Es salvaje, por eso está más caro —se ataja la pescadera antes de que alguno comente.

La cubana asiente y observa el procedimiento. La mujer deposita el cadáver en una pila, coge una manguera y baña al salmón un buen rato. Luego lo deposita sobre una tabla, toma un cuchillo circular, capaz de triturar una persona, y de un zarpazo le corta la cabeza.

—¿Pues se la lleva, señora?

La cubana que no, pues pa qué. La pescadera

tira la cabeza en un cubo. Cambia de cuchillo, uno más finito y filoso ahora, abre a la mitad el animal. Su carne rosada y proteica se abre ante la mirada de los Chasquis. Sientes un escalofrío, no sabes si de hambre o náuseas, ¿te acuerdas lo que te dije en invierno? Los salmones son migrantes, como nosotros. Unos peces nobles y fuertes, que se buscan la vida en los grandes océanos sin pedirle ayuda a nadie. Simplemente van y disfrutan la aventura de vivir, aunque para reproducirse, prefieren el cobijo y la seguridad del hogar.

La pescadera recorre con sus dedos el camino del esqueleto y luego se lo arranca. Da vuelta el cadáver, le corta una aleta, después la otra. Va por las inferiores, las desprende sin esfuerzo, hace lo mismo con la cola. Separa al pescado en dos mitades y comienza a filetearlo. Te alejas hacia las cajas, pero antes coges en el camino unas pechugas.

Pechugas de pollo empanadas marinadas marca Carrefour, €3,76

También unas hamburguesas.

Hamburguesas de añojo Carrefour, círculo rojo a €3.

Un paquete de snacks.

Patatas fritas Hot Dog Ruffles €1,29.

Y un vinito.

Vino tinto Estola reserva €3,18

Llegas a las máquinas de autopago. La cola llega hasta la mitad de la sección de golosinas, aunque avanza relativamente rápido. Recién en ese momento los Chasquis alrededor tuyo reparan en tu presencia. Los miras mal, ¿qué carajo queréis? Así se mira en la calle, una declaración de guerra silenciosa. Detrás de ti, un moderno de aros grandes y camiseta hasta las rodillas manda mensajes vocales, uno tras otro. Adelante, una anciana bajita y canosa, casi imperceptible. Abres una cerveza y observas como funciona el mecanismo de autopago. Parece fácil. Sacar productos del carro, pasarlos por el lector, ponerlos sobre un recipiente. Luego pagar. Abres otra Estrella. La anciana se da vuelta lentamente y te mira con sus ojos diminutos. No hay nin-gún juicio en su mirada, solo curiosidad.

—¿Qué? ¿Tengo monos en la cara? —le respondes.

Te ignora. Pero en su interior murmura: “maleducado”. O “pobre hombre, necesita ayuda”, que es mucho peor. Miras hacia las máquinas y notas que el rumano que ordena las filas ya te fichó. Te hace que no con el dedito, que no puedes beber.

—Vete a tu puta madre —le dices, pero no te escucha. A medida que avanza la cola, los pitidos de las máquinas son cada vez más perceptibles y ocupan todo el ambiente. Diez cajas automáticas con diez clientes al

mismo tiempo pasando productos uno detrás de otro. Pitido producto, pitido producto, pitido producto y así todo el rato. Es para volverse loco. Te pones muy ansioso, ganas de romperlo todo, quieres que se termine de una vez por todas esta fila, esta situación, esta vida. Pasa la vieja, el moderno se te cola, te distraes con tanto ruido, se te cola también un padre con su hija, llega tu turno. El seguridad se te acerca y te mira de manera desafiante. Increíblemente no repara en que estés descalzo. Tiene demasiado miedo de lo que puedas llegar a hacer como para no sacarte la vista de tu rostro. A esta altura, salvo que quiera montar un pollo, no te puede echar.

—La cerveza tienes que pagarla, chico —te advierte.

—Pago todo, ¿qué te piensas? —y le muestras los billetes.

—Pues bien, tío. Máquina cuatro.

Le haces caso y avanzas. Pones el carro donde intuyes que debe ir, coges una bolsa y empiezas a pasar los productos.

Barra de pan pistola Carrefour €0,65. La pasas por el escáner, la metes en la bolsa.

Patatas fritas Hot Dog Ruffles €1,29. Escáner, bolsa.

Vino tinto Estola reserva. Simulas pasarla por el escáner, no lo haces, luego a la bolsa.

Queso Gouda Carrefour círculo rojo, €2. Escáner, bolsa.
Ensaladilla rusa con atún €1,60 con descuento. Escáner,
bolsa.

Hamburguesas de añojo Carrefour, bolsa.

Pechugas de pollo empanadas marinadas Carrefour, bol-
sa.

Caña de lomo Navidul €1. Escáner, bolsa.

Caña de lomo Navidul, bolsa.

Mahou clásica botella un litro €1,55. Escáner, bolsa.

Filetes de caballa del sur en aceite de oliva €1, 64. Escá-
ner, bolsa.

Estrella Galicia pack de seis latas, bolsa.

Escalope de ternera empanado Delisano €2,30 con des-
cuento. Escáner, bolsa.

Jamón serrano reserva en lonchas, bolsa.

Pulsas “finalizar compra”.

¿Efectivo o tarjeta?

Haces clic en efectivo.

Cantidad de bolsas utilizadas.

Una.

Total: €15,03.

Ni que lo hubieras contado, Balaniuk. Increíble.

¿Tarjeta Carrefour?

No.

¿Desea recibir el tíquet?

No.

¿Desea colaborar con organizaciones benéficas que..?

No.

Deposite el dinero.

Sacas el billete de €10 y lo introduces en la ranura. La máquina hace un ruido de procesamiento, te lo devuelve. Lo tomas, lo alisas un poco y lo insertas nuevamente. La máquina hace un ruido de procesamiento, te lo devuelve. Lo tomas, lo alisas un poco y lo insertas nuevamente. La máquina hace un ruido de procesamiento, te lo devuelve. Sacas el billete de €5 y lo introduces en la ranura. La máquina hace un ruido de procesamiento, te lo devuelve. Lo tomas, lo alisas un poco y lo insertas nuevamente. La máquina hace un ruido de procesamiento, te lo devuelve. Lo tomas, lo alisas un poco y lo insertas nuevamente. La máquina hace un ruido de procesamiento, te lo devuelve.

El segurato rumano se acerca a revisar tu compra.

—¿Y bien, chico? ¿Qué sucede?

Bueno... qué decir... Estás jodido, Balaniuk. Es el fin de esta historia, pero bueno... era lo que buscabas, ¿no? El rumano te habla, no le respondes, observas la máquina que está justo a tu lado. El tipo de traje marrón y corbata amarilla completa su compra y te mira con un dejo de satisfacción. Miras hacia la puerta y divisas a un grupo de vendedores ambulantes que habla con

un policía y te señala. Son ellos. Están todos, no falta ninguno. Pañuelitos, Plantitas, Mecheros, Quierechica, Estampitas, El Negro Amuletos y Calcetines. El equipo completo. También crees ver a la Polaca, justo detrás de ellos, pero no estás seguro. El segurata te sigue hablando, pero no quieres saber nada, insistes mostrándole tus billetes. Tu dinero vale, Balaniuk, lo dijo el doctor, te lo digo yo. Tu dinero vale.

—Mi dinero vale, señor. Mi dinero vale el mismo.

El segurata llama por radio a su superior, te ordena que no te muevas. El del traje marrón se acerca y te dice que no te preocupes, que todo irá bien. Se escucha un trueno que reverbera en todo el ambiente. Los pitidos de las máquinas se detienen de repente y los Chasquis por única vez en la vida se callan. La policía irrumpie en el supermercado y en ese momento se larga una magnífica tormenta de verano.

TODAS LAS TERRAZAS

«Salgo del piso de Usera bien desayunado, bajo escaleras a saltos, de dos a dos, y al cruzar a señora del tercero la maldigo porque siempre me toca la puerta a medianoche, se queja de la guitarra, se queja de la guitarra, vieja de mierda. Aprieto pulsador, abro puerta de hierro y respiro Madrid. En una mano, bolsa de supermercado con latas cerveza, y en la otra, guitarra colgada. Llego hasta plaza del Cascorro, pero cada dos pasos tengo que deacomodarme el vaquero porque cae, siente atracción por pavimento, dice polaca. Mi cuerpo, una percha vieja, también dice. La camiseta de los Pistols estirada y la chaqueta que acumula barro y olor a vino. Si la habré manchado, si la habré manchado... Treinta y cinco años o cuarenta tienes, pero apparentas al menos diez más. Estás hecho mierda, Balaniuk, pero si hiciera un esfuerzo y en las condiciones correctas, podría imaginar que en algún momento tuviste algo de guapo. Me río, yo me río de

ti, polaca mentirosa, pero ahora soy solo venas y poca grasa y varias cicatrices de cuales al máximo la mitad no soy capaz por responder qué produjo.

Camino hasta Tirso y cruzo a Quierechica que mira todo perverso todo enfermito y te me hace la misma pregunta de siempre: ¿Quiere chica?, ¿quiere chica? Hijo de tu puta madre, rata de ancantarilla. Escupes al suelo y maldices y hasta amagas con darle una buena hostia, pero te frenas porque sabes que da lo mismo, que aunque lo hagas, mañana va a volver a pararte, la rueda sigue, Madrid no se frena, estos no se van más.

Fantasmitas subnormales, hay que devolverlos a sus países, digo. Subo por la Benavente re caliente, dispuesto a dar una piola puñetazo al primero que mire. ¿Qué miras, eh? ¿Qué miras? Aunque en el fondo eres buen tipo y nunca lo haces, Balaniuk, solo que tienes esa manera de ser que aprendiste en la calle. Llegas a Sol, petada de gente como cualquier lunes y cualquier domingo, cuando no hay invasiones, claro, y te abres paso a puro codazos y empujones hasta Preciados, la calle de las putas. Me saco encima el mal rollo de Chasquis, saludo al viejo que vende gordo de navidad, contínuo viaje en dirección a las chicas. Miras los negocios de venta de VHS, las tiendas de ropa, los lugares de apuestas, las farmacias de dopamina, los drones que te succionan y te

elevan hasta otro punto de la calle. ¿Esto es futuro o el presente o qué, Polaca? ¿Estamos en historia de María Luján y Luciano? Vas esquivando la gente con soltura, mucha mujer vestida de hombre, mucho hombre vestido de mujer y todas las caras cubiertas con máscaras como de fumigar, de fumigar. ¡Qué asco, hijos de puta, arruinaron todo, arruinaron! Paras frente a un local donde un humanoide ofrece comidas para probar y pides permiso para coger un canapé, como les dices tú, aunque en Madrid se llaman... ¿cómo se llaman? El tipo no me entiende, habla en otro idioma el inferrobot. Me como uno, luego un otro y quizás dos más. Luego te vas sin decir gracias. Esquivo más turistas, cruzo algunas palabras con las putas, las de Este son mejores, son las mejores, maldices a la policía, esbirros de mierda, y llegas a la Gran Vía de la liberación, como se llama ahora. No entiendo en qué época vivimos, Polaca. Esperas el semáforo con un montón de turistas alrededor que no perciben nada distinto en ti, aunque en sus propias ciudades, sí que lo harían. Un tipo desgarbado y barbudo, que huele a alcohol de semanas y tiene la mitad de su cabello rasurado a cero y varias cicatrices en la cara y un vaquero que ya es una costra del cuerpo. Que la chupen, me cago en todos... Insultas y aprovechas para mirarles los culos. Te encantan los culos. Algunos te calientan,

otros te hacen reír, otros te dan bronca. A veces te paras justo detrás de alguno, no importa si es de hombre o de mujer y empiezas a hablarle. Si te excita le hablas con morbo y haces como que intentas seducir al culo, esto no se tiene que enterar nadie, polaca, enterar nadie. En cambio si te da rabia, no tienes inconveniente en esperar a que el semáforo cambie a verde y darle una buena patada. Calcio nel culo, grito como gritaba mi papá, que hacía lo mismo y te escurren como una ardilla entre la multitud. A mí me dejas atrás, no me importa, sé que tarde o temprano nos encontraremos. Vuelas por Fuencarral ligero y te ríes y maldices al coche de la policía que pasa siempre por ahí aunque ya no te dicen nada, te conocen los muy esbirros. El ruso Balaniuk, ¿qué esperas de ese tío?, comentan. Hasta Bilbao no pienso, solo correr y correr y hacer como que olvido de polaca, que venga más atrás, aunque no me olvido. Cuando llego a esquina del Comercial, tomo aire y siento que necesito un puchito, un cigarrillo, no sé como no fumando antes, entonces busco pedacitos en suelo, colillas que dejan los Chasquis, pero si no encuentras empiezo a pedirle a Chasquis que pasan. ¿Tienés un puchito? ¿Un qué? Un cigarrillito... Y así un buen rato hasta que finalmente llegas a la esquina y vamos andando juntos hasta San Bernardo y luego la plaza del Conde de Súchil. Las terrazas perfectas para

empezar el día. Silenciosas y ordenadas, llena de fachas que llevan la pulserita de España y siempre dan monedas a los pobres. La técnica que más te funciona, al final de cuentas, es la que te enseñé yo. Acercar la mano abierta muy cerca de su cara y mostrarles en primer plano tu bulto hinchado. La tienes siempre dura cuando caminas por el centro, no sabes por qué, pero mucha sangre a la mañana, te excitas antes de salir a trabajar. En el piso no la tienes nunca así tan dura, a la tarde un poco tal vez, cuando te levantas de la siesta, pero nunca tan dura como cuando vas caminando por la calle entre los Chasquis. Ver culos duros, piernas bronceadas, rostros jóvenes, aientos que van y vienen, luces y publicidades, ¡qué envidia te tengo, Balaniuk! Pero tú tranquila, que no hay mucho pa ver, polaca. Todo más o lo menos el mismo, y me tocas el coño y notas la sangre que te fluye hacia allá abajo, el centro del poder y te llevas la mano a la boca porque te encanta mi olor a coño meado. Calla tú, sucia, pero en realidad te fascina. Eso sí, antes de llegar a la terraza paramos, es solo para aligerar un poco el camino, con el curro no se jode, no se jode. En eso coincidimos los dos, por suerte. Así que mientras yo hago para el desayuno con los libritos, tú te quedas en la plaza de enfrente y haces una rondita liviana, tranquila, nada serio. No hablo el demasiado, solo acerco y pido

algunas monedas para la comida. Cuando terminamos nos vamos al café de a la vuelta, al de la promoción de dos con cincuenta de cruasán y café, o a la de uno con ochenta del Bar de Mario que es más rico, depende cómo nos haya ido. Terminamos el desayuno y ya con más energía, estamos listos para empezar la jornada, pero esta vez en serio. Trabajo en equipo y energía bien arriba para poder hacernos el sueldo. Hay que comer, Balaniuk. Hay que comer, polaca.

Caminamos, esta vez tomados de la mano, y encaramos para la plaza de Olavide».

FIN

